

El mal burgués

Rubén Cantor



EL MAL BURGUÉS

EL MAL BURGUÉS

Rubén Cantor



Imagen de portada:

© Jaime Lillo, @jlillob

Edición original en Montea: diciembre 2018

Primera edición en Escafandra: enero 2020

© Rubén Cantor, 2020

© Escafandra, 2020

Hecho en México



Esta obra está sujeta a la licencia Reconocimiento-SinObraDerivada 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nd/4.0/>

*A los perros, gatos y demás animales muertos
en carretera*

*No one here is alone,
satellites in every home.*

Blur, The universal

CAPÍTULO 1: LAS TELES

El que no pudo ver *Superagente 86* padeció parálisis facial; su vecino estrelló la cabeza contra la pared de tablarroca; su primo sacó a toda la descendencia de la cama para que dieran con el aparato faltante; su jefe despidió en el acto al guardia de seguridad mientras lloraba en el rellano de la escalera; su mejor amigo casi se asfixia con su propio vómito; su compañero de la oficina entró en un estado de negación que lo llevó a encender el microondas y fingir que cambiaba de canal cada que agregaba un minuto al calentamiento; su padre le marcó por teléfono para intentar explicarse por qué eran las nueve de la mañana y no había cumplido con su cuota matinal de doce infomerciales, lo cual el hijo no logró responder por su reciente parálisis facial.

El que se perdió su telenovela salió dando gritos por la calle en busca de su válium con 250 canales. Por desgracia no encontró rastro de la transmisión en la colonia. Si hubiera tenido condición física se habría cerciorado de que

ningún habitante de Caradura amaneció con televisión.

CAPÍTULO 1.5: LU

El detective oye *Vangelis* al manejar por Caradura. Aprendió a ser detective gracias a películas como *Blade runner* y *El halcón maltés*; para ingresar al cuerpo de policía bastó un examen de conocimientos básicos.

Le duele el robo este día en particular porque es final de temporada de *CSI: Miami*, por ello descargó su arma hacia el cielo. Como eran sus únicas balas, optó por dejar la pistola en casa.

Ha dividido al escuadrón de policía por zonas para peinar el pueblo. Dejó su colonia para sí mismo, esto es personal. No tiene sospechosos ni pista alguna. Fue un robo limpio.

—¿Cómo robas todos y cada uno de los televisores de Caradura en una madrugada sin dejar rastro? —lo piensa y descarta la magia enseguida.

Las primeras llamadas de emergencia llegaron a las seis de la mañana y la última vez

que se vio al aparato fue a las cuatro de la madrugada, lo que deja un rango de dos horas para la rapiña. El detective tiene que pasar por un té verde para acomodar sus ideas, la coca cola nunca le ha gustado y el café le destruye el estómago.

—¿Qué tal van las investigaciones, poli? — le pregunta el tendero.

—No quiere saberlo —responde más por ignorancia que por la gravedad del asunto mientras destapa la lata.

—Sin la tele se me hace eterno el día aquí en la tienda... —se le quiebra la voz en la frase final— Por favor, ayúdenos, no estamos hechos para esto.

Da un trago antes de hablar:

—Créame que lo entiendo. Haremos lo que esté en nuestras manos.

Se dirige a la puerta y nota que el vendedor tiene una barra de chocolate ya deshecha en la mano, un placebo que suplente al control remoto.

Si el detective fuera religioso, pensaría que la desaparición de las televisiones fue cosa del Diablo, o del mismo Dios castigándolos por tanto pecado. Mas cree en lo terrenal y su postura lo obliga a ponerse a trabajar.

—¿Por dónde empezar?

Recuerda en ese momento una llamada que subestimó al inicio pero que ahora resulta la única cuerda a la cual asirse en este despeñadero.

—Oficina de policía de Caradura.

—Hay una luz en una ventana, alguien está viendo la televisión, ¡alguien tiene televisión! —se escuchó una voz eufórica que se paró en seco.

—A ver, cálmese, dígame la dirección — preparó la libreta y la pluma.

—¡La luz está aquí! ¡La luz está aquí!

CAPÍTULO 2: LA ORGANIZACIÓN

El pasado veintiséis de septiembre amanecieron sin televisión. Absolutamente todos los habitantes sufrieron un curioso robo... todos

menos una persona. Ahora la mejor forma de recuperarlas es buscar una pista en la excepción.

Por eso el pueblo entero se juntó a ver la vida del tipo, a través de su ventana.

A los pocos días, la practicidad organizó a los caradurenses y decidieron establecer guardias para vigilar al tipo y a su aparato, pues es imposible que todos aguanten parados afuera de la casa las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

Hay cuatro turnos. Finalizado cada uno, se llena una minuta para que nadie pierda detalle.

Esta organización comenzó justo el día después del robo colectivo: el veintisiete de septiembre. Alguien escuchó el rumor de que en cierta ventana podía vislumbrarse aún el brillo celestial del televisor. El chismoso que quedó cegado no cabía de la sorpresa y tuvo que esparcir la palabra por el pueblo. El cronista ya bautizó a ese día como “El alumbramiento de Caradura”.

CAPÍTULO 2.5: GAR

Un golpe en la puerta silencia el televisor.

—¿En qué puedo ayudarle, detective?

—En más de lo que se imagina —sus ojos se iluminan al ver el resplandor—. ¿Puedo pasar?

—Está en su casa.

Las manos le tiemblan al acercarse al aura. No puede ver otra cosa que el único aparato que sigue en pie en Caradura. No puede ver que la decoración es inexistente, que la sala se limita a un sillón y a un televisor.

—Tal vez vendió su alma al Diablo para conservar el aparato. Yo también lo hubiera hecho —piensa el detective.

El tipo no hace ruido. Se limita a observar.

—¿Sabe por qué estoy aquí? —pregunta el detective sin perder de vista la luz.

—No.

—Imagínese, Caradura estallando y usted no tiene idea.

—Mmm, no —gira el cuello para negar, lo cual es inútil ya que el detective no le presta atención a sus movimientos.

—Resulta, amigo, que esta tele enfrente de nosotros es la última que queda en el pueblo. Han robado las demás de manera misteriosa — espera la reacción del tipo para descubrir algún indicio de culpabilidad.

—Úchala.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? — ahora sí voltea a verlo.

—¿Qué más quiere que le diga? Vivimos en México.

CAPÍTULO 3: EL PUEBLO

Pa-rís, Lon-dres, Ber-lín, Mos-cú, To-kio, Ca-ra-du-ra. Una cacofonía de cuatro sílabas.

Así se llama aquí, una pequeña ciudad como las que intrigan a David Lynch, un jardín edénico donde se esconden los seres más repugnantes y mórbidos, por eso a nadie le gusta revolver la tierra.

Todos tienen algo que contar, la cuestión es que antes de la desaparición de los televisores nadie había querido abrir la boca más que para comer garnachas y viborear.

Caradura es la cuna de la Dependencia de México. Algunos historiadores la nombran la ciudad más mocha del país. Cabe mencionar que esos historiadores van a misa cada domingo y cuelgan rosarios o cruces en sus pechos, lo que resta imparcialidad a tal caracterización de Caradura.

Lo que sí ha creado controversia internacional es que el centro de la ciudad, en vista aérea, tiene forma de suástica. Eso se debe a la admiración que le tenía un exalcalde a Hitler, se peinaba como él y tenía un bigote igualito. Los despistados le apodaban Chaplin. Aprovechó un aniversario de Caradura para justificar un remozamiento extremo.

Esta relación germana no para ahí. Caradura es ciudad hermana de Núremberg. Por ahora no se explicarán estas casualidades, hay cuestiones más importantes que responder, como dónde orinan los que hacen guardia.

CAPÍTULO 3.5: DES

—¿Dónde estuvo en la madrugada? ¿De las cuatro a las seis de la mañana? —su mirada vuelve a la pantalla.

—Aquí, arriba —voltea al techo.

—¿A qué hora se fue ayer a la cama?

—Mmm... como a las doce y media, justo cuando acabó un documental de *History Channel*.

—¿Qué documental?

—Uno sobre la Primera Guerra Mundial.

—Ah.... —la rapidez de la respuesta le da credibilidad— ¿Y cuál es su programa favorito?

—¿Tengo que tener uno?

CAPÍTULO 4: EL ESCRITOR

—No hay placer más grande en la vida que orinar en un baño con paredes de mármol —piensa el escritor del pueblo, quien le sufre cada que tiene que sustituir el mármol por un arbusto o por las llantas de un coche. Los que observan al tipo

deben ajustarse al entorno para no perder ninguno de sus movimientos.

Su acercamiento a la ventana responde a razones inspiracionales, está en busca de las ideas que nutran su gran obra maestra.

Ya tiene nombre, se llamará *Amarillo*. En ella recrea la vida del inventor del orinal, un personaje que se burló de la alta burguesía. Hasta el día de hoy su broma se puede encontrar en cualquier baño de hombres.

Se hizo escritor por mera casualidad. En una navidad, al no tener dinero para dar regalos, se sacó de la manga una colección de cuentos titulada *Rodolfo el reno*, donde narraba de nueve maneras distintas el vuelo de un reno con nariz roja.

Ahora va por la vida presumiendo su único premio. No es el Nobel ni el Cervantes, es ni más ni menos que el Premio Internacional al Nombre Literario, dado al mejor nombre de autor, sin tomar en cuenta la calidad del texto.

De esta forma el escritor es la autoridad literaria en Caradura.

Lamentablemente carece de algo que para otros escritores es esencial: no tiene ningún lector. Contarse a sí mismo sería hacer trampa. Este inconveniente no le quita el sueño ni le resta talento.

—Los refrigeradores nacieron de la búsqueda de un objeto para mostrar imanes —le explica a una de sus compañeras de guardia—. Es por ello que me interesan las serendipias. Sí sabes qué son, ¿verdad?

Su interlocutora le miente para no darle cuerda.

—Los post-its que usas todos los días son serendipias y tú ni enterada.

Un leve “ah” con fingida sorpresa cacha el comentario.

—Vi perderse a las mentes más brillantes de mi generación, ¿pero sabes qué me salvó a mí? —no espera la respuesta—. Lo que me salvó fue un orinal. Pero más que el mingitorio fue un letrero institucional que se sostenía encima. Ahí leí la frase que me indicó el camino a seguir: “Si no tiene puntería orine sentado”. Qué profundo,

¿no? La humanidad reflejada en una frase. Cosas como esas y que los mexicanos no nos lavemos las manos antes o después de hacer del baño me intrigan. Por ejemplo, que en México aplaudimos para todo, mas nunca nos lavamos las manos. Es curioso, ¿no? El baño tiene su mística. Al menos ahí todos somos iguales. Yo le llamo la bañocracia. Todos estamos en el mismo nivel en lo que dura el proceso de expulsión. Y tanto el rico como el pobre comparten la misma forma de evacuar sus desechos. Todos comemos pero no todos comemos lo mismo, en cambio cuando estamos serenos en el orinal, o en su defecto en el retrete, lo que se deposita grácilmente es universal. Por eso te comentaba lo de los post-its, porque el orinal es una serendipia. Deja te presumo que yo aconsejé al alcalde comprar *La fuente* de Duchamp para tenerla en nuestro museo. Le costó una fortuna, hipotecó medio Caradura. Ya gastada la millonada tiene que sacarle jugo. Consiguió volverla símbolo patrio. Por eso está ahora en la bandera de la ciudad y se construye en estos

momentos una estatua de orinal que reemplazará al indio que está en la entrada.

La plática sigue por lo que resta del turno, para desgracia de la interlocutora.

—Y a todo esto, ¿tú a qué te dedicas?

—Soy la bibliotecaria —abandona los monosílabos.

—Entonces tenemos mucho en común, haberlo dicho antes. ¿Qué es lo que te gusta leer? A mí en lo personal —se vuelve a anticipar el escritor—, no me gusta leer autores muertos, me deprimen.

Otro apagado “ah” cierra la conversación.

BITÁCORA

[28 de septiembre/Turno 4]

6:00 pm-7:25 pm: Se sienta en el sillón. Ve Cartoon Network.

7:25 pm-7:30 pm: Va al baño.

7:30 pm-8:30 pm: Regresa y cambia de canal a Tru Tv.

8:30 pm-9:05 pm: Va a la cocina.

9:05 pm-9:30 pm: Sube por la escalera y baja con su pijama gris.

9:30 pm-11:50 pm: Ve History Channel, su canal favorito, creo.

11:50 pm-12:00 am: Apaga el televisor y sube a dormir.

CAPÍTULO 4.5: TI

El interrogatorio no ha rendido frutos. Al menos el detective ve televisión.

—¿Le puedo cambiar a *CSI*? Sólo para ver en qué va.

—Bueno.

—¿A poco no le gusta?

—Pues no.

—A mí me encanta, podría estar horas pegado a la tele viendo *CSI*.

Y así fue. Después de dos horas, el detective recibe un mensaje que promete una pista sustanciosa. Estaba tan cómodo con el control en la mano que casi ignora el celular.

—Creo que tengo que irme. Volveré pronto a continuar con el interrogatorio. Le aconsejo no dejar Caradura.

—Ok.

En cuanto se despide del tipo, este cambia de canal y le da una limpieza al control, había quedado pegajoso por el té verde.

Se sube al carro y en lo que lo prende vuelve a leer el mensaje: “Venga a la biblioteca, hay una bodega sospechosa cerrada con llave.”

CAPÍTULO 5: LA BIBLIOTECARIA

En la biblioteca de Caradura ya hace tiempo que sólo se encuentran best sellers. Esto por decreto del alcalde, sabedor de lo que le gusta leer al pueblo, en el caso hipotético de que leyeran, el pueblo y él.

La responsable de este recinto se presentó hace un capítulo y medio. Es amante de los libros, pero del libro objeto. La lectura no le llama. Su ídolo es Melvil Dewey, inventor del sistema de clasificación más usado en el medio.

Un día después de compartir la guardia con el escritor, la bibliotecaria se alegra de no tener que toparse de nuevo con él, ni volverá a hacerlo en un buen tiempo porque ha cambiado de turno.

El ser la responsable de la biblioteca tiene sus ventajas. Puede intercambiar horarios con quien quiera. Esta vez lo hizo con uno de los cuchicheadores.

Si a alguien le debe su hipersensibilidad auditiva es a sus compañeros de la biblioteca. Todos cuchichean, de ahí el sobrenombre. Al principio le era indiferente y no le daba importancia. No obstante, en cuanto desarrolló su oído se enteró de chismes que la hicieron perder la fe en la humanidad.

En el día a día todos se movían con normalidad, pero por lo que se enteró en sus pláticas los vio como en realidad eran: personas rotas que se odiaban entre ellos.

Lo único que une a los cuchicheadores es el odio por un tercero —sus otros compañeros o la misma bibliotecaria—. Lo peor es cuando se

clavan con chismes sin importancia, como que fulano se acabó el papel de baño y no puso uno nuevo o que si mengano faltó tal día y por eso tuvieron que quedarse horas extras a suplirlo.

En esos momentos le duele escuchar, porque no son cuchicheos breves, son de tiempo completo y sindicalizados.

Le gustaría vivir con esos monjes españoles que hacen voto de silencio y únicamente pueden hablar una vez al año después de la cena de navidad. Tienen oportunidad de decir sólo una corta frase que han pensado todo el año. La bibliotecaria mentaría madres llegado su turno.

Aparte de sus cuchicheos, los bibliotecarios sindicalizados tienen buen diente.

Hace un año se acomodaban a sus quince minutos de comida, ni un minuto más ni uno menos. Al sentirse seguros en ese comedor decidieron asaltar al tiempo. Hablaban como Dios manda y a todo volumen. Comían una o dos tortas y platicaban de lo intratable afuera del comedor.

Los quince minutos se convirtieron en treinta, luego en sesenta, hasta llegar a las dos horas. Dos horas de puro chisme. Y justificaban tanto tiempo perdido trayendo cada vez más comida. Pasaron de comer un mollete a una comida de tres o cuatro tiempos, con digestivo incluido. El acabose fue cuando la bibliotecaria vio llegar al sommelier.

Resulta que eran miembros selectos de un club de cata de vinos y de uno de quesos. Entre la visita del sommelier y el olor a queso rancio le llegó el fin a esa práctica gourmet. Abrió la puerta y les exigió que volvieran a trabajar. La única petición que le hicieron fue que les diera oportunidad de clausurar la semana gastronómica del mediterráneo, ya que no podían tirar a la basura tantos kilos de comida. Cedió en eso. A la fecha han vuelto a sus quince minutos de lonche.

Aparte de tragones eran enfermizos. Recién entró a la biblioteca como encargada le llegaron rumores de una maldición que acechaba a los trabajadores, “La maldición de los clásicos”,

la llamaban. Los que eran asignados al área de clásicos y libros antiguos caían enfermos tarde que temprano. Trató de demostrarles que estaban en un error y les ofreció llevar a un químico para que hiciera exámenes al acervo, pero no se quedaron tranquilos hasta que accedió a pagar por los servicios de la zapoteca, una chamana del mercado. Le hizo la limpia a los clásicos y la sugestión funcionó por un rato.

Cinco semanas después de la limpia un trabajador fue a dar al hospital. Por suerte coincidió con la toma de posesión del alcalde en turno y el mentado decreto eliminó todo rastro de clásicos para dejar lugar a los best sellers.

A la bibliotecaria le queda una hora de guardia y sus piernas se han entumecido. Las frota, se levanta y camina un poco por el jardín sin quitar la vista de la ventana. Se hizo desde el inicio el acuerdo de que a pesar de que el tipo estuviera ausente por su trabajo, la guardia se mantendría para cuidar el último televisor. Por ello no para de vigilar al aparato apagado. Hoy su mente se pierde en un recuerdo.

De todos sus años en la biblioteca lo que más le ha intrigado es la existencia del vegetal.

Nunca había entendido la frase “matar el tiempo” hasta que lo conoció. Es el encargado de atención a usuarios, y si se considera que no hay ni un solo usuario en la biblioteca se podrá suponer por qué es el vegetal.

Llega todos los días a tiempo a su cubículo. Se persigna, hace una oración en honor del Jesús que cuelga de su pared y se instala en la silla. A partir de ese instante su jornada laboral consiste en meditar. Cierra los ojos y con las manos en su regazo se desconecta del mundo. Podría simplemente olvidarse del mundo, no obstante hay días en que hace el esfuerzo por concentrar la vista en un punto muerto y llega al nirvana, o eso es lo que lee la bibliotecaria en la serenidad de su rostro.

Otro rasgo que le admira es su potente reloj biológico, el cual le impide dormir más de la cuenta. Con precisión suiza se levanta justo a la hora de la salida, se persigna, ora y se va. Es una persona que vive en estado vegetativo, en un

coma maniobrable que intercala con destellos contemplativos.

En los raros casos en que es despertado, sus temas de conversación son los procesos para hacer buen pan y buen cemento.

Lo que la bibliotecaria no le consintió como su superiora, y aún le genera culpa, es la tina para pies. Se tuvo que conformar con los masajes que él mismo se da para permitir la circulación en sus piernas, de lo contrario se formarían coágulos.

Por lo que ha escuchado, el programa favorito del vegetal es uno sobre los depredadores más letales de *Animal Planet*.

—¿Quién lo hubiera imaginado? —piensa la bibliotecaria.

BITÁCORA

[29 de septiembre/Turno 2]

6:00 am-6:30 am: Sin novedad.

6:30 am-7:05 am: Baja, desayuna y ve un noticiero.

7:05 am-7:30 am: Sube a lavarse los
dientes y baja ya vestido.

7:30 am-7:35 am: Sale hacia su carro
y se va a trabajar.

7:35 am-12:00 pm: Sin novedad.

CAPÍTULO 5.5: NA

—La veo muy tranquila sin televisión —dice el
detective a la bibliotecaria.

—Si me viera en el trabajo queriendo
recordar las frases de mi película favorita. Está
difícil.

—¿Qué películas es?

—Bueno, es una trilogía, se llama *El
bibliotecario*. Desde que el alcalde nos dio el
presupuesto para las teles no he parado de... más
bien no había parado de ver las tres películas en
la biblioteca. Llegando a mi casa veía
Acumuladores compulsivos y *Mi gran boda
gitana*, me gustan ese tipo de documentales.

—Qué rara es usted.

—¿Y a qué vino a la biblioteca? —pregunta
ofendida.

—Fíjese que me llegó el pitazo de que aquí tienen una bodega bajo llave muy sospechosa.

—Ja, qué imaginativos.

—¿Quiénes?

—Los cuchicheadores. Trabajan aquí, siempre tratan de ponerle el pie al prójimo.

—Olvídese de ellos, sólo lléveme a revisar esa bodega para salir de dudas.

—Sí está grande, pero no es para tanto. Nunca cabrían las teles de Caradura. Venga —le señala la dirección de la bodega y caminan hacia allá.

El detective mira perplejo tantos libros con portadas chillonas, puro best seller. No se le antoja leer ninguno. Lo que sí le llama la atención son los huecos que han quedado en los soportes de las televisiones que tenían en la biblioteca, ninguno ha sido forzado, están intactos. Ya no descarta la magia tan rápido.

—Aquí está la mentada bodega, detective —dice después de quitar el candado y abrir de par en par las puertas.

—¿Qué fregados es todo este papel rancio?

—Esto, detective, es el departamento de descarte. El horno está averiado y por eso no hemos podido deshacernos de la basura.

El detective se agacha y levanta el primer libro que llega a su mano.

—¿*Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos*? Ese país ni existe.

CAPÍTULO 6: LA CHOFER CINÉFILA

—Anda, alégrame el día —dice con resignación la chofer cinéfila, desesperada en esa pequeña oficina.

—Usted sabe que la tengo que despedir, su error es imperdonable, no podemos permitirnos que una conductora ponga en riesgo la vida de los pasajeros por un simple ataque de ansiedad.

—Bueno, nadie es perfecto —se levanta de la silla y le tiende la mano al ahora exjefe, quien se queda boquiabierto.

—¿No tiene nada más que decir? ¿No argumentará a su favor para quedarse en la empresa?

—Después de todo, mañana será otro día —se despide y sabe que no puede continuar como chofer de camiones. No sin la televisión.

Se volvió cinéfila durante el primer viaje de dos horas y media. Bajó del camión repitiendo frases de la película *Caddyshack*.

“Abróchense los cinturones de seguridad, va a ser una noche ajetreada”, era su frase favorita de película y la gritaba a los pasajeros cada que viajaban de noche. Lo curioso es que no conocía la belleza de Bette Davis en *All about Eve*, ni de ninguna otra actriz de Hollywood.

No se podría decir que “veía” las películas, literalmente, ya que su puesto de chofer no se lo permitía. Más bien las escuchaba. Aunque eso nunca le causó problema. Al contrario, se acostumbró tanto a sólo escucharlas que cuando iba al cine se tapaba los ojos con un paliacate para disfrutar en mayor grado la función.

—Ya es tiempo de que te cases —le recomendaban sus colegas hace años.

—El matrimonio es el castigo por robar en tiendas en algunos países.

—¿Quién te dijo eso?

—Garth, de *El mundo de Wayne*. Además, una boda es como un funeral, pero con músicos.

—¿Eso también lo dijo Garth?

—No, es de otra película.

Antes del robo explotaba su talento como crítica de cine en el semanario católico, donde reseñaba películas y determinaba si tenían un nivel bajo, medio o alto de lenguaje ofensivo, violencia y sexualidad. Debajo de cada colaboración agregaba: “Las películas que aquí aparecen no son recomendadas por el semanario; con la información que proporcionamos verlas queda al criterio del lector.”

No siempre fue católica. Manejaba de vuelta a Caradura por unas curvas empinadas, muy de mañana. Encontró el muro de contención maltrecho y detuvo el camión.

Ninguno de los pasajeros quiso acompañarla abajo para ayudar a los heridos.

Descendió por un sendero que la hizo sentirse parte de la comunidad del anillo. Pisó el fondo del barranco y su primera reacción fue apoyar sus rodillas en el suelo y persignarse.

Más tarde ordenó en su cabeza lo que había ocurrido, como lo hacía al escuchar una película. Un camión revolvedor de concreto se había volcado en el barranco a causa de la lluvia. El milagro fue que el conductor resultó ileso y la carga terminó por formar una preciosa capilla en medio del barranco, como si la hubiera construido Gaudí.

El destino de esa capilla será material para otro capítulo, ahora nos concentraremos en la chofer cinéfila.

Acaba de quedar desempleada. Tiene tiempo de sobra para hacer guardia en casa del alumbrado, como empiezan los caradurenses a llamar al tipo, y para otras aficiones singulares que ha adoptado a falta de televisión.

—Tengo la sensación de que ya no estamos en Kansas —se dice sentada en un retrete del centro comercial.

Ha sustituido el cine por el hábito de escuchar conversaciones en baños públicos, se mete también al de hombres. Sorprende la cantidad de personas que entran a hablar por teléfono. Lo comenzó a hacer de manera involuntaria, pero al instante supo que era lo más parecido a escuchar películas, por la acústica de los baños y por la ventaja de poder permanecer en el anonimato que dan las cuatro paredes de un retrete.

—Uuu, estaría a todo dar, pero tengo que trabajar... Estaría a todo dar... —fue esta la primera plática que oyó.

Enseguida se imaginó la invitación que aquella rechazó y su imaginación se disparó.

Los últimos cuatro días ha visitado baños distintos antes de hacer guardia. Hoy está a punto de escuchar la frase que más le traerá secuelas, y no pertenece a ninguna película, es algo sacado de la realidad.

—...déjeme a mí lo de las teles... Eso lo veo complicado, soy mormón.

El miedo la paraliza. Cuando reacciona, el mormón ya no está. Sale del baño y no lo distingue entre la gente.

—Tengo un mal presentimiento sobre esto —dice la chofer cinéfila.

BITÁCORA

[29 de septiembre/Turno 4]

6:00 pm-7:00 pm: Tiene puesto *History Channel* y ve el programa *Diez cosas que no sabías sobre Adolfo Hitler*. Ahí dicen que el dictador era un chico agradable que cantaba en un coro católico, donde tenían esvásticas decorativas que se le quedaron marcadas por siempre. Lástima que no fue sacerdote.

7:00 pm-8:30 pm: Le cambia a un canal de películas donde pasan una de mis favoritas, *Máxima velocidad*. Protagonizada por Keanu Reeves y

Sandra Bullock. Un policía debe evitar que explote una bomba que se activará si el camión desciende de las 50 millas por hora. Violencia: alta. Lenguaje ofensivo: medio. Sexualidad: baja.

8:30 pm-10:00 pm: Está encarrerado con las películas, ve ahora una de terror y comedia llamada *Gremlins*. La trama es burda: unas criaturas adorables se transforman en monstruos al entrar en contacto con agua. Violencia: alta. Lenguaje ofensivo: medio. Sexualidad: baja.

10:00 pm-10:30 pm: Se ha cansado de las películas y va a la cocina a hacerse algo de cenar.

10:30 pm-12:00 pm: Qué sorpresa, ha vuelto al canal de películas y ve una joya del cine: *Charada*. Cary Grant y Audrey Hepburn lideran el elenco de esta comedia romántica con bases de suspenso. Una viuda descubre que su

fallecido esposo era perseguido por varios sujetos que buscan una fortuna oculta, entre ellos el personaje que interpreta Cary Grant. Violencia: media. Lenguaje ofensivo: bajo. Sexualidad: media.

CAPÍTULO 6.5: DO

—Todo esto me recuerda un capítulo de *Los Simpson* —dice el tipo, ya entrado en confianza después de las múltiples visitas del detective.

—¿Cuál? —pregunta el detective sin perder de vista la pantalla.

—En el que Bob Patiño amenaza con destruir Springfield con una bomba atómica de diez megatones si las cadenas televisivas no detienen su transmisión.

—¿Y cómo salvaron a las teles y al pueblo?

—Bob Patiño utiliza una bomba caduca y sólo le queda intentar matar a Krusty el payaso.

—Ojalá acá nos pase lo mismo... pero nosotros no tenemos un payaso en la televisión.

—Claro que tenemos, o más bien teníamos. Daba las noticias en la mañana.

—Lástima que ocurrió el éxodo informativo, hubiera servido interrogarlo — lamenta el detective, cada vez más cerca de la pantalla—. ¿De casualidad no tendrá una tutsipop entre sus curiosidades?

—Tengo dulces de propóleo —responde el alumbrado.

—Qué asco. Es hora de irme.

—Espérese, la pista de la que le hablé no era lo de Bob Patiño.

Se regresa el detective a la sala y vuelve a mirar el televisor.

—Dígame entonces.

—¿Ya ha investigado a mis vecinos?

—Sí, a toda la colonia... —parece pensarlo mejor—. A excepción de la casa abandonada de al lado.

—¿Quién le dijo que sigue abandonada?

El detective empuja la mesita de la sala y corre a la ventana para asomarse. Una pista ha llegado a sus pies.

—Yo también me quedé así —vuelve el tipo—. Tres años viviendo aquí y justo el primer domingo después de que roban las televisiones se prenden las luces de esa casa, las del piso de arriba. A partir de las nueve de la noche, justo a esa hora, y amanecen apagadas.

—¿Ha visto a alguien entrar o salir?

—Ni una persona. Pareciera que ahí vive un vampiro.

El detective, ya pasados cinco días sin tele, recibe esa suposición como algo que podría llegar a suceder. El sentido común no resuelve problemas como este de Caradura, piensa.

—Gracias por la información, mañana nos vemos —no se despide del tipo, su mirada apunta a la pantalla luminosa.

Sale de la casa y les desea suerte a los que hacen guardia.

—No la pierdan de vista, por favor.

Lo lógico sería que tocara la casa del vecino para aclarar el misterio. Sin embargo, los caradurenses nunca tuvieron clases de lógica.

—Un té verde y cinco tutsipops —le pide al tendero.

CAPÍTULO 7: SANTA PREPUCIA

Ella solía ser una mojigata acomodada antes de convertirse en vagabunda, y antes de volverse Santa, con S mayúscula.

Toda su vida estuvo en escuelas exclusivas para mujeres y era aficionada a las películas basadas en novelas de Agatha Christie.

Fue inmaculada hasta que descubrió al masturbador. El año en que se graduó de secretaria bilingüe caminaba por el parque y se topó con una persona que se masturbaba detrás de la resbaladilla gigante de cemento.

—¡Degenerado! —gritó y el masturbador la vio.

Se equipó con una cámara fotográfica para atrapar al depravado y empezó a cazarlo. En su mente su labor serviría para sacar de las calles al masturbador.

Si algo aprendió en sus años de estudio fue a ser obstinada. Vio todos los capítulos de

She's the sheriff en un día, y no sólo le copió el peinado a Suzanne Somers, también adoptó sus talentos investigativos.

Tuvo la oportunidad de ver al fugitivo numerosas veces, mas eso no significó que la justicia llegara. Al contrario, la casa de la seudodetective parecía la sede de una red de pornografía, con tantas fotos pegadas en la pared.

Cada que el onanismo se materializaba, el flash le cortaba la inspiración. Se convirtió en su sombra y no lo dejó tranquilo hasta que la policía llegó con una orden de restricción, dirigida a ella.

Su límpido honor desapareció y en su lugar quedaron etiquetas como “morbosa” o “lasciva”. Fue excluida de su círculo social y se refugió en la calle, donde encarnó a la vagabunda.

Durmió por varios años en la central de autobuses, ya irreconocible ella, y tuvo que limitar su menú televisivo a videos corporativos y a comerciales de quinta. No obstante, su suerte le tenía preparado un mejor destino.

Una mañana se disponía a buscar comida en uno de los botes de basura de la central. Un destello llamó su atención en el fondo e hizo un esfuerzo por alcanzar ese objeto brillante.

Lo tuvo entre sus manos y no supo a primera vista qué era. Eso sí, se adivinaba su valor religioso a leguas. Era un menudo pedazo de piel seca, del tamaño de una uña. El dominico tuvo que dilucidar la incógnita.

—¡Hija mía, Dios obra de maneras misteriosas! Ha puesto una reliquia en las manos sucias y pecadoras de una vagabunda mirona.

—Dígame qué es padre.

—Eres la portadora del Santo Prepucio de Jesús.

La vagabunda casi azota en el suelo. Por fortuna, uno de los monaguillos estaba ahí para sostenerla.

—Hace dos décadas se anunció el robo de la reliquia en la parroquia de Calcata, en la región de Lazlo, Italia. Manos sacrílegas la hicieron desaparecer de la habitación del párroco Darío Magnoni. Curiosamente, ahora el

Santo Prepucio ha hecho su aparición en manos, me atrevería a decir, igual de impías.

Lo que siguió fue la canonización en vida de la vagabunda, quien pasó a ser llamada Santa Prepucia o Madre Teresa de Caradura.

Se prometió en un capítulo anterior mencionar el destino de la capilla de Caradura, aquella formada vía gracia divina por la caída de un camión revolvedor de concreto. Hoy en día anida al Santo Prepucio.

El primer acto santo de la antigua vagabunda fue mandar a la hoguera al masturbador, por haber emulado a Judas Iscariote al denunciarla. La Inquisición resurgió en Caradura.

Entre los privilegios de ser Santa Prepucia está el poder paliar la falta de televisión con una multitud de servidumbre que actúa películas enteras basadas en novelas de Agatha Christie o capítulos de *She's the sheriff*. Los hace disfrazarse, repetir los diálogos y ella se da el papel vitalicio de Suzanne Somers.

BITÁCORA

[30 de septiembre/Turno 1]

12:00 am-2:35 am: Observa un maratón de *Los Simpson*, programa que personalmente no apruebo por su lenguaje soez y su crítica a la sagrada figura de la familia.

Nunca he entendido por qué son amarillos, no tienen para nada ojos rasgados. El tipo disfruta mucho el programa, se ríe en exceso. Es difícil entender cómo Dios ha entregado la luz a una persona tan insulsa y blasfema, en su sala no hay rastro de crucifijos ni de últimas cenas en la pared.

El capítulo final parece ponerse más interesante, pero no por ello lo consiento. La niña con cabeza de estrella y vestido rojo hace una exploración arqueológica en la construcción de un centro comercial. Encuentra el esqueleto de un ángel

que al final termina por ser un ardid publicitario.

Debo confesar que en un punto el capítulo movió algo en mí por la esperanza que despertó en la niña Simpson.

El tipo ríe con el desenlace y apaga la televisión.

2:35 am-6:00 am: Sube a dormir. Nos quedamos todos viendo la pantalla apagada hasta que un destello nos hace voltear a la casa de la izquierda. No podemos movernos de nuestro punto de guardia, así que no sabemos el destino concreto de esa luz. Uno de mis compañeros recomienda alertar mañana al detective, quien ha sido buena gente al traernos paletas en varias ocasiones.

CAPÍTULO 7.5: PA

Esa ventana brillante rompe con la oscuridad de Caradura.

El detective da tragos al té verde y se mete la tutsipop a la boca. Decide tocar la puerta.

Espera un minuto y no hay respuesta. Toca más fuerte y por más tiempo.

Nada. La luz sigue igual de intensa, sin atisbo de sombras.

Comienza a perder la paciencia y camina alrededor de la casa para observar a través de las ventanas del primer piso. Todo está apagado abajo, la luz proviene del piso de arriba.

Va al carro por las ganzúas. Abre la guantera y hace a un lado un libro que recogió de la biblioteca, estaba en el horno y lo tomó a escondidas porque se leía en la portada su año de nacimiento: 1984. Debajo encuentra las herramientas.

Está a punto de abrir la puerta. Un ruido lo detiene. Alguien acaba de romper una ventana trasera de la casa del tipo.

—¡Santa Prepucia! —grita alterado el sacerdote prepuciano que hace guardia.

CAPÍTULO 8: HISTORIA MÍNIMA DE CARADURA

De la casa del vecino

Mucho antes de ser una casa promedio fue una bellísima madriguera de conejos, hogar de una familia con veintidós hijos.

La hembra llevaba auestas ocho conejitos cuando conoció al macho. Su encuentro fue prodigioso para ella, pues vivía un infierno con un esposo golpeador y beodo que gustaba de lamer los tarros de pulque, tirados por los rancheros en el camino real.

Un conejo que por primera vez bajaba del cerro quedó destrozado por el maltrato del que fue testigo a la entrada de la madriguera. Ensordecedores chillidos brotaban de cada golpe que asestaba el ebrio lagomorfo, y todo porque la hembra le recomendó bajarle dos lamidas a su ingesta de pulque.

—¿Qué sabes tú de la vida? Te la pasas todo el día cuidando a estos malandros, mientras yo tengo que salir a buscar plantas que ni siquiera saben bien. Pero como a ti se te ocurrió

tener ocho chamacos, ahora yo me friego por ocho —exclamó en conejo.

Ya al quinto zarpazo, el conejo del cerro detuvo al golpeador con un empujón que los llevó a ambos al suelo. Ahí le advirtió que si volvía a ponerle una pata encima a la coneja se las vería con él.

Humillado, el pulquero gritó tal cantidad de improperios al salir en retirada. Por desgracia esa no fue la última vez que pisaría la madriguera.

Tras la difícil tarea de anular el matrimonio, la flamante pareja se casó bajo la fe del conejo en la luna.

Remozaron su hogar y fue así que le llegó la fastuosidad que se presumió al inicio del capítulo. Junto con estas mejoras llegaron catorce retoños más, una coincidencia mágica ya que en la actualidad la casa ostenta el número de los hijos totales.

Un par de años más tarde se dio el terrible regreso del primer marido.

Era una noche con cielo despejado en la que irrumpió el pulquero como guía de unas brujas. Al convertirse en proscrito vagó hasta convertirse en esclavo de dos hermanas hechiceras que necesitaban una madriguera para construir su casa sobre ella, según la tradición familiar.

Le exigieron la ubicación exacta de su próxima morada, la cual debía estar en los alrededores de Caradura. Y el ebrio no lo dudó dos veces.

—Aquí será su hogar —indicó a las brujas con sorna.

Veinticuatro conejos brincaron por sus vidas hacia el cerro, despidiéndose de su hermosa madriguera.

De esta manera las nuevas dueñas se hicieron del lugar.

Entoloacharon a dos hacendados y en menos de cinco años se edificó su morada.

Sólo bastaron las escrituras para que liberaran de su embrujo a ese par de incautos.

De los varios infortunios que trajeron a Caradura mejor conviene no hablar, baste decir que por mucho tiempo esa calle fue intransitable.

Vecinos supersticiosos rumoran que las brujas habitaron ahí por más de cien años y que después volaron en escobas a través de la oscuridad hasta perderse de vista. La historia de México dio muchas vueltas antes de que llegaran los nuevos propietarios de la casa número veintidós.

Compraron la casa en una subasta. Nadie supo el paradero de las antiguas habitantes.

En cuanto entraron en escena, Caradura se fijó en ellos. Eran mamá, papá, hija, hijo e hijo, los cinco enanos.

Tal era la manía de los pobladores por mirarlos que estos no resistieron y se atrincheraron en la casa. No necesitaban salir a procurarse el pan, eran poseedores de una fortuna heredada por un bisabuelo inglés que secó varias minas de oro y plata en México. Menguada por el dispendio familiar, aún les

rendía a los cinco enanos para sobrevivir decentemente el resto de sus días.

Por eso fue que lo que supo Caradura de la familia a partir de ese momento se limitó a conjeturas con base en la basura que el sirviente dejaba en la calle.

La minicuna significó el crecimiento del bebé; el pequeño colchón amarillento reflejó la inmadurez del segundo hijo; el payasito de ballet descubrió la vena artística de la hija; el ukulele dio respuesta a las melodías hawaianas que se dejaban escuchar por las mañanas; y la televisión en blanco y negro dejó en claro el futuro a color.

En la quiniela sobre el año en que se escaparían de Caradura nadie ganó. Rebasaron las expectativas de los apostadores, aunque al final sí se fueron.

Todos contribuyeron a la rapiña de lo que quedó en la casa. Eso explica por qué la mayoría de los habitantes tiene por ahí uno que otro objeto más pequeño de lo normal, una prenda de vestir de adorno en el retrovisor o un electrodoméstico poco funcional.

Los siguientes dueños son un completo enigma. La casa hasta el día de hoy les pertenece.

CAPÍTULO 8.5: RAO

—Por la dirección, el impulso y el tipo de piedra... te podría decir que el lanzador fue alguien de entre dieciocho a treintaicinco años, creyente de una religión occidental, con carrera trunca, que cursó un semestre en otro estado y que ahí supo que esa licenciatura no era para él.

—¿Y desde dónde fue lanzada? —pregunta el detective a la titular del departamento de balística.

—De acuerdo al anillo de Fisch, con la acción contusa por un lado y las impurezas de la superficie por el otro, el orificio de entrada me hace afirmar, sin titubear, que el tirador estaba ahí, justo al lado de esa cuchara roja.

Lo que primero fue un elemento incidental se convierte ahora en la clave para encontrar al sospechoso.

El detective se lleva la cuchara desechable a la nariz y la olisquea, descubre en ese instante un discreto camino de huellas.

—¿A qué huele? —se interesa la colega de balística.

—Como a cera.

—¿Y a qué sabe?

Expulsa la tutsipop y lame la cuchara.

—A cera también.

—¿Qué opinas de las huellas? —cuestiona la compañera al señalar el jardín.

—Claramente fue un tirador solitario, es un único patrón de huellas.

—Ignoras las virtudes de la fila india, qué tal que iban varios sobre los pasos del puntero.

—¿Cuántas personas necesitas para romper una ventana? —pregunta con ironía el detective.

—A lo que voy es que no debes de descartar todas las posibilidades, hay cada gente tan enferma que bien pudieron ser quince sociópatas que disfrutan ver cristales caer.

—Volveré a las cuatro a recoger la declaración del afectado, necesito ir por algo a la tienda y a descansar un rato.

—Deberías bajarle al azúcar, entre tus paletas y tus té s te vas a volver diabético —dice la responsable de balística.

—Déjame a mí eso de preocuparme por mi salud —dice para sí el detective.

Pasadas las horas, el iluminado entra a su casa con una jaula.

—¿Ahora tiene afición por los roedores?
—pregunta el detective al llegar a la escena del crimen.

—Pienso que necesito protección.

—¿Y ese hámster va a salvarlo en caso de que alguien se meta a su casa?

—No precisamente. No me gustan los perros ni los gatos y la especie que les seguía en la veterinaria era este hámster gordo, además me venía la rueda giratoria de regalo al comprar la jaula.

—¿Cómo se llama su nuevo guardián?

—Kramer —dice feliz el tipo y es la primera sonrisa que le ve el detective.

CAPÍTULO 9: EL JARDINERO EMO

—A veces me gustaría ser una bomba atómica — piensa el jardinero emo desde su trinchera, el parque de Caradura. Lo adornan árboles y figuras de pokemones mutilados en sus distintos procesos de evolución.

Su temporada favorita es el otoño. Tanto por la chamba como por lo que representa la caída de las hojas secas.

Mozart acompaña sus días, no ha dejado de empezar las jornadas con el *Lacrimosa* del *Réquiem*. Acabada esa pieza sigue *The Smiths*.

Es el único jardinero en México que barre las hojas en pleno verano con pantalón entallado, playera de manga larga, otra playera encima y suéter con gorro tapando su cabellera abultada. Todo de negro.

De chico era muy distinto.

Ahí tienen a un muchachito feliz pegado al televisor aprendiéndose los ciento cincuenta y

un pokemones, ya incluido Mew. Una infancia alegre entorpecida por un padre karaokero, como si toda la paleta de colores del Japón estuviera en el lienzo de su vida.

Su programación de caricaturas japonesas se veía interrumpida mínimo cuatro veces a la semana por la terrible carga de acompañar a su papá a fiestas familiares, sociales, laborales y escolares. Tuvo que escuchar en primera fila a cada borracho convencido de que lo suyo era la cantada.

Regresaban los dos muertos a la casa. El jardinero emo maldecía tanto su existencia que inició su fase oscura.

Tenía el siguiente sueño recurrente: un asteroide caía en su casa y justo antes de impactar se desintegraba, así que cada pedazo daba en uno de los siete karaokes que tenía el papá.

Y para acabarla de amolar, a la desdicha paterna se sumaba la otra parte de la ecuación: La madre.

Bajo el mandato patriarcal de viajar al norte a expandir el emporio karaokero, la mamá cruzó la frontera y consiguió llegar a buen destino. El pueblo del sol naciente preparaba otra aparición en la vida del jardinero emo.

Al año de levantar el negocio familiar, la mujer se abandonó a las delicias gourmet de los gringos y su pequeño cuerpo mexicano no soportó tanto azúcar.

Continuó su dieta de esa manera por tres años y llegó de emergencia a un hospital de Miami con insuficiencia renal por diabetes. Tenían que amputarle la pierna derecha y el cirujano, que era japonés, se equivocó de lado.

Cuando despertó de la anestesia notó eufórica el error. Debían quitar la restante, de lo contrario no sobreviviría.

En el momento en que se enteró de este malentendido, el jardinero emo quemó sus juguetes de pokemón y cambió las caricaturas japonesas por talk shows y programas sobre Hiroshima. Claro que es una monserga andar en el parque con la escoba en medio de estas

criaturas recortadas, pero es un sadomasoquista. Le sirve de terapia mutilar los arbustos de pokemón.

Su manera de vengarse, al no haber un solo nipón en Caradura, fue ensañarse con los repartidores de sushi. Pide comida japonesa cada que llueve. Ya que llegan, les dice que él no pidió nada y les cierra la puerta en las narices.

Al enlistarse en el cuerpo de barrenderos le dijo adiós a las noches de karaoke y ahora convive con árboles y con su mejor amigo, el retardado, una persona que lo visita diario y que trata de disimular su condición hablando más fuerte de lo normal y con propiedad.

—¿Cuál fue el último programa que viste?

—pregunta el jardinero emo sentado en el pasto con su amigo.

—¡Permíteme recordar, mi querido especialista en arbustos! ¡Mmm...! ¡Que me he acordado, qué suerte! ¡Era una disertación sobre la fragilidad de la vida y sobre la importancia de un buen desayuno balanceado!

—¿Cómo se llamaba?

—¡Era un largometraje animado! ¡Se intitula, si mi memoria no me falla, *Una película de huevos*! —se desgañita el retardado muy satisfecho.

—No la he visto, espero no sea ánimo.

—¿Y tú, amigo? ¿Qué fue lo último que divisaste a través del difunto televisor?

—Un talk show de Miami —se le enturbió la mirada—, donde un joven dominicano pelea por las cenizas de su madre con el novio de ella, quien es un comecenizas.

—¡Y qué posible desenlace puede tener esa curiosa anécdota!

—Al final, por pelear entre ellos, se cae la urna y se desparrama la mamá. El caníbal se tira y lame las cenizas del suelo. El hijo sólo lo ve y llora.

—¡Válgame Dios, me han llegado dos mensajes de texto! ¡He recordado que hoy es el cumpleaños de mi tío! ¡Debo de felicitarlo a la brevedad!

—Pues ve a felicitarlo. Nos vemos mañana.

—¡Muy bien! ¡Me ha interesado en demasía esta amena charla! ¡Qué disfrutes la guerra de la basura, mi fiel amigo!

Se abrazan y caminan en direcciones opuestas.

El jardinero emo ha adoptado como costumbre, terminado el trabajo, llevar algunas bolsas con hojas y pasto al vertedero, donde tienen lugar las legendarias batallas de los pepenadores, o la guerra de la basura, como le llama el retardado.

Consisten en enfrentamientos cara a cara entre los dos principales bandos de pepenadores por los tesoros del basurero. Este es el único momento del día en que un intento de alegría le llega al jardinero emo.

Se muerden, escupen, patean, insultan, traicionan, pero sin soltar su costal, donde recogen las ganancias. Lo reconfortante es que acabada la barbarie viene la fraternidad y emprenden un viaje a la pulquería. Entre la rebaba y el sofocamiento sanan las heridas de la batalla.

En este preciso día, el jardinero emo aguarda un poco antes de partir y entre el tiradero dejado por la batalla alcanza a ver una mancha roja. Cree que podría ser una bandera japonesa.

Se acerca y hace a un lado los desperdicios que cubren la zona. El círculo rojo no es otra cosa que la cabeza de una cuchara de plástico, con algunos pedazos de cera derretida.

Inmediatamente guarda el tesoro en la bolsa del pantalón.

BITÁCORA

[2 de octubre/Turno 4]

6:00 pm-7:30 pm: El vidriero que puso la nueva ventana se acaba de ir. El tipo ve en *Animal Planet* un programa sobre cómo criar animales domésticos. Creo que se llama *El encantador de perros*. Un latino va de casa en casa y les enseña a las mascotas a no orinarse en todos lados. Deja de ver el programa y va

con el hámster gordo que compró ayer, el pobre animal apenas cabe en la rueda y se le dificulta hacerla girar, por lo que tiene que ayudarle el dueño. Se esfuerza por aplicar las técnicas del encantador de perros pero es obvio que sólo surten efecto en perros, a menos que se hiciera llamar *El encantador de perros, gatos y hámsters*.

7:30 pm-8:00 pm: Ve una película de suspenso en la que una chavita está sola en su casa de noche y un extraño la merodea. Le cambia antes de que termine porque seguro le recuerda lo de la pedrada de antier.

8:00 pm-9:30 pm: Se lleva al hámster con todo y jaula al sillón y ambos ven la película de *Supercan*. Un beagle con superpoderes salva a la ciudad. El malo es un enano calvo con dos pastores alemanes, se ven muy rudos.

Juraría que el hámster le pone mucha atención a la película.

9:30 pm-11:00 pm: Por el miedo, quizá, el alumbrado corre por la cena y regresa al sillón con su mascota. Los dos ven otra película con perro protagonista, se llama *Bolt*. Para alegría del roedor, el compañero del héroe es un hámster muy parecido a él. La animación deja mucho que desear, pero al menos no hay ningún oriental en los créditos.

11:00 pm-12:00 pm: Ambos bostezan y se van a dormir.

CAPÍTULO 9.5: RI

—Me dicen que tú eres el mejor elemento del cuerpo de barrenderos —comenta el detective.

—¿Para qué me necesita, oficial? —pregunta el jardinero emo después de firmar la bitácora del día.

—Espero que no le moleste que lo retenga un poco, entiendo que ya quiere irse a dormir.

—No se preocupe, estoy a sus órdenes.

—Quería pedirle su asesoría en jardinería.
Acompañeme acá atrás.

Caminaron los dos hacia el patio trasero del tipo y se detuvieron en las huellas del tirador.

—De acuerdo a su experiencia en el parque, ¿qué me puede decir de esto?

—En primer lugar, por lo hundido del pasto puedo asegurarle que no fue sólo una persona la que estuvo aquí.

—¿Entonces lo que tenemos es una fila india? —el detective sondea la idea de la titular del departamento de balística.

—Así es. Y una perfecta fila india. Fíjese nada más en la definición de las huellas. Esto fue hecho por especialistas.

—¿Se le ocurre un posible grupo de culpables que haya podido ejecutar esta técnica?

—A menos que una familia de navajos ande perdida por Caradura, no puedo ofrecerle ninguna respuesta.

—Bueno, ni modo —lamenta el detective y le da un trago a su té verde.

Aún no termina de hidratarse cuando el jardinero emo se agacha donde terminan las huellas y se mete la mano a la bolsa del pantalón.

—¿Qué pasó? —el detective se limpia los rastros de té.

En vez de responderle con palabras saca la cuchara roja y la acomoda en el hueco dejado por la de los criminales. Encaja perfecta, por lo que voltea a ver al detective.

—Ha descubierto nuestra única pista. Lo que me preocupa es dónde consiguió usted la suya.

—En el vertedero. Ayer la saqué de entre la basura, con algunos rastros de cera.

—Cucharas rojas desechables y cera. No sé cómo voy a pasar de esto a los televisores — murmura el detective.

—¿Qué dijo?

—Nada. Le agradezco mucho su evaluación y que me diera a conocer la existencia de otra cuchara roja... ¿De casualidad no ha visto alguna otra de estas por Caradura?

—Este... Espere, me acabo de acordar de algo... Para sobrevivir he tenido que hacer trabajos extras y pues también soy el jardinero de la iglesia mormona. Ahí siempre encuentro en el contenedor de basura las mismas cucharas rojas desechables.

CAPÍTULO 10: EL MORMÓN

Un día los mormones llegaron a Caradura. Ellos aseguran haber estado ahí desde la fundación, pero nadie les cree. Lo que sí es de destacar es que tienen a su servicio a un diligente jardinero. A pesar de estar en una región semidesértica, la vegetación de la iglesia mormona siempre está verde y en forma.

Los caradurenses se preguntan por qué todas las iglesias mormonas son exactamente iguales. Como franquicia de McDonald's.

Y todos saben cómo el mormón escogió religión, o al menos él así lo cuenta. Se metió a la iglesia que tuviera los coches más lujosos en el estacionamiento. Aunque traicionó otro de sus

juramentos: “Creeré en la religión que tarde más en mostrarme la charola de las limosnas”.

Se bautizó y por azares del destino en lugar de irse de misionero a África o a Sudamérica, como se acostumbra, se fue a Nueva York. Un caso excepcional.

El Bronx y Queens debían de ser sus áreas de obra misional. Sin embargo, al prever que se lo iban a comer vivo se decidió por recorrer Manhattan. Le argumentaba a su compañero que más tarde lo alcanzaría. Conoció tiendas, museos, teatros, parques y miles de canales de televisión nuevos. Para no ser desenmascarado ocultó su gafete y cada noche volvía ojeroso a la posada.

Al mes había roto todas las reglas de los misioneros: Permanecer con su compañero; seguir un horario diario de siete de la mañana a diez de la noche; escribir una carta cada semana a su presidente de misión y a sus padres; prohibido coquetear o estar a solas con una persona del sexo opuesto; no mirar televisión; etcétera.

Su regreso prematuro a Caradura fue una vergüenza para la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. No le quedó de otra más que comprometerse a cumplir de ahora en adelante con cada una de las reglas mormonas.

Para contrarrestar sus errores tuvo que chutarse toda la barra mormona en la televisión y llevar una persona a la semana a la iglesia. La condición es presentarla ante sus hermanos, no que se bautice en el acto.

La semana pasada caminaba por la central, justo por la banca donde dormía Santa Prepucia, y fue testigo de un acontecimiento milagroso.

Un ciego metió una moneda a la máquina de peluches y sacó uno; le metió otra moneda, y salió otro; fue por el tercero y que le sale de nuevo otro peluche. A la decimotercera el mormón estaba que no se la creía, sudaba de la emoción. Eso era lo que necesitaba para recuperar su honra en la iglesia. Llevar un minusválido.

Se acercó a él para invitarlo, pero un sujeto se le interpuso y le preguntó altanero:

—¿Dígame qué se le ofrece con mi cliente?

—Quería namás invitarlo a una reunión de mi iglesia, eso es todo.

—Mi cliente ya tiene su entrada asegurada al cielo desde que nació, no se preocupe por él.

—Bueno, podría ofrecerles un poco de dinero, para los viáticos.

—Ahora sí nos entendemos —dijo el padrote.

Se dieron sus números de celular, acordaron la paga y quedaron de ponerse de acuerdo mañana sobre la logística.

Con la esperanza de toparse con el ciego sin su escolta, el mormón regresó el siguiente día a la central. No se apareció y las ganas de orinar lo condujeron a los baños.

Aprovechó el silencio del lugar para hablar por teléfono con el padrote.

—¿Bueno? Soy yo, el del trato de la iglesia.

—Muy buenas tardes, justo acabo de hablar con mi cliente. Él es muy difícil, tuve que

mentirle. Le aseguré que usted es el tipo, el iluminado. Y pues le agregué choro y dije que tenía más teles en su casa bien escondidas.

—¿A poco él también es adicto a la tele? — preguntó el mormón.

—Qué manchado, sólo porque está cieguito cree que no puede disfrutar de la bendita televisión...

—No, disculpe, no me refería a eso. ¿Y cómo va a estar el asunto?

—Va a tener que hacerle creer que hay varias televisiones en su mentada iglesia. No sé cómo le va a hacer. Sólo así se presentará mi cliente.

—Usted preocúpese por llevarlo, déjeme a mí lo de las teles.

—Ah, otra cosa, el ciego pide que haya café.

—Eso lo veo complicado, soy mormón.

—¿En serio cree esa jalada de que el café lo siembra el Diablo?

—No, pus no, pero no puedo romper una regla así de importante y menos dentro de la iglesia.

—Allá usted, mientras me dé lo que quedamos yo lo llevo.

Al final de cuentas el ciego se supo engañado y huyó. El padrote sí se metió a la pila bautismal, encantado por los lujos y comodidades de su nueva fe.

BITÁCORA

[3 de octubre/Turno 1]

12:00 am-4:00 am: No pasa nada, observamos la pantalla apagada. Discutimos si sería apropiado pedirle al tipo su control remoto y que deje la ventana abierta para que nosotros le saquemos provecho a las horas muertas de la televisión. Tal vez no le suene descabellado. Por más que platicamos y les leo el *Libro del mormón*, se nos hace eterna la

madrugada. Bueno, es una sugerencia.

4:00 am-4:30 am: Baja más temprano de lo habitual con su mascota en brazos y pasan a la cocina por el desayuno.

4:30 am-5:00 am: Se sientan en el sillón, o más bien se sienta el tipo y la jaula es apoyada en el descansabrazos. Prende la televisión y ven un programa sobre los mejores destinos para los mochileros, en *Travel and Living Channel*. Dan buenos tips, me hubieran servido en Nueva York.

5:00 am-6:00 am: Le cambia por inercia a un canal local y aprieta el botón enseguida al ver la interferencia. Vuelve a lo seguro, a su *History Channel*. El programa es sobre los animales que cambiaron la historia de la civilización, muy interesante por cierto. No sale ningún

hámster. Creo que los animales han hecho más en la historia que los humanos, a excepción del sobresaliente Joseph Smith, él se cuece aparte. El programa termina con una especie de bloopers de animales, algo que no va con la línea de *History Channel*. Y entre ellos hay un video de un hámster comiendo una palomita acostado en las teclas de un piano, aprietan una tecla y el animal ni se inmuta, continúa con lo suyo.

CAPÍTULO 10.5: NAR

—¿Que por qué usamos cucharas rojas? Pues porque al pastor le gusta el rojo, desde que yo me bauticé es el color que se compra para nuestra congregación —responde el mormón.

—¿Y qué me dice de la cera? —le lleva la cuchara a la nariz.

—Ni idea, eh. Tenemos nuestro propio generador de luz y nunca hemos recurrido a velas. Si se fija en el contenedor todas las

cucharas están llenas de pastel de chocolate. ¿Quién le pondría cera a una cuchara? ¿Y aparte a una de plástico?

—Creo que alguien intenta inculparlos. ¿Tienen algún enemigo aquí en Caradura?

—Principalmente al Diablo. Luego yo creo que las demás religiones.

El detective se mete la paleta a la boca para pensar antes de continuar con otra pregunta. El mormón quiere hacer la buena obra del día al notarlo rebasado por la situación y le comparte una conjetura que salió en el sermón del domingo.

—¿Sabe qué? Disculpe que me meta, pero debería buscar al hobbit, él ve todo desde su cerro. Si alguien advirtió algo ese triste día fue él.

CAPÍTULO 11: EL HOBBIT

Antes era conocido como el cavernario, mas él se rebautizó. Es el hobbit.

Vive en la caverna del cerro, al oeste de Caradura. Ahí oculta su pobreza con misticismo.

Según él, su cueva es digna representación de una acogedora casa de La Comarca. Honestamente lo único a lo que se le puede comparar en el universo tolkieniano es con una guarida de orcos, incluso ellos son más higiénicos y tienen ciertos lujos.

Sus días consistían en ver todas las películas de *El señor de los anillos*, ya sean animadas o con personas.

Si algo le enseñó su padre fue a procurarse comodidades sin salir de casa. Se colgó de un cable de luz y con lo que vendió de donas en un año se hizo de un televisor y de un reproductor de dvd.

Todo el conocimiento de la Tierra Media se disparó con la desgracia de Caradura, pues ya no tenía cómo entretenerse dentro de la caverna.

Se asomó al mundo a horas desacostumbradas y recorrió senderos que le parecieron nuevos. Estaba a punto de encontrar su papel en esta trama.

Afligido, el primer domingo sin televisor pensó:

—Sin mis aparatos mi mundo se ha vuelto bruma. ¿Qué me queda por hacer, oh, gran Ilúvatar?

Días después, a las afueras de su cueva una paloma voló a ras de suelo y se elevó justo enfrente del hobbit. El creador único y absoluto le había dado respuesta inmediata vía caca de paloma.

—¡Entiendo, señor! ¡Sé lo que esta señal significa! —exclamó al cielo sin limpiarse el excremento de sus cabellos.

Fue así que el mediano cargó su morral de donas y se encaminó a la mayor aventura de su vida.

—Sé que las televisiones son los Silmarils creados por el infortunado príncipe Fëanor con la esencia de los dos árboles de Valinor y posteriormente robadas por el malvado Morgoth, el señor oscuro. Lo que no entiendo es cómo las recuperaré siendo yo sólo un pequeño espíritu del humilde Hobbiton —monologaba en lo que bajaba del cerro.

Caradura se convirtió en un mundo intrigante pero peligroso para él, más porque sus donas son la antítesis de la Comisión Federal para la Protección contra Riesgos Sanitarios. Qué se puede esperar de un alimento hecho en una caverna polvorienta sin instalaciones hidráulicas. Hay que destacar que cada que un cliente le pagaba se ponía una bolsa de plástico en la mano para recibir el dinero.

Lo previsible pasó ese día, una visita inesperada.

—Tú eres el que vende las donas llenas de polvo, ¿verdad?

—Es polvo orgánico.

—Pues todos en mi familia quedamos en cama por una mugre bacteria.

Intentó el hobbit desaparecer con el anillo de fantasía que guardaba en el pantalón mas no funcionó, por lo que se vio obligado a utilizar su gran talento: la velocidad.

Ya a salvo en un andador lejano reflexionó sobre lo acontecido.

—Lo único que nos puede salvar como pueblo es unirnos, hombres y enanos, para luchar contra el poder del señor oscuro —pensó el hobbit.

Un líquido viscoso lo despertó de sus meditaciones. El aleteo escapó y tuvo otra epifanía.

—¡Exacto! —se dirigió a otro punto de Caradura.

Delante tenía el número veintidós. Desde su caverna sólo dos luces se reflejaban en el panorama. Una era la casa del alumbramiento, parecida al aura de una belleza elfa, y la otra la de la llama sombría, ese ojo de Sauron que lo veía todo, especialmente a su vecino.

La sangre le llamaba. Tomó valor al distinguir la ventana del iluminado y caminó hacia la puerta del vecino. La maldad trató de detener su marcha, pero el hobbit tenía pureza en el corazón y gracias a ello pudo sacar la llave sagrada que nunca mancilló.

La cerradura cedió ante el mediano. No pudo ser el portador de la televisión, sin embargo su destino no sería para nada discreto.

BITÁCORA

[3 de octubre/Turno 2]

6:00 am-7:00 am: Su interés pasa de *History Channel* a *Disney Channel*. Está empezando *Fantasía*, la original. El mago Mickey sale en uno de los capítulos y es el que más le gusta al tipo por la emoción que denota. Qué sorpresa que Disney haya producido una obra de arte con tanta magia y paganismo. Aunque todas sus otras películas tienen elementos fantásticos, en esta aparece el Diablo como un balrog de *El señor de los anillos*. No soy fanático de Disney, pero debo reconocer que hizo un buen trabajo.

7:00 am-7:15 am: Toma a su amigo roedor y van a la cocina a desayunar.

Es un fiel compañero ese hámster regordete.

7:15 am-7:35 am: Sube a cambiarse sin soltar la jaula y baja ya vestido para irse. Le cuesta mucho despedirse de su mascota. El animal se pega a los barrotes y saca uno o dos bigotes que rozan el cachete del tipo.

7:25 am-7:30 am: Abre la puerta de la entrada y se mete al auto. Así sin más se ha ido.

7:30 am-12:00 pm: La casa ha quedado en silencio. La jaula fue dejada en el reposabrazos del sillón y podría jurar que el perezoso roedor no hace otra cosa que ver la pantalla. Nos ha llegado el comentario de solicitar el control remoto al tipo. Hay algunos inconvenientes, creemos que al entrar en contacto con el televisor de esa manera tan directa podríamos contaminar lo poco que nos queda de la luz y atraer a los demonios que nos

hurtaron nuestras preciadas televisiones. Por lo que votamos en contra de la iniciativa del mormón.

CAPÍTULO 11.5: YEN

—¿Qué tal se vive acá arriba? —pregunta el detective al ver con asco el interior de la caverna.

—No me quejo, la naturaleza me ha bendecido con este aposento —responde el hobbit.

—¿Y la vista?

—Pocos contamos con este privilegio de ser aves vigilantes.

—De eso venía a hablar con usted, pero mejor acompáñeme afuera —dice ya sin soportar el olor y la humedad.

—¿En qué puedo ayudarle? —dice el mediano.

—Necesito saber si usted vio algo, cualquier movimiento extraño, los días veinticinco y veintiséis de septiembre.

—Terminada la comida por el aniversario de Caradura yo me subí a dormir y no recuerdo nada más. Desperté sin mi amada televisión.

—Ni hablar. Por otro lado, ¿ha visto este tipo de cucharas en algún otro sitio?

—Qué curiosos enseres. Por lo que he aprendido en cuestiones de magia negra de la Tierra Media, puedo sostener que el color rojo, como conducto al interior del cuerpo humano, es utilizado en prácticas de misticismo, llámese sectas o religiones, para coronar demonios o agradecer a sus deidades. Comúnmente va acompañado de velas para remojar los utensilios con cera derretida. Podría venir de los mormones.

—Una pregunta, ¿por qué tiene caca de paloma en el pelo?

—Tengo el don de recibir presagios. Cada que una paloma me zurra en la cabeza los dioses tienen algo importante que decirme.

—¿Y por qué no se ha bañado?

—Eso sólo me traería el odio de los dioses y no estoy dispuesto a arriesgarme.

El detective desciende por el cerro.

—La casa número veintidós —recordó.

CAPÍTULO 12: LOS ILLUMINATI

—Cuida que no se muerda la lengua —ordena la sonámbula.

La chofer cinéfila se contorsiona en medio de un círculo de encapuchados.

—¿Cuánto le queda? —pregunta el vegetal.

—Menos de cinco minutos, maestro —responde la bibliotecaria.

—Pues ve preparando todo para el siguiente punto de la sesión.

—Claro, maestro —se retira agachada sin dar la espalda al vegetal.

Lo que acaba de suceder es una sesión espiritista orquestada por la sonámbula, quien les vende la idea de lo metafísico cuando en realidad hace uso de sus habilidades hipnotizadoras.

A los tres días de la desaparición de las teles, el vegetal, contra todo pronóstico, tomó

fuerzas de quién sabe dónde y dio forma a una logia muy poco original, ya que robó elementos de otras existentes. No obstante, eso aquí en Caradura es novedad.

Se autodenominó Gran Inspector General del grado treinta y tres, igual que Benito Juárez. Se ha hecho de un gran número de seguidores, entre ellos su superiora, la bibliotecaria, quien es ahora su Gran Chalana General del grado uno. En el trabajo la jerarquía continúa igual, aquí en las sesiones se invierten los roles.

Como vegetal que es, estuvo en reposo absoluto a la espera de su madurez. Y ya cosechado es la persona más activa y prepotente de Caradura. La bibliotecaria cree rastrear la razón de este cambio en su programa favorito: *Animales letales*. Ahora es un monstruo pasivo-agresivo, como una serpiente de cascabel.

—¿Maestro, de nuevo me puede aclarar por qué nos llamamos los illuminati? —quiere saber el hobbit.

—Por la tele del tipo, que nos ilumina ahora que nos hemos quedado sin las nuestras.

—No sé si esté enterado, maestro, y esto se lo digo con mucho respeto, pero ya existe una logia que se llama así y ha de tener más de doscientos años, si no es que más.

—¡No me diga, pequeño hermano! Con razón me sonaba, ya se me hacía raro que se me hubiera ocurrido un título tan bueno. Acabo de ir a la imprenta a pagar la papelería, así que nos quedamos con este nombre, esperemos que nadie les cuente a los verdaderos illuminati... Por eso seremos doblemente una sociedad secreta, nada de estar hablando de esto con sus amigos.

—¿Y qué significa nuestro lema, maestro?

—*Et lux in tenebris lucet*, “y la luz brilló en las tinieblas”.

—¡Oh! ¿Cómo supo de esa frase, maestro?

—Es el eslogan de los focos ahorradores que compro.

—Nos estamos chacaleando todo —piensa el hobbit.

El mediano llegó por pura casualidad, el vegetal no pensaba invitarlo. Sucedió cuando entró en la casa número veintidós. La llave que

había heredado de su padre abrió la cerradura y pudo subir la escalera cegado por la luz que era prendida cada noche.

Su inquietud lo llevó al cuarto. La oscuridad era manchada por un foco de cien watts. La criatura encargada de custodiar al apagador era nada más y nada menos que el amigo del jardinero emo.

—¡Madre mía! —dijo el retardado al ver al hobbit.

Para silenciarlo, el vegetal optó por incluirlo en la logia. Al ser el miembro más reciente, le explicaron las acciones que habían realizado desde su formación.

Lo de la luz, una tarea perfecta para alguien con la paciencia del retardado, suponía ser una estrategia para atraer a la casa vecina al tipo y así poder obligarlo, sin sospechas de los guardias, a entregar su televisión. El vegetal ya tenía pensada toda una serie de torturas físicas y psicológicas.

La ventana rota sólo era una forma de inculpar a los mormones. Nunca le cayeron bien

y en cuanto se sintió con un poco de poder no dudó en atacarlos.

Como se puede observar, los illuminati caradurenses transpiran ineptitud. Su principal objetivo es obtener la televisión para así ir tras el rastro de las demás.

En el transcurso utilizan las dotes hipnotistas de la sonámbula. Por medio del estado de trance los illuminati consiguen ver sus programas favoritos por breves segundos.

La chofer cinéfila acaba de escuchar un diálogo de *Volver al futuro*. Incluso en sus regresiones puede taparse los ojos.

—¡Doc, desintegró a Einstein! —dice Marty McFly.

—No desintegré nada. Las estructuras moleculares del carro están intactas —explica el Doc Emmet Brown.

—¿Dónde diablos están?

—La pregunta debe ser: ¿cuándo están?

Felicitan a la chofer cinéfila por su provechoso déjà vu, el cual acaba de compartir a sus compañeros.

Se pasan a sentar para escuchar el resumen de la investigación que trae entre manos la comisión designada por el vegetal.

—Antes de que den inicio con el informe los hermanos, quisiera compartir una reflexión que me vino en horas de trabajo. Una mosca volaba por mi escritorio e intenté aplastarla; calculé mal mi fuerza y lo único que hice fue torturarla de forma sanguinaria. Y me arrepiento de ello, ¿saben? Me arrepiento. Debí de haber terminado con ella sin dudar.

Las caras de los illuminati no expresan ninguna emoción, no han entendido la parábola. El vegetal se percató de ello.

—Me refiero, queridos hermanos, a que debemos soltar un manotazo contundente. Lo de la luz no ha funcionado, pero nos trajo al hobbit, un valioso elemento. Pronto caerá el tipo, y aprovecho para dar un enorme agradecimiento al retardado por su labor en la casa veintidós — aplauden los illuminati—. Los mormones siguen en Caradura, por desgracia, pero ese intento puso en evidencia la torpeza del detective. Ahora

lo que debemos hacer es no rendirnos, no retroceder ni un milímetro, como lo hace el armadillo, ni un paso atrás. Confío en que en menos de una semana recuperaremos nuestras teles y podremos regresar a nuestra vida normal —vuelven a aplaudir y la comisión pasa al frente.

—Mantén cerca a tus amigos, pero aún más cerca a tus enemigos —cita la chofer cinéfila.

—Lo que quiere decir la hermana —precisa la sonámbula— es que la lista de sospechosos es un poco perturbadora por la cercanía de los posibles culpables con algunos miembros de esta respetable logia. Lo sospechosos son los siguientes:

—Uno. El loco de veintiséis años que se sube a los árboles desnudo y que roba en las tiendas. Cada que la policía lo detiene se escuda con la cantaleta de que lo material no sirve de nada.

—Dos. El de los merengues. Nadie nunca le ha comprado un merengue, lo que lo convierte en un sospechoso.

—Tres. El procrastinador. La última vez que se le vio fue el jueves veinticinco de septiembre, el día anterior al robo. Una versión dice que empezó a perseguir a un abejorro en vez de terminar su trabajo. Una fuente confiable nos confesó que esa especie de insecto proviene de Sudamérica, por lo que podríamos pensar que el procrastinador lo está siguiendo. Nosotros vemos esto como una pantalla.

—Cuatro. Los cirqueros nortños. Llegaron el mismo jueves. Únicamente se les vio durante la fiesta de aniversario de Caradura, ni siquiera instalaron su carpa, se estacionaron, comieron y se fueron. Uno de ellos, un enano tuerto hablador y arrogante no dejó de decir que tenía antepasados caradurenses que huyeron por la discriminación. El rencor puede ser el móvil del crimen.

—Cinco. El mión. Odia la televisión por su padecimiento urinario.

—Nota: Valdría la pena acudir a Televidentes Anónimos, igual nos dan alguna pista.

Terminada la presentación se reparten a los sospechosos para agilizar las pesquisas. El público está conforme con el curso que lleva la averiguación. Ante la ausencia de sus aparatos esto es lo más parecido a un programa de televisión.

—¿Qué sigue en el orden del día? — pregunta el vegetal a la bibliotecaria.

—Discutir sobre el detective, maestro — contesta tras revisar su libreta.

—Hasta ahora las únicas pistas que tiene se las hemos plantado nosotros. Por cierto, buena idea lo de la fila india, ¿a quién se le ocurrió? —levanta la mano el retardado, orgulloso de sí mismo. Es su segundo reconocimiento en lo que va de la sesión.

—¿Qué es lo que ha estado haciendo el detective últimamente? —suelta la pregunta a quien decida cacharla.

La bibliotecaria se levanta para responder.

—Maestro, divide su tiempo entre esas pistas falsas, visitas a la tienda para comprar té

verde y paletas y ha comenzado a leer el libro que tomó de la biblioteca cuando fue a interrogarme.

—¿A poco sabe leer? —los illuminati hacen uso de sus risas más burlonas.

—Está aprendiendo, por lo que veo, maestro.

El hobbit se sube a la silla para que vean su mano levantada. Le dan la palabra.

—¿Y qué haremos con él, maestro? Ya estuvo en mi caverna husmeando.

—No nos hace daño su estupidez. Dejémoslo jugar *CSI*, hermano hobbit... ahora que pregunta se me ocurre una buena idea —una mueca de felicidad desbordada se deja ver—. En realidad son dos buenas ideas. La primera, que dejemos un carro abandonado cerca de la terminal, con placas de Colorado, pónganle otra cuchara roja o algo por el estilo. Apuesto a que eso lo entretendrá mínimo por una semana. Y segundo, mediano hermano, usted se hará pasar por su informante, gánese su confianza. Así lo mantiene checado sembrándole pistas falsas. ¿Qué les parece?

La aprobación es unánime. El hobbit voltea a ver al retardado, como si le echara en cara su superioridad en la logia. Está celoso por los aplausos que se ganó hoy. No obstante, el retardado no discierne estos gestos pérfidos y le cierra un ojo para externarle su apoyo incondicional.

—Ya para dar cierre a esta sesión del sábado cuatro de octubre, les recuerdo que no deben levantar sospechas en sus guardias, no falten y no se salgan de la rutina. Tampoco permitan que el detective entre a la casa veintidós, la vez pasada nos salvó la pedrada, por eso a partir de hoy habrá un tirador experto que custodie la puerta, ¿entendido?

—¡Entendido!

El vegetal toma un control remoto hecho de madera y apunta al cielo.

—¡*Et lux in tenebris lucet!*

CAPÍTULO 12.5: ES

—Bendito té verde, que tanto bien haces a mi memoria —piensa el detective.

Ha recordado que debe investigar la casa número veintidós. Repite la maniobra del pasado martes, ganzúas en mano.

Emocionado gira la perilla y un golpe seco lo detiene. Un hilo de sangre cae por su oreja derecha. Perturbado como está, no alcanza a identificar al tirador, la pedrada pudo haber venido de cualquier lado. No obstante, incompresiblemente el atacante, con pasamontañas, le chifla desde la banqueta de enfrente, como si lo invitara a perseguirlo.

Escupe la tutsipop y se lanza fúrico al acecho. Torpe como él mismo, pierde a su presa a las dos calles y tiene que hincarse para poder respirar, jadea como animal y suda como chavito de secundaria. Le duele más su falta de condición que la descalabrada.

—Alguien no quiere que entre ahí — piensa y se dispone a volver a la casa para de una vez por todas develar el misterio de la luz.

No hay ni un solo mueble en la casa. Deja atrás la escalera y comprende la razón de su ataque. Le han dado tiempo de huir a la persona

que estuvo aquí hace un momento. El foco ilumina un dibujo hecho con crayones, por el trazo podría asegurarse que el autor es un niño de seis años. Se puede distinguir a un grupo de encapuchados en círculo, rodean y aplauden a un niño con cabeza de televisión.

Camino a un hotel, pues teme que lo esperen más tiradores en su casa, revisa el dibujo una vez más en el semáforo; busca una pista que lo lleve al apedreador. Justo cuando le pitan para que acelere, identifica entre los cuerpos a uno de menor tamaño.

—Es un enano.

CAPÍTULO 13: TELEVIDENTES ANÓNIMOS

—Concédeme, señor, serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar; valor para cambiar las que sí puedo, y sabiduría para distinguir unas de las otras —así inicia la reunión de Televidentes Anónimos.

El jardinero emo se ha dado tiempo para asistir hoy, en su día de descanso. Por ser

domingo tiene que recapitular las secuelas que ha dejado la ausencia de televisores en Caradura.

Toma un trago de café para aclararse la garganta.

Menciona los casos más particulares. Que en la primaria han optado por pasar las seis horas de clase viendo el pizarrón, cada día un alumno dibuja una televisión en él. Que en la escuela de artes y oficios hacen lo mismo pero con esculturas de barro. Que el arreglateles en más de una semana no ha podido construir una, su habilidad se limita a reparar. Que ya se ha revisado en los rincones de las tiendas de electrodomésticos y por mucho que se busque no sale ni siquiera un control remoto. Que Santa Prepucia no tardó en augurar que Dios no quiere televisiones en Caradura y que por eso las tentativas de traerlas de otras ciudades no han conseguido más que accidentes carreteros, hasta que los caradurenses declaren su fe plena por el prepucianismo no habrá una pantalla prendida, advirtió y muchos le han creído. Que si la situación sigue igual se preparará una huida

masiva. Que entre las guardias de casa del alumbrado pululan los rumores de un próximo robo a la única televisión y este ya da señas de querer cerrar las cortinas y poner barrotes en las ventanas. Que los más supersticiosos creen que es cosa de brujería, por ello el índice poblacional de gallinas se ha ido a la baja. Que los hospitales se han llenado de viejitos que ven en el electrocardiógrafo lo más cercano a una tele. Que el cine ha sido clausurado temporalmente a causa de la trifulca que se vivió el sábado veintisiete, cuando una horda de energúmenos casi destruye la sala al exigir la proyección de su programa favorito, el pobre cácaro todavía se duele en el hospital con uno de esos monitores cardíacos. Que el grado de desesperación del detective es tal que se le ha visto hojeando un libro, ha llegado a comentar a los que hacen guardia que convendría que visitáramos la biblioteca. Que el desnudista que trepa árboles dijo saber dónde están los aparatos y cuando unos incautos lo siguieron los llevó a la lavandería a mirar los diferentes ciclos de

lavado. A título personal, el recapitulador dice que se volvería japonés y cantaría en un karaoke disfrazado de Ranma y medio si su televisión volviera. Que ayer cortó un arbusto en forma rectangular, con antenas. Al terminar los contornos del botón de encendido se echó a llorar en una cama de hojas secas que abrazó como si fueran su madre lisiada.

El recordar todos esos acontecimientos le provoca al jardinero emo un lloriqueo que puede disimular con su larga cabellera.

—Sólo por hoy pensaré que estoy en una pesadilla y que pronto me despertará mi televisión. Sólo por hoy intentaré pasar el día alejado de mi sufrimiento habitual. Sólo por hoy me enfocaré en ser un mejor servidor público y no descuidaré mis jardines —canta entre sollozos.

CAPÍTULO 13.5: PE

El hotel Bates, a pesar del nombre, es un lugar afable y le parece un refugio impredecible.

Queda a dos calles de la iglesia mormona, al norte de la ciudad.

La decoración se sostiene de animales disecados que le recuerdan a los replicantes de *Blade runner*. A decir verdad, por eso lo escogió.

Se registra y va a tomar té verde en el bar. La sangre derramada ya ha secado en su cabello, aprovecha para colocarse un trapo con hielos.

Siempre quiso encontrar un pretexto para quedarse en un hotel de incógnito. Estos días han sido los más emocionantes de su vida.

Saca el libro de su gabardina.

—EL GRAN HERMANO TE VIGILA —lee en voz alta.

Voltea a la calle en busca de cámaras que lo puedan registrar y recuerda que en Caradura la única cámara de vigilancia es de utilería, la pusieron afuera del banco para hacer dudar a delincuentes en potencia.

—LA GUERRA ES LA PAZ. LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD. LA IGNORANCIA ES LA...

—¡Detective! ¿Qué hace aquí? —el abducido casi lo mata del susto.

Tiene que recoger el libro que tiró por la sorpresa y le responde alterado.

—¡Qué manera de saludar! Está viendo que estoy recuperándome de una hemorragia craneal y sale con estas cosas.

—Discúlpeme, oficial, no era mi intención.

—Olvídelo, mejor respóndame qué hace aquí en el hotel justo hoy.

—Como ya debe de saber, fui raptado por los extraterrestres hace tiempo. Mi casa ya no es un lugar seguro y en lo que decido qué hacer paso las noches aquí.

Ni el detective ni nadie le han creído una sola palabra sobre su abducción. Se ha convertido en una persona a la que se le escucha por morbo.

—Qué terrible. ¿Los extraterrestres no serán los culpables del robo masivo? —pregunta socarrón el detective.

—Puede ser, puede ser, claro que sí. Pude notar su afición por las pantallas cuando estuve en su nave.

—Ojalá tuviéramos unos hombres de negro en Caradura —sigue el detective con la burla.

—No me va a creer, pero eso mismito estaba pensando hace rato. Lástima que sea ficción —voltea a la bóveda celeste.

Se quedan un minuto callados, los dos con los ojos fijos en las estrellas. El detective bosteza y opta por despedirse:

—Es hora de dormir. Le deseo una vida libre de secuestros extraterrestres. Cuídese, por favor, y si sabe algo del paradero de las teles me avisa, venga la pista de este o de otro planeta.

—Por supuesto, por supuesto, le doy mi palabra que usted será el primero en saber.

Se queda el abducido en el bar con la mano derecha extendida, en forma de saludo vulcaniano, mientras el detective se va a su cuarto con una sonrisa.

—*¡Live long and prosper!* —grita el abducido.

CAPÍTULO 14: LA SONÁMBULA

—¿Cómo te hace sentir eso? —le preguntaba su madre a una pequeña sonámbula de ocho años con referencia a todo lo que le acontecía.

Ambos padres psicoanalistas la cuestionaban cada minuto y la única respuesta que podía esbozar era:

—No sé.

—Pobrecita, la ansiedad no le permite razonar como es debido —intervenía el padre para sepultar la autoestima de la niña.

La profesión la adquirieron mediante un curso en televisión que duró cuatro años. Su conejilla de indias fue su hija.

Pero no es conocida como la hija de los terapeutas, lo suyo es el sonambulismo, algo así como el funambulismo, pero con los ojos cerrados.

Así se hizo psiquiatra, despertó el primer día de clases en la universidad. Fue el mejor

promedio de la generación, incluso con sus apuntes llenos de saliva.

El día de la graduación sus padres le regalaron un anillo grabado con la interrogante:

—¿Cómo te hace sentir esto?

Nunca se lo ha puesto.

Uno de sus amigos es el jardinero emo. Es quien más veces la ha llevado de vuelta a su casa en sus caminatas nocturnas.

La primera vez que se conocieron el jardinero emo vio atónito cómo la sonámbula boleaba con un trapo imaginario los pies desnudos de Santa Prepucia, cuando esta era la vagabunda del pueblo.

Después la sorprendió en el cine sentada a un lado de la chofer cinéfila, las dos con los ojos cerrados, metidas en una intensa discusión sobre si Arnold Schwarzenegger hacía un mejor papel en *Terminator 2* o en *Un detective en el kínder*.

Para guiarla a su casa sacudía la escoba en el suelo. Sabía que no era pertinente despertarla de golpe.

Se supieron amigos la noche que el jardinero emo la halló sentada en el parque con un regalo. Sin despertar, le extendió el presente y le dijo adormilada:

—Perdón por gastar tu escoba...

Consciente e inconsciente se fundieron en un abrazo que se desgastó en la casa de la sonámbula.

Si se llegaban a encontrar de día no se dirigían la palabra. La amistad se limitaba al mundo de los sueños.

El funambulismo onírico no era una cualidad que enorgulleciera a la hija de los psicoanalistas, por esa razón y por avara recurrió a la única experta que podía costearse.

El espejo dividía a la paciente de la psiquiatra en esas sesiones sui géneris.

—¿Desde cuándo es usted sonámbula?

—Creo que desde pequeña, desde que empecé a ver el programa de Chabelo — confesaba a su propio reflejo.

—¿Y cómo te hace sentir eso? —se le salió en automático y del coraje fragmentó su imagen

en decenas de sonámbulas enojadas. Ahora lo que sentía era un ardor en el puño.

BITÁCORA

[5 de octubre/Turno 2]

6:00 am-8:45 am: Acabo de despertar aquí. El tipo no ha bajado. Todavía no pone las protecciones que se rumoraban. Nos llegó la noticia de que ayer en la noche alguien apedreó al detective y se dio a la fuga. La cosa está muy delicada y varios opinan que serán ellos los siguientes blancos del tirador, ya unos usan casco. ¿Qué tan difícil ha de ser esquivar una piedra?

8:45 am-10:00 am: Baja las escaleras con el roedor iluminado en su jaula. Platica con él como si pudiera entenderle. Desayunan y se ponen a ver un programa de *History Channel* sobre las fortalezas más inquebrantables, no deja de voltear a

la ventana, seguro piensa si será buena idea colocar las protecciones.

10:00 am-11:30 am: El programa ha surtido efecto y el tipo toma las medidas de sus ventanas y hace una llamada. Acabado eso le cambia a *Investigation Discovery*. Pasan *Vecinos molestos*, el capítulo de hoy es “Pesadilla en la ciudad”, un vecino en apariencia pacífico pierde el control y desata una sangrienta tragedia.

11:30 am-12:00 pm: Está muy perturbado ahora. Viene hacia nosotros y cierra las cortinas. No podemos hacer nada, no nos escucha. Tendré que hablar con él para terapiarlo y que vuelva a darnos oportunidad de mirar. No prometo nada.

CAPÍTULO 14.5: CIAL

Hace un mes el detective vio en televisión que el objeto más antihigiénico de un hotel es el control remoto. Él siempre pensó que era el retrete. Si quiere volver a sostener uno, por sucio que sea, tiene que agilizar la investigación.

Aunque es domingo, logra dar con la profesora de primaria, está en el salón de clases sentada frente al pizarrón.

Ya nada le sorprende al detective, se le hace lo más normal verla embelesada ante un televisor pintado con gis.

—Si me concentro en serio puedo ver cosas —se justifica la profesora.

—Apuesto que sí. Dígame si reconoce estos trazos —le extiende el dibujo.

—Ninguno de mis alumnos dibuja tan mal... Eso parece la sesión de una secta, no creo que un niño de primaria sepa de logias.

—Buen punto.

Abre su lata de té verde y le ofrece un trago a la profesora, quien lo acepta con gusto.

—¿Le molesta si me quedo un rato a acompañarla? —pregunta el detective.

—Claro que no, jállese una silla. Está por empezar mi programa favorito.

CAPÍTULO 15: HISTORIA MÍNIMA DE CARADURA

De las estatuas

Hay en Caradura dos estatuas que vale la pena nombrar. Una es la de Walt Disney y la otra es la del perro.

La primera no fue hecha en honor del papá de Mickey Mouse, es más bien la efigie del fundador de la ciudad. Como nadie conoce al prócer, lo más sencillo fue buscarle parecido con algún famoso.

A su alrededor se tejen unas cuantas historias que conviene saber. Estos rumores vienen de los estudiosos que se han dado a la tarea de investigar vida y obra del magnate.

El episodio que se contará tiene clasificación C y es por lo mismo el que se graban

la mayor parte de los caradurenses, se lo han aprendido de memoria tal como se lee aquí:

“La fiesta secreta de Walt”

Durante la producción de *Blanca Nieves*, Walt Disney quiso subir el ánimo de su equipo y los invitó a pasar un fin de semana en un hotel a orillas de un lago. Tomaron tanto champaña que empezaron a desnudarse y a buscar con quien acostarse, sin discriminar sexo, raza o religión. Se convirtió en una orgía. Disney se horrorizó a tal punto que abandonó el lugar. Nunca volvió a mencionar la fiesta.

Fin del relato

Esta anécdota ha desatado entre la comunidad waltiana de Caradura debates e indagaciones que llegan al estreno de *Kids*. Una subempresa de Disney la produjo. Eso explica el título de la conferencia magistral: “De niños de madera a niños con sida”.

La figura de bronce le da la espalda al palacio de gobierno y tiene un detalle peculiar, es la única del país en la que el sujeto brinca. En la simbología estatuaría significa que el personaje

falleció mientras huía cobardemente de una batalla al tropezarse con una raíz pronunciada que disparó su cabeza hacia una roca. Así murió el fundador de Caradura; Walt Disney, de cáncer de pulmón.

La segunda estatua no tiene ese halo de fascinación. Sin embargo, explica la interrogante de por qué Caradura es ciudad hermana de Núremberg.

En la Segunda Guerra Mundial un perro fue nombrado sargento en el ejército de los Estados Unidos. Era un xoloitzcuintle nacido en Caradura que por necesidad económica tuvo que emigrar al norte.

Por fatalidad terminó embarcado rumbo a Europa en mil novecientos cuarenta y dos y ahí dio todo de sí hasta convertirse en el primer animal considerado héroe de guerra.

Murió en Núremberg al comerse una granada que fue lanzada por accidente en un hospital infantil. Tuvo el valor de deglutir y correr como sólo los mexicanos pueden.

Sus restos descansan en el panteón de los caradurenses ilustres.

CAPÍTULO 15.5: EL

—¿Me puedes explicar cómo es que sales en este dibujo? —pregunta el detective al hobbit afuera de su caverna.

Los illuminati ya le habían advertido que iría a buscarlo por culpa del descuido del retardado.

—¿En qué parte?

—Aquí, el único enano que se ve —señala con la tutsipop—. ¿Quién te dibujó y qué hacía en la casa número veintidós?

—No puedo ayudarle... pero sé dónde he visto esas mismas crayolas.

—¿Dónde?

—Afuera de la terminal de autobuses hay un carro estacionado desde hace varios días, con placas de Colorado. El asiento trasero está lleno de crayolas, justo de estos colores. Si me da oportunidad puedo llevarlo allá y juntos averiguamos quién hizo esto.

—No te preocupes, yo puedo ir solo.

El detective sabe que le oculta algo, tiene que pensar en un plan para sacarle la información. Ahora le duele mucho la cabeza por la pedrada y baja de nuevo el cerro en dirección a la casa del tipo, necesita un poco de televisión.

Anochece cuando toca el timbre. Lo deja entrar el alumbrado y van al sillón.

Ambos están cansados y se sienten indefensos ante el drama que cubre Caradura.

—Veo a Kramer más delgado —dice el detective.

—Sí, el miedo le ha quitado el apetito y el estrés lo ha estado sacando en la rueda, ya tiene algo de condición. Mañana nos pondrán las protecciones en las ventanas.

—Creo que todo esto me rebasa —confiesa defraudado de sí mismo.

—No digas eso, tal vez Santa Prepucia tiene razón y es cosa de Dios... ¿Acaso crees que puedes ganarle a Dios?

—Tienes razón, si no puedo detener una piedra...

—Pero puedes ver el programa que tú quieras, toma —le extiende el control.

CAPÍTULO 16: EL MIÓN

—Está tibia —dice el escritor.

El jardinero emo fue el responsable de hacer famoso al mión. Cuando narra sus hazañas lo compara con Banksy, guardadas las proporciones.

—Hace del orinar un arte mayor, es un genio de lo efímero, el performancero más talentoso de Caradura, si no es que el único.

En un inicio lo odiaba. Era imposible no dar con sus gracias.

—No nació con el don, debo confesar. Las primeras veces que vi sus orines no eran más que chisguetes desalmados, con clara influencia pollockiana, improvisaciones olorosas que yo tenía que cubrir con tierra, era mi deber como servidor público. Luego la cosa se puso interesante, fue ahí donde comenzó su etapa posmoderna. Recuerdo muy bien una instalación afuera de las oficinas de Televisión

Nacional, hasta la fecha es mi preferida. Aún no se robaban las teles y él anticipó, a su manera, la catástrofe. Dibujó finamente la silueta de Chabelo crucificado en la T gigante que está en el estacionamiento al lado de la N. Qué pedazo de genio, ¿no? Casi lo podría comparar con Mozart. Mozart escribió una pieza de piano que le exigía al ejecutante usar las dos manos y la nariz.

Mejor recomencemos este capítulo.

—Está tibia —vuelve a decir el escritor.

Once días han pasado desde el gran robo de Caradura y el escritor está a punto de atrapar al protagonista de su novela. Poco le importa que el tipo haya blindado su casa. Ahora es imposible ver la televisión y hacer guardias.

Encontró el primer rastro del mión cuando meditaba, sentado en la base del gran orinal que se construye en la entrada del pueblo. Su mano tocó por accidente un charco que dibujaba una rata tomando un baño dentro de un mingitorio, con gorro y esponja. Ahí escribió la primera frase de su novela.

Lo penoso es que necesita interactuar con las instalaciones del mión para poder escribir más líneas. Va de orina en orina, así hila su obra.

Para muchos, el mión es el principal sospechoso del robo de teles; para el escritor es su musa.

Ha dibujado un mapa de Caradura con las ubicaciones de las obras de arte, de esa forma cree poder toparse con su fuente de inspiración y exprimirlo al máximo hasta terminar su novela. Desgraciadamente no parece seguir ningún patrón y cada nueva instalación traza una trayectoria distinta a la anterior.

Hoy lunes, su misión lo ha llevado al consultorio de la sonámbula. En la fachada se observa a Freud amamantado por su madre. La M que firma todas las obras del mión simula las cejas de la mujer.

El estar ahí parado hace al escritor recordar.

Empezó a ir a terapia con los papás de la sonámbula el día que la señora Banks del

Príncipe del rap fue sustituida por otra actriz de piel más clara.

De hecho, mucho antes de ser escritor era guionista de series de televisión, al menos en su cabeza. Su programa favorito, arriba mencionado, le servía de laboratorio para imaginar posibles tramas alternas. Por ejemplo, una noche estructuró un capítulo titulado “Robota llega a Bel-Air”.

La familia Banks despide al mayordomo Geoffrey por haber robado el Rolex del tío Phil, por ello deciden comprar una robot mayordoma que se enamora de Hilary. Su obsesión la lleva a buscar a su creador para que le cambie el sexo, lo que dará lugar al primer robot transgénero de California. El rating imaginario fue altísimo.

La segunda vez que asistió con la pareja de psicoanalistas no fue por Will Smith. Sus padres se la vivían en el teléfono. Caminaban alrededor de la mesa de noche sin voltear a verlo y si él intentaba interrumpirlos para pedir un permiso o preguntar algo, ellos lo paraban con un zape bien dado.

Como una manera de entenderlos, determinada tarde descolgó el auricular y no escuchó señal. Volvió a intentarlo en la noche y lo mismo. Sus padres no estaban en casa, por lo que quiso sorprenderlos al solucionar la avería telefónica y salió a un teléfono público para reportar la línea. Lo que escuchó lo dejó helado.

—Disculpe, joven, pero no tenemos registro en el historial de haber instalado línea en el domicilio mencionado. Espero haberle sido de ayuda, que tenga buena noche. Fue un placer atenderlo.

Regresó a su casa y quince minutos más tarde llegaron sus padres. Quiso probar hasta qué nivel llegaría su cinismo.

—Hola, papá. Te habló el licenciado por teléfono.

—Gracias por avisarme, deja le marco de una vez.

Descolgó y marcó.

—Buenas noches, licenciado. ¿Para qué soy bueno?

El escritor termina de recordar y se acerca a un teléfono público. Gira el cable del auricular hasta que la tensión lo separa de la cabina, después saca su boceto de novela y borra a sus padres de la dedicatoria.

Para calmar los ánimos conviene hacer un comentario aparte.

Lo que nadie sabe es que el mión es el único caradurenses que ha visto al ladrón de las televisiones, al menos su espalda.

Aquel fatídico viernes veintiséis de septiembre notó a un individuo sospechoso que recorría las calles del centro, lejos de la celebración por el aniversario de Caradura. Por ser de noche no pudo distinguirlo bien. Quiso seguirlo y emprendieron una persecución intensa que fue frenada por su vejiga. A punto de tomarlo de la chamarra sintió una gotita traicionera en su pantalón y tuvo que rendirse a mitad de la calle mientras el infame huía.

—¡Corres como niña! —alcanzo a gritarle y luego luego se arrepintió por haber proferido

comentario tan machista en pleno siglo veintiuno.

—¡Corres como retrasado! —gritó para corregir su desliz, pero también esta observación le causó remordimiento.

—¡Corres como si no supieras correr! — desde el segundo grito el ladrón ya no lo escuchaba.

Este capítulo lleva su nombre, así que es necesario hablar un poco más de él.

Su afición por los reality shows lo llevó a las oscuras sendas de la podredumbre humana, o lo que es lo mismo, al programa *Obsesivos compulsivos*. De tanto verlo en *A&E* adoptó padecimientos de las personas en pantalla. Se volvió hipocondriaco y mión. Por eso es que tiene un particular odio por la televisión.

Antes de eso era directivo en una empresa dedicada a la importación de carritos chocones. En una cita importante con unos socios extranjeros, ellos le pidieron que se subiera a un vehículo para probar que chocara

adecuadamente, lo acompañó el presidente de su compañía.

Encendieron la electricidad y se empezaron a mover. La estrechez de la cabina y la presión laboral lo llevaron a pensar en palabras como “ataque de pánico”, “ansiedad”, “agorafobia”, “orinar” y otras desgracias.

Cada golpe con los otros carritos chocones aumentaba el tamaño de esas palabras. El sudor surgió y la religión hizo una aparición de entrada por salida.

—Por favor, Santa Prepucia, ayúdame en esta y te juro que me vuelvo mocho —rezaba el mión al borde del desmayo—, te lo juro por lo que más quieras que si...

Con ese “que si” el rezo se dio por finalizado. El agua brotó.

BITÁCORA

[6 de octubre/Turno 2]

8:00 am-9:00 am: Escribe el jardinero emo. Hoy no era mi turno, pero es que ya no hay nadie aquí. Vino

el herrero a colocar las protecciones en las ventanas del iluminado, a partir de esa hora se terminó el registro de las guardias y la gente enloquecida fue a buscar al alcalde. Dicen que está por dar un aviso importante sobre las televisiones.

9:00 am-9:30 am: Un grupo de personas viene a invitarme a acompañarlos a consultar a la zapoteca, la adivina del pueblo. Tomaré esta bitácora y la regreso mañana.

9:30 am-10:00 am: Estamos en el mercado esperando a la zapoteca, se encuentra a mitad de un acomodo de vertebras, porque también es huesera. Nos cooperaremos entre los siete para consultarla sobre el paradero de los aparatos. Yo no soy supersticioso, pero quiero ver con qué payasada nos sale.

10:00 am-11:00 am: Le faltan casi todos los dientes. Vamos a pasar ya a su local. Le preguntamos por las televisiones y ella dice que ya sabía lo que le íbamos a preguntar. Mis compañeros se asombran de sus poderes chamanísticos. El hobbit llega de la nada a tomar asiento con nosotros, a él nadie lo invitó. La zapoteca comienza su ritual, saca un costal con mole verde y se pone a prepararlo en un molcajete. Le agrega unos polvos fosforescentes y la combinación forma un coctel exótico. Nos pide silencio absoluto y mete su cara en el molcajete. Come su preparado y nos la hace de emoción. Por fin nos dice algo: “El amigo de todos los niños”. Esa es su pista. Si queremos una explicación tenemos que pagarle el doble, yo les digo que nos está embaucando, pero los demás sacan el dinero y se lo entregan.

Vuelve a meter la cara al molcajete y después de unos minutos dice: “Lo que buscan, ustedes se lo llevaron”. Nadie entiende nada. La zapoteca le da un trago a su refresco de sangría y nos dice que si queremos más revelaciones debemos esperar hasta mañana y volver a pagar la misma cantidad, porque por el momento ya está satisfecha y aparte tiene colitis.

11:00 am-12:00 am: Ya todos se fueron a ver al alcalde, todos menos el enano, él se fue en otra dirección. Tengo que ir a trabajar. Si nadie continúa con esta bitácora yo podría escribir por algunos días, ya le he agarrado cariño a esta libreta negra.

CAPÍTULO 16.5: DIS

—¿Cómo ves las protecciones? —le pregunta el tipo al detective.

—Pues te hizo un buen trabajo el herrero. Lo que no entiendo es por qué cerraste las cortinas.

—Así nos sentimos más seguros. Por cierto, ¿cómo sigue tu cabeza?

—Ya mejor, gracias por preguntar — contesta el detective y se toca el chichón—. No quiero parecer un aprovechado, pero hoy pasan la trilogía del dólar, donde sale Clint Eastwood de pistolero. Y quería saber si podía ver aunque sea la primera.

—Obvio que sí, la televisión no se le niega a un amigo.

El detective corre excitado al auto por un par de ponchos desgastados y le ofrece uno al tipo.

—Póntelo, así nos sentiremos en el viejo oeste.

Por un puñado de dólares les encanta, incluso al hámster.

—Debí de haber pensado en Kramer, un retazo de tela queda perfecto para su cuerpecito, más ahora que está adelgazando.

Kramer le contesta con un movimiento de cabeza.

A la mitad de *Por un puñado de dólares más*, el detective aprovecha una escena tranquila para acabar con una duda que lo atosiga desde hace once días.

—¿Siempre has sido cerillo?

El tipo se sorprende con esta pregunta tan directa y acomoda sus ideas.

—No, llevo apenas dos meses en la tienda.

—¿Qué hacías antes?

—Aplaudía.

—¿Profesionalmente? —pregunta el detective.

—Ajá.

—Sin ánimo de ofender, cualquiera puede aplaudir —simula un aplauso.

—Sí, pero no en el momento exacto. Una fiesta de cumpleaños o un discurso político pueden arruinarse si no llega el aplauso en el ojo del huracán. Mira mis manos —las palmas están recubiertas de una capa brillante como la de las

bolas de boliche—, son perfectas para aplaudir, nací para eso.

—¿Entonces por qué eres cerillo?

—Porque ya no puedo aplaudir.

Los tres permanecen con la vista en las manos aplaudidoras, desean que hagan su magia en cualquier momento.

—Chale —dice el detective.

—Dejé de aplaudir el día que me rompieron el corazón —esconde las manos debajo del poncho.

—¿Tenías novia?

—Estábamos a punto de casarnos... Ella es la chifladora oficial del alcalde.

—¿A poco es ella? La he escuchado varias veces echándole piropos al alcalde.

—Ella misma —dice el tipo.

—¿Se puede saber, sin parecer entrometido, por qué se separaron?

En la pantalla, Clint Eastwood cuenta veintidós cadáveres en la carreta, le falta uno para tener a toda la pandilla de El Indio, en eso el último bandido con vida trata de dispararle

por la espalda y obtiene una muerte cinematográfica clásica.

—Los caché besándose en el palacio municipal. No chiflaban ni aplaudían, se besaban.

El detective apenado sabe que acaba de tocar una fibra sensible en el alumbrado y no tiene idea de cómo consolarlo.

—Nunca le reclamé nada, me hice el menso —continúa el tipo—. El siguiente día vino a verme a la casa y simplemente me dijo que yo ya no era su tipo, que ella quería algo más que aplausos.

—Toma —el detective le acerca el té verde y el tipo bebe un trago.

—Había órganos en mi cuerpo que desconocía hasta que me empezaron a doler por ella... como aquí —se señala lo que puede ser el riñón o el páncreas.

—Tendrías que ir a checarte con el doctor, tal vez estás enfermo de algo. ¿Esa fue la última vez que la viste?

—No. Ayer la vi.

Con el riesgo de soltarse a llorar, el tipo cuenta el encuentro.

Ayer, domingo cinco, la chifladora entró al supermercado donde él trabaja. Ella no sabía que el tipo estaba ahí, lo imaginaba en cualquier lugar menos de cerillo en esa tienda.

Él la vio desde que entró y se ocultó detrás de una señora con sobrepeso. El trayecto entero de la chifladora quedó registrado en la cámara mental del iluminado. Su plan era fingir una ida al baño en el momento en que ella fuera a pagar. En eso se escuchó en los altavoces la canción de *Los años maravillosos* interpretada por *Los Buitres*.

Era esa su serie favorita, así que no le quedó más remedio que adelantar su ida al baño y lloró media hora sentado en la tapa del escusado.

—Por eso tus ojos rojos de ayer.

Dejaron que los disparos de la película enmudecieran la plática, por el bien del tipo. Vieron la última parte de la trilogía.

Durante el clímax de *El bueno, el malo y el feo*, el detective tuvo una revelación. El alcalde, además de ser el culpable de la tristeza de su amigo, era el principal sospechoso si se ponía atención a los hechos. 1) Regaló las televisiones en su campaña. 2) Organizó la comida del veinticinco de septiembre, para celebrar el aniversario de Caradura, y en la madrugada sucedió el gran robo.

—Esto ahora es personal —dice el detective al salir de la casa ya de madrugada.

Se acomoda el poncho y se lleva una tutsipop a la boca, como si fuera el cigarro de Clint Eastwood.

CAPÍTULO 17: EL ALCALDE

—¿Quién detendrá a los kenianos de ganar todos y cada uno de los maratones? —preguntó el alcalde.

—Tal vez los asiáticos —aventuró el secretario, aunque se arrepintió al pronunciar la última palabra. El alcalde también odia a los chinos.

—¡No! ¡Nosotros! A partir de hoy queda instituida la Secretaría de Desarrollo Maratonista.

El secretario tomó nota de la orden.

—Muy bien, señor alcalde, en cuanto volvamos lo publicaré en el Diario Oficial de Caradura.

Se encontraban en París. Por un consejo del escritor, hace dos años el alcalde fue a Europa a comprar *La fuente* de Duchamp.

Aprovechó para visitar a sus hermanos en Núremberg. Desconocía la razón por la que Caradura era ciudad hermana de esa provincia e interpretó el término a su antojo. Mandó a vivir a sus hermanos a Alemania, erario público de por medio.

—Ya entendí por qué el escritor insistía tanto. El orinal es bellísimo —dijo el alcalde.

—Mmm... disculpe, señor alcalde, creo que estamos en los sanitarios del museo —un turista comenzó a orinar.

—Ya lo sabía, secretario, era una prueba para checar qué tanto sabe de arte. Lléveme ahora a ese dichoso orinal de ducha.

—Duchamp, señor alcalde.

—¡Ese mero! Luego entre tantos idiomas a uno se le cuatrapean las palabras.

—Esta idiotez —continuó el alcalde en el avión— nos salió casi igual de cara que las televisiones.

—Véalo como una inversión, señor alcalde. Ya ve que si no fuera por esos aparatos no hubiera llegado al palacio municipal.

—Eso que ni qué. ¡Benditas televisiones! Santa Prepucia me las proteja.

El orinal sigue hasta el día de hoy en el museo de Caradura y ya van decenas de veces que los visitantes le dan un mal uso por lo escondidos que están los baños.

Esta profanación artística no le quita el sueño al alcalde, lo que le preocupa es que a dos semanas del robo no tiene ni una pista del ladrón.

Una turba enardecida se avecina y él ensaya el discurso que le redactó el secretario.

—Ando leyendo esto y veo que le hacen falta dos o tres chistes.

—Enseguida los agrego, señor alcalde.

Desde que se volvió secretario tiene ese acento pomposo y sofisticado. Nadie sabe que su mentor es Niles de *La niñera*. Antes de perder su televisión imitaba al mayordomo inglés hasta quedarse dormido, e incluso ahí roncaba como él. Le copió todo, por eso cada dos semanas se retoca las raíces de rubio a pesar de ser prieto. En la estética le llaman el Celio Cruz.

—Y dile a la chifladora que terminando el anuncio iremos a mi casa de campo, que se vaya bien arregladita.

—¿Y qué le digo a su esposa, señor alcalde?

—Que iré a una reunión con los jefes de Estado de la región.

El discurso sale tal como lo planearon. Todos aman al alcalde.

—¿Qué tal se vio mi cabello?

—Impecable, varonil y sedoso —responde el secretario mordiéndose la lengua, nunca le ha gustado la peluca de su patrón.

Los puntos principales del discurso fueron dos:

Uno. Se realizará un Tevetón a nivel nacional para dar teles a Caradura.

Dos. El chivo expiatorio será el chino.

Es más fácil culpar a los asiáticos que investigar a fondo. Desde que inició su gestión tuvo en la mira al dueño del restaurante de comida china.

—Hace una hora un operativo detuvo al chino y a su familia. En total son veintidós personas que están siendo repatriadas, en estos momentos deben de encontrarse en algún puerto. Todas las pruebas los señalan y él ya ha confesado en español —dijo hace un momento el alcalde ante la multitud.

—¿Y las teles? —gritó la sonámbula desde la plaza principal.

—Las televisiones han sido quemadas en un punto desconocido. Lo más seguro es que las

cenizas las hayan usado para alguna de sus salsas agridulces o qué sé yo —hizo una pausa y algunos caradurenses se tocaron la panza con asco—. Sí, sé que es trágico, por ello todo el peso de la ley está cayendo ahorita mismo sobre el chino y su estirpe.

Pasada la euforia, los caradurenses reaccionan y caen en cuenta que el chino nunca aprendió español, lo único que podía pronunciar era “paquete uno”, “paquete dos” y “paquete tres”. De todos modos, la noticia del Tevetón los hace conformarse con la versión oficial.

El mión, que se encontraba entre los asistentes, está seguro que no fue el chino. Su forma de correr y estatura no concuerdan con el sujeto que vio. A manera de protesta, orina en la entrada del restaurante de comida china. Su instalación es la siguiente: Bruce Lee, vestido con el traje amarillo de la película *Juego de la muerte*, camina esposado con la leyenda “Falso culpable” escrita en su pecho.

~~BITÁCORA~~ DIARIO

[7 de octubre/~~Turno 2~~]

De nuevo escribe el jardinero emo. No pondré la hora porque no creo que importe. A partir de hoy convierto esta libreta negra en mi diario personal, que gran falta me hace ahora que mi amigo el retardado ya no viene a visitarme.

Querido diario:

Ayer el alcalde dio dos avisos que tienen al pueblo vuelto loco. No creo que haya sido el chino, a él le da lo mismo que tengamos teles o no. Y lo del Tevetón suena bien, espero que al traer tal cantidad de aparatos la maldición quede anulada y podamos disfrutar de nuevo nuestros programas favoritos. Cambiando de tema, quiero sincerarme contigo, querido diario. Ya no aguanto esta mugre ropa negra, pensé que iba a soportar el calor por el mero orgullo

de demostrarles a los demás que puedo ser perseverante en mis cosas. La verdad es que sudo como taquero todos los días y ya he tenido tres ataques de piojos en lo que va del año, también me he estrellado contra postes de luz al no ver nada por mi fleco. Odio esto. Ojalá pudiera usar bermudas de nuevo y raparme. Intentaré llegar al día del Tevetón para ver si ya con la tele se me quitan estas ganas de abandonar la cultura emo. Volveré a cambiar de tema. Ayer por la tarde me tocó regar el camellón que está enfrente de la biblioteca y me ganó la curiosidad. Nunca había entrado en mi vida. La bibliotecaria es una persona que parece disfrutar hablando mal de un tal vegetal. En lugar de orientarme, se puso a chismear sobre lo inútil que es ese sujeto, siento que muy en el fondo le tiene pavor. Le di el avión y caminé

por los pasillos. Los libros que vi estaban basados en películas, tal vez estaba en esa sección. Me llamó la atención una bodega que tenía la llave pegada. Di vuelta a la llave y entré a un cuarto enorme lleno de libros viejos. Una portada me gustó mucho, está un chavo lamentándose por algo. Se llama *Los sufrimientos del joven Werther*, el inicio está entretenido, es como una carta y suena emocionante. Lo leeré en lo que llega mi tele, con Mozart de fondo.

CAPÍTULO 17.5: PUES

—¿Cómo estuvo eso de que ayer atraparon al ladrón de las teles? —pregunta el tipo.

—A mí ni me consultó el alcalde. Los que agarraron al chino ni siquiera eran policías, eran sus golpeadores. No hay forma de que haya sido él, ninguna pista lo incrimina.

El detective recuerda el desamor que el alcalde le provocó a su amigo.

Planeaba ir hoy a interrogarlo, pero el secretario acaba de informarle que salió del pueblo por motivos confidenciales.

Aprovechan para mirar la pantalla. En *History Channel* está un programa llamado *Inventos curiosos de América*.

—¡Guau! Nunca pensé que los supermercados se habían creado para darle una función a los carritos —dice el tipo.

—Según el escritor eso se llama serendipia.

—¿Y tu amado té verde también es una serendipia?

—Debe serlo, sabe a serendipia.

—Me acabo de acordar de algo, espérenme tantito —les dice el alumbrado a Kramer y al detective.

Sube las escaleras y baja con una libreta gastada.

—Ayer vi que no quedaste convencido de mi antigua profesión de aplaudidor y busqué en el clóset mi cuaderno de notas. Tengo una recopilación de aplausos transcendentales que

salió en *History Channel* y que transcribí mientras iba viendo el programa.

El detective comienza a resignarse y le da un trago a su té verde para mantenerse despierto.

—Déjame ver —continúa el tipo—. Ya encontré la hoja. Empieza la lista con la apología de Sócrates, pronunciada en el año 339 antes de Cristo. Un miembro del tribunal ateniense aplaudió al final del discurso y encendió los ánimos de Grecia. Lástima que eso no salvó a Sócrates de la muerte, lo que sí es que le permitió elegir la cicuta como forma de morir. Ese primer aplauso significó una reivindicación de...

El iluminado siguió y siguió con su cronología sin percatarse que su compañero viajaba entre sus recuerdos de infancia con una tutsipop en la boca como máquina del tiempo.

—Hijito, deja de ver *Blade runner* y ven a tomarte tu té —escucha la voz de su difunta madre.

Corre feliz con su pistola de juguete en la bolsa del pantalón. Llega a la sala y al intentar tomar una taza recibe un fuerte manotazo.

—¿Qué te dije de lavarte las manos antes de tomar té?

—Ok, mamá —dice con desgano y va al baño.

—¿Sabes qué día es hoy? —pregunta la madre.

—¿Martes siete de octubre? —responde el mini detective.

—Bueno, sí, pero me refería a qué día en especial es hoy.

—No lo sé, mamá.

—Hoy hace un año falleció tu padre —se le quiebra la voz—. Por eso vamos a tomar su té favorito y después iremos al panteón a saludarlo, así que ahorita te cambias tu disfraz de vaquero y te arreglas para tu padre.

El mini detective no emite sonido, asiente y sopla al té antes de beber.

Sucede un flashforward dentro del flashback y ya están en el panteón municipal,

ambos con los dedos pulgar e índice impregnados de olor a té.

La madre deja en la tumba un ramo de hierbas finas y el hijo una tutsipop.

—No le dejes basura a tu padre, amor, recoge por favor eso.

—No es basura, mamá. El día que se despidió de mí me regaló una paleta y me dijo que cada que llegara al centro chicloso iba a ser como si llegara a su corazón.

La paleta es bañada en lágrimas y las hierbas finas desprenden un olor agradable al entrar en contacto con el desconsuelo del mini detective.

—...el discurso de Hitler a las juventudes alemanas es un punto y aparte. Fue dicho en Núremberg, nuestra ciudad hermana, en el año de 1937. El aplauso inicial dio pie a un océano de manos que sacudió, literalmente, la ciudad... — se fija en el detective y le pregunta— ¿Estás bien? Si quieres dejo para otro día los aplausos que faltan.

—Una disculpa. Acabo de recordar que hoy es el aniversario luctuoso de mi padre —el hámster deja de dar vueltas en su rueda para mostrar sus condolencias—. ¿Mañana puedes contarme el resto de los aplausos? Iré al panteón ahorita.

CAPÍTULO 18: EL VEGETAL

Está ahí, con los brazos en cruz y los ojos cerrados. Lo usual, menos por un detalle. Encima de su escritorio el vegetal tiene un libro, *El arte de la guerra*.

Un monstruo germina en sus narices y la bibliotecaria sabe que no puede hacer nada al respecto por temor a represalias en los illuminati, es inútil reclamar su poder ahora. No deja de comparar a su empleado con esa planta carnívora de *La tienda de los horrores*.

Su último recurso ha sido retar al vegetal en su propio juego. Las reglas son simples: No hablar, no moverse.

Después de ver la portada bélica de Sun Tzu se aproxima al subalterno y se planta justo

enfrente de él. El vegetal levanta un párpado y se limita a soltar un ligero siseo de serpiente, lo que provoca un temblor en las piernas de la bibliotecaria.

—(Breve silencio) —se adelanta la jefa.

—(Silencio profundo) —el vegetal no tarda en reaccionar y asimilar la lógica.

—(Silencios intermitentes) —emite la bibliotecaria al hacerse para atrás, como carro en reversa.

El vegetal sabe que tiene las de ganar y esa confianza lo lleva a bajar el párpado.

—(Silencio de sueño) —blofea.

—(Estruendoso silencio) —explota la bibliotecaria para despertarlo de su fingido descanso.

Ante esta movida, el vegetal utiliza su mejor jugada. Abre totalmente los ojos y saca una lengua que nada tiene de bífida, pero sus movimientos, mediante engaños ópticos, convencen a la enemiga de estar a merced de una cobra.

Está decidido el duelo. La perdedora no tiene otra opción más que huir con decoro y cerrar la puerta del cubículo. La bibliotecaria siempre ha sido una mal perdedora, por ello le espeta al vegetal antes de salir:

—Ya me enteré por qué odias tanto a los mormones. ¡No te vas a salir con la tuya!

Aunque es el ganador del día de hoy, la ignominia de la bibliotecaria le ha calado hondo y no le permite disfrutar ese merecido triunfo.

Otro personaje recuerda su pasado.

El síndrome de fatiga crónica, que aún resiente en horas laborales, no surgió por generación espontánea.

Antes de la biblioteca, trabajó en una fábrica de camisas. No tenía días de descanso y su turno rebasaba las normas laborales dejadas por la revolución industrial.

El patrón, consciente de que cualquier ser humano carecía de la voluntad y energía para resistir semejante explotación, organizaba un viaje a San Tamal una vez al año con todos los gastos pagados.

Al escuchar la primera invitación los trabajadores saltaron de alegría. No tenían la menor idea de lo que un viaje turístico significaba para el patrón.

Salían del estacionamiento de la fábrica a las siete de la mañana. Subidos en un camión guajolotero, sin baño y sin aire acondicionado, no se detenían a ninguna parada técnica hasta llegar a San Tamal.

Hacían check-in en el hotel y la mayoría no aguantaba el cansancio acumulado, por lo que caían rendidos en sus respectivas camas. A eso de las nueve de la noche los despertaban para cenar. Como era buffet se atragantaban y lógicamente les daba el mal del puerco, lo que los regresaba a su habitación para volver a dormir.

Al día siguiente todos se despertaban tarde, excepto uno que otro madrugador que podía bajar a la playa para meterse al mar. Como el regreso a Caradura era al mediodía, en cuanto terminaban de desayunar se metían al camión y daban por terminadas sus únicas vacaciones del año.

Ya con eso uno se da una idea de dónde le vino ese cansancio al vegetal. Otra cosa que le brotó en esos tiempos aciagos fue el odio por una orden religiosa.

El mentado patrón explotador, en contra de todas las probabilidades, no era judío, era más bien mormón.

El alcalde, al echar a los chinos, le arruinó sus planes de inculpar a los mormones. Aun así, sus intentos de hundirlos no han cesado.

Justo ayer aprovechó una pausa en la sesión de los illuminati para consultar a la chofer cinéfila.

—Hermana, sé de sus dotes cinéfilos y por eso mismo la necesito. Debo confesar mi ignorancia en la materia... a lo mucho he visto una película entera.

—Cuando se ha visto una película ya se han visto todas —la chofer cinéfila retomó una frase de *Cantando bajo la lluvia* para animar al Gran Inspector General del grado treinta y tres.

—Gracias por esas palabras, hermana. No le temo a la ignorancia, sino a los mormones. Y

por eso mismo le encargo que me haga una recomendación de venganza que haya visto en el cine.

La chofer cinéfila no tardó en hablarle de películas como *El padrino*, *El conde de Montecristo*, *Búsqueda implacable*, *Oldboy*, *Kill Bill*, *El club de las primeras esposas*, *Carrie*, *Atracción fatal*, *Escupiré sobre tu tumba*, *Mad Max*, *Robocop*, *El cuervo*, *Pesadilla en la calle del infierno*, *El rey león*, etcétera.

—Muy buenas ideas, hermana, muy buenas ideas. Podríamos aprovechar las técnicas hipnotizadoras de la sonámbula para atormentarlos mientras duermen o tú podrías atacarlos con tu autobús y tirarlos en un desfiladero, como cuando se formó la iglesia de Santa Prepucia. Lo que vería muy complicado sería construir un robot, pero de ahí en fuera todas se me hacen realizables.

—La venganza es un plato que se sirve frío
—utilizó la chofer cinéfila el proverbio klingon de *Star Trek* para cerrar la conversación.

DIARIO

[8 de octubre]

Querido diario:

El iniciar con “querido diario” ya no se me hace tan buena idea. Es demasiado cursi y no hay forma de que el diario me responda un día “querido jardinero emo”. Werther se dio un tiro. Eso sí es sufrir de amor y no jaladas. No leí todo el libro, me brinqué hasta el final. Mi amigo el retardado ya no se ha parado por el parque, estoy preocupado, espero no se dé un tiro. Tampoco me he encontrado con la sonámbula. Está muy raro todo esto. El tipo sigue sin mostrarnos la luz, sólo el detective puede entrar. En Televidentes Anónimos somos cada vez menos, la mayoría cree que ya pronto terminará este infierno, con lo del Tevetón. Yo me distraigo cortando nuevas figuras en los arbustos, lo último que hice fue

un dinosaurio triste por la extinción.
Iré mañana a seguir al retardado,
quiero detener su posible suicidio.

CAPÍTULO 18.5: TO

Dos cosas le quedaron claras al detective después de visitar la tumba de su padre la noche anterior. Que las pistas falsas del hobbit esconden algo turbio y que el alcalde no es tan inteligente como para estar detrás del robo masivo de los aparatos. Sin embargo, a través de él puede llegar al proveedor de las televisiones que regaló durante su campaña. Sólo aquel que es capaz de surtir tantas de golpe podría desaparecerlas en una noche, piensa.

—¿Qué pretendes, hobbit? —le dice sin un hola previo.

—¿A qué se refiere, detective?

—No te hagas, ¿crees que no me he dado cuenta que me has estado siguiendo? Eres demasiado lento y torpe como para esconderte.

—Me ha de estar confundiendo, yo no he hecho nada más que vender mis preciadas

donas... puede que en una de esas hayamos coincidido por azares del destino. Eso ha de ser.

—Estoy convencido de que estás involucrado en lo de la casa número veintidós. Tú, el que prendía la luz y el que me lanzó la piedra están metidos en algo y ya estoy harto de que me vean la cara. Con tu permiso pasaré a inspeccionar tu cueva —azota la lata de té verde contra el suelo y se dirige a la entrada.

El hobbit teme que su torpeza ponga en peligro a la secta. No soportaría que el vegetal lo expulsara. Sin la televisión lo único que le queda son los illuminati.

—Si ese es su deseo no me queda más que acompañarlo gustoso a mi humilde morada. Usted dispensará el desorden, soy una incorregible alma bohemia —sonríe malicioso y se frota las manos sin que el detective lo vea.

—Se me había olvidado que no te bañabas, sigues con la caca de paloma en la cabeza —la mezcla de suciedad, heces y donas es tan penetrante que le causa mareo.

—Conjeturo que se ha olvidado que recibo presagios a través de las aves, se lo comenté cuando estuvo aquí el viernes pasado... —hace un silencio para despertar la curiosidad del detective y al notar su indiferencia intensifica su plática—. Pues sí, justo hoy antes de que usted osara importunarme recibí un mensaje divino, más acuoso que de costumbre, por cierto.

El detective revisa una carpeta con fotografías de *El señor de los anillos*, no se ha dado cuenta de que el hobbit merodea atrás de él y que trata de imitar el caminar de una paloma, contorsiona su cuello y agacha la cabeza.

—Y adivine qué me dijeron hoy los dioses... —ya no espera respuesta y continúa—. Me expresaron su sentir respecto a usted. Me encomendaron una honorable misión... —aprovecha que el detective le da la espalda para tomar la pala que utiliza para expandir su caverna y la levanta por encima de la cabeza del investigador— ...ocuparme de los entrometi... ¡Ahh!

El golpe proyectado nunca llega gracias a la mordida que Kramer le propina en el tobillo.

—¡Maldito roedor! —gime el hobbit.

Está a punto de patearlo, pero los reflejos del detective le regresan el favor al hámster. Somete al enano en el suelo y logra esposarlo en tiempo récord.

—¿Cómo puedes aguantar este hedor? —pregunta el tipo, quien entra a la cueva.

—Me metí algodones bañados con té de manzanilla en la nariz. ¡Qué gusto me da verlos! —dice sin quitar la rodilla del coxis del hobbit.

Ya con el atacante dentro de la patrulla, el detective abraza efusivamente a sus amigos. Kramer escupe el pedazo de piel maloliente que se engulló.

—No entiendo cómo supieron que estaba en peligro.

—Agradécele a Kramer, no dejó de dar vueltas en su rueda, como cada que algo le preocupa. Me entró la duda y recordé que me habías dicho que el hobbit llevaba tiempo tras de ti. Ahí comprendí que el enano del dibujo era él.

El detective saca la hoja de papel doblada, la extiende y dice:

—Ahora sólo resta descubrir quién dibujó esto y quiénes son todos los demás encapuchados.

—¡Nunca te diré nada! ¡Puedes torturarme o mutilarme! ¡Pero nunca hablaré! — grita el hobbit.

Llegan a la delegación y todavía no apaga el motor el detective cuando el hobbit confiesa con los ojos llorosos. Lo único que pide a cambio es un poco de alcohol para desinfectarse la mordida de Kramer y una inyección contra la rabia.

—¡No quiero morir de rabia! ¡Un enano con rabia es lo más deprimente del mundo!

CAPÍTULO 19: LA GUERRA SANTA

Mañana se cumplen dos semanas del gran robo y la fe en Caradura está por los suelos. Tres bandos se pelean el mercado religioso, un negocio fructífero si se tiene tenacidad.

Los charlatanes brasileños de *Pare de sufrir* merodean el pueblo. Ya ha llegado el rumor de que además de regresar la vista a los ciegos pueden multiplicar teles, así que con la del tipo bastaría para iluminar Caradura.

La solución para mantener al margen a los sudamericanos es un pacto de fe, unir fuerzas temporalmente en lo que vuelven los aparatos.

Al estar beatificada, Santa Prepucia tuvo prioridad en el pacto y asigna su capilla para la reunión.

Llega primero el mormón y cinco minutos más tarde el dominico. Aunque este último y la santa surgieron del catolicismo, las excentricidades de la exvagabunda la han vuelto una cristiana carismática, de ahí los tres bandos.

El dominico no traga a Santa Prepucia desde antes de ser santa y vagabunda, cuando era la mojigata que diario le confesaba su aberración por el masturbador.

—¡Pues deje de tomarle fotos! —le reclamaba.

—Es una manera de purificar sus pecados mediante el lente, padre. Si yo no lo persigo, imagínese la cantidad de criaturas inocentes que podrían ser víctimas de la concupiscencia. ¡Me sacrifico, padre!

Ahora los papeles han cambiado y ella absorbe casi todo el presupuesto de la Iglesia católica. El dominico tuvo que despedirse de su camioneta Suburban y de otros lujos que le hacían la vida en Cristo más llevadera.

Ya reunidos los tres en la capilla comienza el cónclave.

—Qué bonitos sus huaraches, padre — comenta burlona.

—Uno tiene que acomodarse a los designios de Dios, hermana Santa Prepucia. Voto de pobreza, le llaman —responde el dominico, por dentro echa de menos los tenis Nike.

—Luego se chulean su calzado — interrumpe el mormón—. Estamos aquí reunidos para arreglar el problema de los brasileños. Me han llegado noticias de que están

en negociaciones para comprar el teatro Sasha Montenegro.

—Lo van a convertir en un templo de cuarta —augura el dominico.

—Es lo más seguro, padre. No creo que les quede mejor que mi capilla —dice Santa Prepucia.

—Eso es lo de menos, lo que nos debe preocupar es que si entra un templo *Pare de sufrir* entrarán todos los charlatanes que se puedan imaginar —explica el mormón.

—¿Y qué se les ocurre, caballeros?

—Podemos sobornar al alcalde para que repita la estrategia de los chinos —recomienda el mormón.

Un silencio se apodera de la plática. La idea no se les hace descabellada, si se considera que el alcalde tiene mucha cola que le pisen y que desde el inicio de su carrera política ha pedido ayuda a la Iglesia para ganar votos, a pesar de no saberse siquiera el *Padre nuestro*.

No hay necesidad de discutir más. La decisión está tomaba por los tres y cierran el

pacto con una mezcla de cantos, aplausos, contorsiones y rezos.

El mormón se sube a su auto, Santa Prepucia continúa con sus representaciones de programas de televisión y el dominico pedalea con dificultad por culpa de los huaraches.

Treinta minutos más tarde el dominico llega a su claustro, ubicado al sur de Caradura, cerca de las oficinas de Televisión Nacional.

Antes de la beatificación de la vagabunda estaba repleto de gente. Tenía varias personas encargadas de la limpieza y los cuartos llenos de misioneros. En estos tiempos el edificio evoca a un monasterio de la edad media, sin ruido y sin tele. Ascetismo puro.

Extraña muchísimo el canal *María Visión*. Donde tenía ubicado el aparato colocó veladoras, una por cada una de las pulgadas de su televisión.

El sábado veintisiete, a un día de la desaparición, escribió una carta dirigida al Vaticano en la que solicitaba su urgente cambio a cualquier otra congregación. La respuesta que

obtuvo fue seca: “Sin teles ahí no hay permuta. Amén.”

La depresión derivó en su renuncia como editor en jefe del semanario católico, que por cierto es el medio donde la chofer cinéfila tenía, hasta hace quince días, su columna de recomendaciones.

El dominico llevaba una semana en silencio encerrado en su cárcel voluntaria. El pacto de fe dio por terminado su aislamiento. Durante ese periodo sepulcral tuvo las revelaciones más absurdas de su vida.

En primer lugar, una plaga de caras de niño inundó el claustro y puso a prueba su paciencia.

—*Chabelus infantium catafixias* —se escuchó decir en medio de la meditación, era un flashazo de su educación primaria, de una clase de ciencias naturales en la que aprendió el nombre científico del insecto.

—¿Por qué me mandas esta plaga, Dios? ¿Qué quieres de mí? —oró en silencio frente a las treinta y dos veladoras.

En segundo lugar, encontró similitudes entre varios personajes de los cuadros que colgaban de las paredes y Chabelo. En uno, el amigo de todos los niños era el querubín que besaba los pies de María; en otro, Chabelo lavaba las heridas de Cristo crucificado; así por el estilo.

Lo más impactante, y lo que significó el acabose, fue cuando al partir un aguacate identificó la cara de Chabelo en el corazón del fruto. Se quedó pasmado y una nueva fase espiritual se gestó en él.

DIARIO

[9 de octubre]

Estoy siguiendo al retardado. No puedo escribir mucho porque no quiero levantar sospechas. Lo veo meterse a una bodega, encapuchado. Voy a tratar de asomarme. Dejaron la puerta sin llave y voy a intentar...

...Me vieron, pero por suerte pude meterme en unos arbustos que corté hace poco. Vi algo muy confuso.

Muchos encapuchados estaban llorando. Tendré que ir a hablar con el retardado para enterarme bien de esto.

CAPÍTULO 19.5: PA

El detective no cabe de la felicidad. Ayer llevó a cabo el primer arresto de su carrera. Su vida ahora sí es un verdadero capítulo de *CSI*. Atrás quedaron las investigaciones sin salida y las persecuciones vanas. Las esposas fueron su bautizo y la confesión del hobbit su confirmación.

Apenas se despierta, con cruda después de una noche de fiesta total en la casa del tipo. Todos bebieron y todos vomitaron, más Kramer porque se le ocurrió dar vueltas en su rueda después de un mini caballito de tequila.

La televisión estuvo prendida durante la celebración. Recorrieron la programación entera y casi destruyen el aparato al intentar cargarlo en hombros.

El detective camina en zigzag en busca de su té verde. Se quita el sabor amargo del alcohol con un trago. Luego se asoma a la ventana y se sorprende con lo vacío que se ve el patio acabada la fiebre de las guardias.

—¿Qué estará haciendo la gente que escribía las minutas? Tal vez están a la espera del Tevetón, ya es en una semana.

Se escucha un pequeño bostezo.

—Buenos días, Kramer.

CAPÍTULO 20: HISTORIA MÍNIMA DE CARADURA

De la música

La banda musical de Caradura por antonomasia se llamaba *Los Buitres*. Se hicieron talentosos al trabajar en tugurios de San Tamal, ahí entretenían a turistas ebrios y por lo mismo tenían que tocar las veinticuatro horas las mismas canciones una y otra vez. Todavía eran menores de edad en esa época.

Ya de vuelta en su ciudad natal, evolucionaron hasta convertirse en la mejor

agrupación de soundtracks del país y del continente. Su repertorio consistía en canciones de películas, series y noticieros. Imitaban a la perfección las canciones originales y ejecutaban sus instrumentos como nadie.

Así como subieron a la cima bajaron en picada. El guitarrista comenzó un turbulento romance con la china. Ella quería meter su cuchara en los ensayos y la tensión generada por los egos colapsó a la banda.

El guitarrista se dedica hoy en día a cantar en los camiones. Ya con sobrepeso apenas puede tocar los acordes propiamente.

El baterista es el capitán de la banda de guerra escolar. Ninguno de sus pupilos sabe de su fama y eso a él no parece importarle, disfruta el anonimato.

El bajista tiene un salón de belleza que maneja un solo tipo de peinado.

El vocalista canta en fiestas infantiles. Sufre principios de amnesia, por lo que se le olvidan los versos muy seguido. Cada que eso pasa grita “¡viva Caradura!” o “¡viva Santa

Prepucia!” De esa manera nadie percibe sus errores.

Cada uno de los caradurenses afortunados que asistieron a algún concierto de *Los Buitres* tiene la esperanza de volverlos a ver reunidos en una azotea. Más ahora que la china acaba de ser expulsada por mandato del alcalde.

DIARIO

[10 de octubre]

He pensado en el suicidio. Pero no en el mío, no tiene nada que ver con ser emo. El libro de *Werther* se me quedó grabado, al menos el inicio y el final, que fue lo que leí. En Caradura no ha habido un solo suicidio. De hecho, al entrar por la carretera se lee “Caradura, el lugar donde es imposible suicidarse”. No sé si sea sarcasmo, pero nadie nunca ha entendido el punto de esa frase. Debería preguntarle al escritor, él fue el encargado de inventarla. A

propósito, me contaron ayer que el escritor descubrió una pinta urinaria debajo de ese letrero, la figura de un televisor ahorcado en un árbol. De repente todo es suicidio. ¿Será realmente imposible quitarse la vida aquí? Cambiando de tema, mi amigo el retardado se hizo el tonto cuando le pregunté qué hacía en esas reuniones tipo secta que el detective desenmascaró. “Primerísimamente, no es de tu incumbencia, mi compañero jardinero emo; segundísimamente, no sé de qué hablas.” Lo vi triste y no quise seguir con el interrogatorio. Ojalá nunca se suicide mi amigo con la intención de llegar a ser el primero en algo.

CAPÍTULO 20.5: RAEL

En lo que va del día el detective ha esposado a quince illuminati. Entran en la celda recién inaugurada y saludan al hobbit de la manera más

políticamente correcta que saben. El soplón no para de gritar que quiere entrar al programa de protección de testigos, como si eso existiera en Caradura.

—Demasiado tarde, enano —dice el detective y después se dirige al resto—. Para que no se aburran les traje estos juegos de mesa.

—¿Cómo se le ha podido ocurrir el *Jenga*? —pregunta el hobbit, enterado del universo de posibilidades dolorosas que le pueden acarrear esas piezas de madera.

—También traje el *Adivina quién* —responde feliz, pues ningún delincuente había pisado ese cuarto de reclusión. Esa misma felicidad lo impulsó a colocar unas letras de colores que formaban la palabra BIENVENIDOS, así con mayúsculas.

—¡Muchas gracias, detective! —gritan a coro los presos, excepto el hobbit, quien suelta una maldición en lengua elfa.

—De nada, ya saben que es un gusto tenerlos aquí en esta su humilde delegación de policía. Ando pensando que aún podría ir por un

preso más, ¿qué opinan ustedes? Todavía está libre el cabecilla y la biblioteca me queda cerca de aquí.

—¡Corre, Forrest, corre! —contesta la chofer cinéfila.

—Esa película sí la ubico. En mi opinión le faltó credibilidad a Tom Hanks. Bueno, ya tendremos tiempo para discutir sobre el tema, ahora vuelvo.

La puerta de la entrada azota y el aire se enrarece cada vez más para el hobbit. Las torturas que vienen a continuación al ser narradas caerían en el cliché literario, así que únicamente se dirá que el enano agradeció el haber nacido tan pequeño.

Ya en el carro, el detective organiza sus ideas.

—Estos illuminati no tienen ni idea de quién es el ladrón de las teles, por lo que debo ceñirme a mis indagaciones —en lo que piensa esto busca la canción de *Vangelis* que sale en la escena en que Rick Deckard come noodles en el auto volador—. Sigue siendo mi prioridad dar

con el proveedor de los aparatos que regaló el alcalde. Podría intentar hablar con la chifladora para que me saque los datos, pero eso sería traicionar a mi amigo. No me queda de otra más que aplicar la táctica lameculos... ¡Esta es la parte que más me gusta! —sube el volumen a tope y finge sostener comida china con unos palillos imaginarios—. Qué mal que corrieron a los asiáticos. ¡Maldito alcalde!

Lo maldice a pesar de haber votado por él.

CAPÍTULO 21: LAS OVEJAS ELÉCTRICAS

La bibliotecaria no se da por vencida. Prueba de ello es que está a dos pasos del escritorio del vegetal. Ahora el líder illuminati tiene encima de su escritorio un libro rojo con negro que se llama *Mi lucha*, de Adolfo Hitler, el ídolo de aquel alcalde que por capricho formó el símbolo nazi en las calles de Caradura. La portada tiene la fotografía de un ejército milimétricamente ordenado.

—¿Qué te traes? —ya no opta por los silencios, a sabiendas que en ese terreno su derrota es inminente.

El vegetal se hace el dormido. Una sonrisa casi imperceptible se marca en su rostro. Del puro coraje la adversaria empuja el libro rojo hacia la orilla del escritorio.

—Mmm.

—¿Qué mmm? —pregunta la bibliotecaria, atenta a las reacciones del subalterno.

—Mmm, mmm.

—No entiendo esos mmm —el libro cada vez está más cerca de caer al suelo.

—¡Mmm!

—Ah, creo que ya entendí, ¿me estás diciendo que mmm esto?

El sudor le cae en los ojos a la bibliotecaria y la comezón es insoportable, sin embargo le falta tan poco para ganar este segundo round que la insolencia se apodera de ella y tira el libro.

—Esos ojos de cobra otra vez —piensa pasmada la bibliotecaria.

—Mmmmmmmmm...

El vegetal se prepara para asestar el golpe final, las patitas de su silla tiemblan y el impulso esperado está a nada de ocurrir.

—¡Santa Prepucia, no me desampares... — reza y cierra los ojos la usual perdedora.

El pantalón del vegetal se despegas del asiento como caramelo derretido, esto en cámara lenta y con una toma microscópica.

—...ni de noche ni de...

Una patada en la puerta interrumpe la pelea.

—Gran Inspector General del grado treinta y tres, alias el vegetal, queda usted detenido por los cargos de conspiración y entorpecimiento del trabajo policiaco. Tiene derecho a guardar silencio y todo lo que diga será usado en su contra.

—No creo que tenga problema con eso de guardar silencio, detective —todavía temblorosa, la bibliotecaria tiene ánimos de bromear—. Es un empleado muy problemático, se veía a leguas que andaba en malos pasos, yo estaba a punto de

correrlo, así que esto me ha ahorrado lo bochornoso del despido.

Caminan los tres rumbo a la salida, adelante el detenido con el detective y atrás la jefa echa pestes del empleado.

La marcha se ve pausada por un objeto que atrapa la atención del oficial.

—¿Puedo llevarme este libro? Se ve que tiene imágenes adentro.

—Por supuesto, detective, lléveselo. Déjeme namás apuntar el título... *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* Ya está anotado —continúan el trayecto.

—Intenté leer uno pero tenía muchas letras y me di cuenta de que ya pasó hace mucho de moda, mejor se lo voy a regresar, es el de 1984, estaba en la bóveda.

—Los libros no son para todos, permítame decirle, y menos los que están en esa bóveda.

El vegetal sigue sin emitir sonido. Su mirada de cobra parece comerse a la bibliotecaria, quien se despide de él como si fueran los mejores amigos.

Se enciende el motor y baja una ventana de la patrulla.

—¡Casi se me olvida! ¡Mañana paso por usted! ¡Voy soltar a los que alcancen a pagar fianza y con ese huequito seguro cabe! ¡Gracias por el libro!

La patrulla se aleja. La bibliotecaria acaba de recordar que ella también es illuminati.

—Mmm.

DIARIO

[11 de octubre]

Atraparon a mi amigo el retardado y no tiene para pagar la fianza, así que lo más seguro es que pase un buen rato en la delegación. Justo hoy en la mañana volvimos a platicar en el parque. Qué coraje. Antes de que se lo llevaran alcanzó a decirme que tenía una corazonada sobre el culpable de la tragedia de Caradura. Mientras lo esposaban me hizo prometerle que atraparía al verdadero ladrón de las

teles, porque ya medio Caradura se las huele de que los asiáticos no fueron. No sé por qué le dije que sí. Podría pedirle ayuda a la sonámbula, aunque hace días que no la veo. Si alguien estuvo caminando en la madrugada del robo, la sonámbula es la única que pudo haberlo visto durante sus paseos nocturnos. Voy a echarme una siesta para tener energías al rato.

CAPÍTULO 21.5: PÚ

—¿Te he contado de mi tío el agente de viajes? — pregunta el tipo.

—No que yo sepa —dice el detective.

—Fue una gran persona, siempre vestía un sombrero tipo Gilligan. Su primer viaje, o intento de viaje, fue a los doce años. Se metió en una caja de cartón y su intención era ser llevado a Estados Unidos por un transportista, lamentablemente escogió al papá de la chofer cinéfila, que para nada se parecía a su hija en la

excelente memoria, al contrario, era un olvidadizo de lo peor. Metió todas las cajas al camión, menos la que contenía al niño. Con decirte que de no haber sido por un conserje que escuchó los gritos de desesperación de mi tío, se hubiera muerto en una bodega. La fascinación por los viajes le nació de ver *La isla de Gilligan*, de ahí lo del gorro. Desde ese momento no paró de pensar en salir de Caradura, conocer mundo. Hizo de su afición su forma de vida y puso una agencia de viajes.

—¿Cómo se llamaba su negocio?

—“Los viajes de Gilligan”.

—Sí recuerdo haber visto el letrero de chico, el local estaba al lado de la biblioteca, ¿verdad?

—Ándale. Recomendaba cualquier lugar que te imagines sin haber puesto un pie ahí. Describía detalle a detalle cada ciudad, cada playa, cada bosque.

—Era un viajero que no viajaba —dice el detective.

—Tristemente. El episodio de la caja de cartón nunca se le borró de la cabeza y esa fue su cruz. Ni siquiera iba a los viajes a San Tamal que organizaba para las empresas.

—Pobre de tu tío —saca a Kramer de su jaula y lo abraza.

—Yo lo quería mucho, sigo sin reponerme de su muerte.

—¿Hace cuánto murió?

—Hace diez años. Después de una larga temporada de terapias con los papás de la sonámbula se sintió preparado para levantar las alas. Compró un boleto a Japón.

—No me digas que se estrelló su avión.

—Ojalá. Su maldición fue no salir de Caradura. Donde ahora está el letrero que dice que aquí es imposible suicidarse, no recuerdo qué decía antes...

—Creo que no decía nada.

—Bueno, ahí en ese tramo de la carretera un zorro que cruzaba provocó que su camión se volteara. Sólo falleció mi tío y eso que era el

único a bordo con cinturón de seguridad. Qué ironía, no llegó ni al aeropuerto.

—¿Un zorro en Caradura? —cuestiona el detective.

—Así es, quién se lo hubiera imaginado.

—¿Y cómo fue que te acordaste de tu tío hoy?

—Porque al volver del trabajo vi que el mión hizo una de sus obras de arte en el local donde estaba la agencia de viajes.

—No me digas, yo estaba ayer en la biblioteca. Ni me di cuenta de los orines.

—¿Y qué opinas del mión? —pregunta el tipo.

—Quiere llamar la atención, de eso no pasa. Sus pinturas no le hacen daño a nadie. ¿Qué fue lo que dibujó en el local de tu tío?

—A un zorro disfrazado de la muerte, con capa y guadaña.

—Ahora sí se pasó de chistoso. Mañana iré a darle una calentadita —dice el detective.

—No creo que sea necesario, hasta me gustaron los trazos y la profundidad. Ha mejorado su técnica.

—De cualquier forma necesito sacarle algo de información sobre lo que ha estado pintando, pienso que puede darme pistas de las teles. No pierdo nada con intentarlo.

—Ya me contarás mañana. A veces como que se me olvida que tengo televisión, antes no me pasaba eso —confiesa el alumbrado.

—Es que antes no nos tenías a Kramer y a mí —dice el detective y encumbra al roedor.

CAPÍTULO 22: EL HOYO NEGRO

—¿Saben que en *El mago de Oz* aparecía un enano colgado? Un verdadero enano se suicidó y salió en la película —dice el hobbit a los presos, ya algo repuesto de la golpiza que le dieron.

—¿Cómo es que hablas si no tienes cerebro? —pregunta la chofer cinéfila.

—Esa frase la dice Dorothy al espantapájaros. ¿Qué le contesta él?

—No sé, pero algunas personas sin cerebro hablan mucho, ¿no crees?

El hobbit se queda callado.

—Ustedes qué saben de misterios sin resolver —entra en la novela el vigi, encargado de contestar el teléfono en la delegación y de coordinar al escuadrón de policía en lo que el detective hace sus pesquisas. No había emitido sonido alguno desde que llegaron los illuminati, aguardaba atento desde su escritorio.

—¡A qué se refiere usted, señor vigi! ¡Si me permite preguntar! —dice el retardado.

—Me causa gracia que ustedes se crean muy importantes con su sociedad secreta, buscando quién robó las televisiones. No saben que lo realmente trascendental está ahí —señala un cuartucho rinconero.

—Vigi, mejor dedíquese a contestar el teléfono —remata el hobbit—, tanta ociosidad le afecta.

—Búrlense de mí, lo mismo le pasó a Copérnico —les da la espalda y voltea a ver el teléfono.

—¡Déjenlo hablar! —grita el vegetal, quien había permanecido al margen de la plática—. Siento empatía por él, ambos sufrimos la misma condición, somos los explotados, los ignorados, el silencio es nuestra guarida. ¡Cuéntanos, amigo vigi! Siéntete con libertad de abrir tu corazón.

La voz del vegetal impone en la delegación y sus designios se cumplen sin demora.

—Les decía... ¿En qué me quedé? Ah, ya recordé. Antes de la desaparición de los aparatos se me presentó un problema mayor en todos los sentidos. Podrán pensar que sólo contesto el teléfono y mato las moscas —hace una pausa para buscar su matamoscas y al verlo se queda más tranquilo—. Me siento aquí todos los días de siete de la mañana a ocho de la noche cuidando esa puerta.

Las miradas se dirigen al cuartucho.

—¡Ha encontrado las televisiones! —celebra el retardado.

—Hasta crees —dice el hobbit.

—¡Callen! Déjenlo contar su historia —pide el vegetal.

—Gracias, compañero. Prosigo. Obvio no caben ahí las teles. ¿Acaso estás retardado?

El retardado, acostumbrado a estos comentarios, permanece impasible.

—Iré al grano, creo que estoy divagando, disculpen. Hasta hace poco ese cuarto estaba bloqueado por un escritorio. Al descubrirlo, el detective y yo investigamos su interior... aún se me pone la piel chinita, miren. Él entró primero y luego lo seguí cuidando sus espaldas.

—¿Qué había adentro? —pregunta en voz baja el retardado para que no lo castiguen.

—¿Adentro? Horror.

Los internos se acercan a la reja para escuchar mejor.

—Horror —repite el vigi consciente de su momento de fama, el único en su vida—, y déjenme decirles que yo he sufrido mucho. Lo que pasó esa tarde fatídica nunca se me olvidará. Entramos y revisamos el interior de la bodega. Oscuridad total. Cajas, sillas, un escritorio y otras nimiedades. El detective me dio la orden de

retirarnos del área y lo obedecí. Al salir noté que algo me faltaba.

—¿Tu alma? —pregunta el hobbit.

—Oh —el vigi se arrepiente de no haber utilizado ese recurso en su relato, era realmente bueno—. No, casi. Mi cúter —nota la decepción de los presentes—. Podría jurar que antes de entrar lo tenía en la bolsa de mi pantalón, era un cúter rojo, casi nuevo. Quise recuperarlo y volví al cuartucho.

—¿Y el detective? ¿Qué le pasó a él? —pregunta el vegetal.

—A él nada, metió unas cosas que le estorbaban y se fue. Yo me quedé a investigar. Pedí permiso para proseguir y él accedió. Me preparé. Guardé una pluma azul en mi bolsa del pantalón, quería saber si el color era el determinante de la desaparición. Di un paso, di dos, di tres, ya estaba ahí. Repetí mi recorrido y salí.

Camina unos pasos en círculo para mantener la tensión dramática.

—¿Qué creen qué pasó? —continúa.

—¿Desapareció la pluma? —aventura el hobbit.

—Sí, eso pasó. No estaba en mi pantalón. El color le era indiferente a esa fuerza espectral. Rojo o azul, se los comía por igual. Estaba viviendo un capítulo de *La dimensión desconocida*. Para no hacerles el cuento largo les diré que en la delegación, como podrán observar, ya no hay instrumentos de oficina. Imaginen eso: un cuartucho con la habilidad de desaparecer objetos de escritorio. ¡Un monstruo voraz!

—Creo que lo más sensato, hermanos, es que hagamos una prueba para corroborar la cordura del vigi —interviene la sonámbula.

—Yo ya no me meto a ese lugar. Al no quedar nada de papelería aquí supongo que la siguiente cosa que me quitará el cuartucho será, efectivamente, mi alma.

—No se preocupe, vigi. Yo lo haré por usted —dice el vegetal.

—Usted sí que está loco, es imposible que lo deje salir y menos por como están ahorita las

cosas en Caradura. “Escapa el cabecilla de la secta”, menuda quemada que me daría.

—Póngame las esposas —propone el vegetal.

—Sí, hagamos la prueba, que entre y salga y lo vuelve a meter con nosotros —dice el hobbit.

—Daría validez oficial a su teoría de la zona espectral—dice la sonámbula.

Ante la presión del grupo el vigi comienza a ceder y voltea a ver las esposas.

—Pero todos se hacen para atrás, ¿eh? No quiero una fuga masiva, sería la primera en Caradura.

—¡Sí! —gritan los illuminati.

—Usted venga para acá —le ordena al vegetal.

Le coloca las esposas y lo saca sin problemas de la celda mientras los demás miran a la pared.

—Dense la vuelta. Pongan mucha atención a lo que están a punto de presenciar. Un hoyo negro habita en el cuartucho y su líder se encuentra a unos segundos de exponer su vida.

El esposado no muestra el mínimo temor. Quien sí se estremece de la emoción es el vigi, al tiempo que mantiene un ojo en la ventana por si llega el detective de improviso, a estas horas reposa en casa del tipo.

Revisa los bolsillos del vegetal y le da una palmada en el hombro.

—Por mucho miedo que tengas no cierres tus ojos porque él se alimenta de tu debilidad — dice el vigi.

Eso del miedo le queda muy claro al vegetal al pisar la entrada del cuartucho. Un charco espeso de orines le da la bienvenida.

—Pedazo de vigi que tenemos en Caradura —piensa.

—Sigue caminando, no te vayas a resbalar con el aceite derramado. También probé con aceite para carros —miente el vigi.

Pasan cinco minutos y ningún ruido se escucha desde el interior. El público se inquieta y empieza a generarse preocupación por su líder.

—¡Qué le hiciste al maestro! —grita el retardado.

—¡Dónde lo metiste! —le sigue el hobbit.

—¡Rosebud! —dice la chofer cinéfila.

—¡A ver, a ver! Cálmense o les quito los juegos de mesa. El vegetal tiene que estar por algún lugar de ese cuartucho. A menos que el hoyo negro se lo haya tragado completito.

—Pues entre por él, ayúdelo —pide la sonámbula.

—¡Qué cruel ser devorado por un hoyo negro! —dice el retardado.

—Te despiertas en la oscuridad y escuchas los gritos de los corderos —aporta otra frase la chofer cinéfila.

—Está bien, iré, pero cállense, que me ponen más nervioso.

Busca un objeto para guardar en su bolsillo.

—Voy a mi carro por algo. No tardo.

Regresa con una pluma negra y se dirige el cuartucho.

Hay un silencio completo en la delegación, ni metal de esposas ni lamentos. Una

silueta trémula entra al cuarto y se pierde en la penumbra.

Pasado un tiempo sale el vigi derrotado, intelectual y moralmente. Poco le importa que la pluma negra también haya desaparecido, está a un portazo de ser despedido.

Justo la puerta de la delegación se abre y se cierra.

—¿Te has vuelto a orinar, vigi? —pregunta el detective—. Ya te dije que esa bodega no tiene nada de raro —revisa los bolsillos del vigi y deja al descubierto los hoyos hechos por el mismo cúter desaparecido—. Justo traigo el foco.

El detective instala el foco y la luz se hace en el cuartucho.

—Ahí están todas tus plumas y el cúter. ¿Ya viste? —señala el detective—. Mira, también hay un conducto de ventilación.

El vigi se suelta a llorar y pide perdón.

—A todas las unidades, tenemos un prófugo. Responde al nombre del vegetal y viste unas esposas —dice el detective en su radio. En

sus adentros esto le emociona. Es el primer prófugo en la historia de Caradura.

DIARIO

[12 de octubre]

Oscuridad, aquí todo es oscuridad. Son las dos de la madrugada y espero la aparición de la sonámbula. Tengo que ayudar a mi amigo el retardado. Me traje la escoba que me regaló la sonámbula, por si sirve de algo al momento de topármela, para que se acuerde de mí. Hoy es domingo y no puedo dejar de recordar los paseos dominicales con mi mamá, cuando todavía tenía piernas. Hace tanto que no la veo. Tal vez sea momento de irme al gabacho, seguir sus pasos y olvidarme de Caradura y del robo de las teles. Allá lo que sobran son teles, me dice mi mamá que allá si se despinta un poco cualquier botón del control tiran la tele y compran otra.

¿Qué se sentirá tener todo? Nunca compraría una tele japonesa, no después de lo que le hicieron a mi mamá. Ojalá que la mayoría de los aparatos que nos robaron hayan sido japoneses y que estén ardiendo en el infierno oriental. Ahí ha de haber un montón de yakuzas con sus cuerpos tatuados y cosplayers... Alguien está caminando por ahí, tiene que ser la sonámbula. Voy a checar, ahora vuelvo.

No era ella, era uno de los pepenadores. Le pregunté por la sonámbula y me contestó que está en la delegación, también es una illuminati. Aquel día no la vi, tal vez por la capucha. Ahora mis dos amigos están encerrados. Puede que la sonámbula buscara en la secta una figura paterna, porque recuerdo que una noche me dijo dormida que odiaba a sus padres y que su peor

error fue volverse psicoanalista como ellos, que su sueño era conocer a Chabelo. No paró de repetir que jugáramos a la catafixia y que mandaba un saludo a los cuates de la provincia. Ya estoy en mi casa. De camino me topé con la reciente obra del mión. En una pared frente al río estaba un hombre corriendo como niña, sujetaba por medio de hilos un montón de televisiones que flotaban en el aire, como si fueran globos. ¿Qué significa eso?

CAPÍTULO 22.5: BLI

—Pasaré por alto tus pintas de orines si me das un nombre. No puedes decirme que no sabes nada, tus obras son cada vez más explícitas en torno a la identidad del ladrón. Por ejemplo, hoy pintaste a una persona llevando un montón de televisiones que flotan como globos. Explícate, por favor, y acaba con el misterio de una buena vez.

Antes de contestar, bebe agua pintada de azul. El detective decide hacer lo mismo con su té verde. Ambos tragos compiten en resistencia y el ganador indiscutible es el mión.

—Me pregunto por qué tardó tanto en venir a buscarme, detective. Creía que mis instalaciones eran muy claras. Daban a entender que yo sabía algo que a usted y a todos los caradurenses les importaba. La identidad del ladrón de los aparatos.

—¿Y? ¿Quién es? Dime ya. Recuerda que tu libertad depende de que tan honesto seas al responder. ¿Fue el vegetal?

—Créame, él no fue. La forma de correr del vegetal corresponde más a la de un reptil.

—¿Entonces quién fue?

—No puedo decirle quién fue, sino cómo era. O más específicamente, cómo corría.

—¿Qué? —pregunta el detective.

—Esa madrugada, antes de que acabara la fiesta, fui a orinar a unos arbustos y vi a alguien rondando por los alrededores, él no se había percatado de que yo lo seguía, hasta que se me

ocurrió la pésima idea de gritarle, para saber qué hacía a esas horas en la calle solo, en lugar de estar en la celebración. Luego corrió como niña.

—¿El ladrón de teles es una ladrona?

—No, es alguien que corre como una... Ahora que lo pienso, sí podría ser una ladrona. Aunque no conviene descartar a los hombres que corren como niña.

—¿Por qué no la alcanzaste?

—Por mi enfermedad —señala su entrepierna como lo hace Verne, el hijo del doctor Emmett Brown en *Volver al futuro III*, cuando subidos en el tren se despiden de Marty y de su novia.

—¿Esa es la pista que me ofreces?

—Estoy cien por ciento seguro que aquella corredora o corredor afeminado es el cerebro detrás del robo de nuestras teles. Cuando estoy en lo cierto mi orina brota como un aspersor, ¿quiere comprobarlo?

—¡No, gracias! Hasta ahora esto es lo más cerca que he estado del culpable y no pierdo nada siguiendo tu pista. Mañana organizaré una

carrera masiva. Te daré la oportunidad de que me señales a esa persona. Irás disfrazado, para que no te identifique. Si llega a verte huye.

—Por mí está bien. Tengo un asunto pendiente con ella o él. Tras mi despido, *Bob Esponja* fue mi catarsis. Tanta agua me tranquilizaba.

—Cada quien sus programas. ¿Y por qué tomas agua con colorante azul?

—Porque quiero tener mi periodo azul.

—Entonces ya te cansaste del amarillo — dice el detective.

Reanudan la competencia de bebidas.

CAPÍTULO 23: LA PELEA

El vegetal corre esposado, sin aliento. Tiene un objetivo.

Los cuchicheadores practican la rapiña en el escritorio del prófugo.

Hecha a la idea, la bibliotecaria se prepara para su inminente arresto. Es la única illuminati que no han atrapado.

Deja escritos los planes de trabajo para lo que resta del mes. No sabe cuánto tiempo estará presa. Tres días ha permanecido con la Santa Prepucia en la boca.

—Quizás el detective se olvidó de mí — piensa.

Aprovechó para mandar reparar el horno. Ante todo es una profesional. Y como cada lunes, le corresponde alimentar las llamas con clásicos.

Hace tiempo que no sentía ese calor que le quema las pestañas. Toma la pala y da inicio a la quema de libros.

—Ya era hora —dice una voz siniestra a espaldas de la bibliotecaria.

No hay respuesta inmediata, sólo el sonido de la pala al impactar contra el papel. Temblores invaden a la sorprendida.

—Qué curioso, ¿ahora quién se queda callada? No sabes cuántas veces imaginé este momento —dice el vegetal—. Mi venganza será rápida, el detective puede llegar en cualquier momento.

La bibliotecaria voltea a ver las esposas.

—No te preocupes, no me detendrán.

El rezo de la bibliotecaria aparece. No ha cerrado los ojos aún y el atacante sale disparado cual cobra. El metal es usado como arma blanca y las esposas la noquean. En el suelo sufre un estrangulamiento, una anaconda acabará con su vida en breves minutos.

Como último recurso, la bibliotecaria le azota un libro de pasta dura. *La guerra y la paz*, se lee en la portada. Brota sangre de la cabeza del vegetal, quien no ve mermada su fuerza, al contrario.

Las manchas color carmín acortan el nombre de la obra a *La guerra*, que cabe decir, resulta más adecuado según el contexto.

El grueso ejemplar cae al suelo y la mano que lo malutilizó es arrastrada, con todo y cuerpo entero, hacia la boca del crematorio.

—Buen momento para reparar el horno — dice el vegetal con una mueca de felicidad.

Se detiene a tomar energías, orgulloso de su ataque.

—¿Recuerdas cuando mandaste quitar el ventilador de mi cubículo? Un verano entero me bañé en sudor. Tú te adueñaste de mi ventilador y ni siquiera lo prendías —dice el vegetal a la bibliotecaria inconsciente—. Tal parece que es tu turno de sudar.

El bulto es empujado hacia el fuego. Las carcajadas del vegetal no logran despertarla.

—Adiós, jefa.

Pequeñas nubes de humo brotan de la cabellera de la derrotada. Uno de esos hilitos de humo es cortado en dos por la pala que termina en la cabeza del prófugo.

El golpe no produce contusión en el vegetal. Lo que sí produce es una explosión de adrenalina que lo impele a levantarse para encarar al detective.

—¿Qué hace aquí? Debería estar buscando las televisiones. ¡Es un inepto!

—Nadie me da órdenes, ni siquiera el alcalde.

—Si supiera lo que dice Caradura de usted —se ríe el vegetal—. Es el hazmerreír del pueblo,

unas pedradas lo dejaron inactivo. Ni usar el arma sabe...

—¡Cállese! —suelta la pala y desenfunda la pistola. Hoy decidió portarla. Le quita el seguro y apunta a la frente del vegetal.

—¿Espera que crea que está cargada? No soy estúpido como usted. Peleemos cuerpo a cuerpo, si se atreve.

Nunca alguien había insultado de esa forma al detective. Lanza un grito de coraje, deja caer el arma entre los libros y corre a golpear al esposado.

El vegetal lo recibe con un rodillazo en los testículos y de ahí pasa a patearlo desenfrenadamente. Ha desarmado a dos personas en menos de diez minutos, se siente realizado.

La bibliotecaria continúa en el suelo sin despertar. A unos centímetros se duele el detective.

—Par de incompetentes —les dice el vegetal—. Tendré que quemarlos a los dos. ¿No

les da vergüenza que incluso con esposas pude con ambos? ¿Qué saca de su pantalón?

Una paleta tutsipop sirve de despedida del detective. La sujeta como si fuera la mano de su difunto padre.

—He visto cosas que no creerías. Ataques de enanos polvosos en el fondo de cuevas. He visto la luz de la televisión brillar en la oscuridad cerca de la cocina del tipo. Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en el fuego. Es hora de morir —parafrasea el detective al replicante Roy en la batalla final de *Blade runner*.

—Lo que diga.

El detective ve al maestro illuminati acercarse. No se da por vencido. Sujeta con fuerza la paleta y al sentirlo cerca brinca con el palito desenvainado y lo clava en el oído izquierdo del vegetal. Este queda perplejo y trastabilla hasta perecer en un verdadero infierno.

—¿Por qué huele a coliflor quemada? —pregunta la bibliotecaria al abrir los ojos.

DIARIO

[13 de octubre]

Esta desgracia ya dejó su primer muerto. Yo no lo conocí, pero dicen que era un pesado. El detective argumentó que actuó en defensa propia y el testimonio de la bibliotecaria reforzó su versión de los hechos. La reunión de Televidentes Anónimos quedó suspendida hasta nuevo aviso. No sé si Caradura esté de luto o de fiesta, por lo que he escuchado era uno de los principales sospechosos debido a su comportamiento pasivo-agresivo. Aproveché para visitar a mis amigos, al retardado y a la sonámbula. Se les ve bien a pesar de la pérdida de su líder. Jugamos *Adivina quién* y yo perdí. Me molesta un poco que ninguno de los personajes del juego sea emo, ni siquiera hay roqueros, lo

más cercano es un greñudo pelirrojo.
¿Por qué *Milton Bradley* nos ignora?
Ojalá la solución al caso de las teles
fuera tan sencilla como ese juego.
Algo dicen sobre una carrera a la que
nos obligarán a ir. No sé nada más.

CAPÍTULO 23.5: COEN

—¿Qué opina de la carrera, alcalde? —pregunta el detective.

—No sé qué opinar, detective.
Honestamente me parece algo precipitado
tomando en cuenta que el Tevetón tendrá lugar
en...

—En tres días, señor alcalde. Será el
viernes diecisiete de octubre —completa el
secretario.

—Eso lo sé, alcalde, pero ya pasó por alto
mi autoridad con lo de los chinos y ya ve que
poco a poco la gente está empezando a
desconfiar de su exabrupto. Mis investigaciones
no indican ninguna prueba relacionada con los
chinos.

—¿Y qué indican sus pruebas, detective?
Porque ya va cuánto, ¿un mes?

—Dieciocho días, para ser precisos, señor
alcalde —ayuda el secretario.

—Mis investigaciones van por buen
rumbo. Estoy seguro que la carrera será clave
para atrapar al autor intelectual.

—¿Cómo estuvo eso de que mató a un
empleado de la biblioteca?

—Un descuido, alcalde. No volverá a
repetirse.

—¿De qué habla? Necesitamos más de
esos descuidos para que los caradurenses se
mantengan ocupados. Mi secretario ya prepara
un comunicado de prensa en el que explica que
el vegetal era el operador político del ladrón.

—O ladrona —acota el detective.

—Ajá. Arránquese, secretario.

—Efectivamente. De acuerdo a fuentes
legítimas fue descubierto un nexo entre el finado
y el ladrón o ladrona de televisiones. Al parecer,
desde su guarida el vegetal filtraba información
confidencial que pasaba a su socio a través de

libros. Entre sus pertenencias encontramos dos libros sospechosamente peligrosos: *El arte de la guerra* y *Mi lucha* de Hitler. La propaganda comunista era usada por el vegetal para incitar el robo masivo de aparatos. Por lo que podemos concluir que, sin lugar a dudas, hemos acabado con la semilla del atraco. Gracias.

El alcalde aplaude y la chifladora, que se encuentra también en el despacho, chifla.

—¿No le parece una genialidad lo que acaba de escupir mi fiel asistente?

—Con todo respeto, alcalde, lo que acabo de escuchar no tiene ni una pizca de verdad. El vegetal era un caso aislado, un simple sociópata. Él mismo buscaba, por medio de su secta, a la culpable del robo, o al culpable.

—A mí eso me viene valiendo madres, detective. Cuando esta versión salga a la luz mi pueblo me amará aún más. Lo que ellos quieren es que rueden cabezas y usted, mi estimado, ha rebanado, literalmente, la primera, por lo cual le estoy muy agradecido. Hizo que lo de los chinos pareciera un juego de niños.

—Ya sé, hagamos esto. Déjeme realizar la carrera mañana, y si no encontramos a la ladrona, o al ladrón, me aseguro de entregarle más cabezas.

—Suenan interesante... Secretario, tenga listos mis pants.

Llegada la noche, el detective recurre a su elixir. Ve *CSI* con Kramer y el tipo. Una hora pasa y nadie dice nada.

Otra hora pasa y tampoco nadie dice nada.

A la tercera hora el tipo habla.

—Sabemos que tuviste un día difícil... ¿Qué se siente matar a alguien?

—Mmm... No lo había pensado.

—No tienes que contestar.

—Creo que si los guionistas de televisión experimentaran esta sensación nunca más volverían a matar a sus personajes... —un trago de té verde ahoga sus palabras.

CAPÍTULO 24: LA CARRERA

—Bienvenidos sean todos a la Primera Carrera por la Paz de Caradura —anuncia el alcalde—. Los terribles y lamentables hechos de ayer no han dejado más que zozobra y tristeza en nuestros corazones. Por esto es que después de muchas meditaciones decidí unir simbólicamente a este precioso pueblo mediante una carrera de relevos en la que el único ganador será Caradura. Como podrán ver, traje a los detenidos bajo estricta vigilancia. Correrán con nosotros para limar asperezas. Todos correrán, llegado su turno, en la pista de tartán. Se les pasará una cinta con un número, se colocarán en ese orden y deberán cumplir con el tramo que les corresponda. Finalizada la actividad, nos juntaremos para honrar la memoria de nuestros amados televisores desaparecidos.

Cada uno de los caradurenses tuvo que venir hoy. Al tipo no le quedó de otra. Ve a su exnovia chiflarle al alcalde. Inmerso en un mar de aplausos voltea a ver sus manos y añora glorias pasadas, como cuando una caída del

director de la preparatoria pasó a segundo plano gracias a un aplauso bien dado, en recompensa le fueron eximidas sus materias reprobadas y pudo terminar sus estudios.

—¿Cuándo volverán a aplaudir? — pregunta el tipo a sus manos.

—Buenos días, iluminado. Quería recordarte que eres bienvenido a la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Tienes un don que es necesario compartir con tus hermanos, con tus hermanos mormones. Te dejo mi tarjeta.

—Gracias, pero soy ateo.

—Acá entre nos yo también —confiesa en voz baja—, esto es más una sociedad lucrativa y sé que podrás encontrar un lugar en nuestra organización. Piénsalo.

El mormón se va a su lugar y el tipo decide hacer lo mismo. Le tocó el número veintiséis.

—Me permito solicitar un minuto de silencio por los aparatos antes de que demos comienzo a la carrera, si no les molesta —dice el alcalde.

El minuto de silencio se transforma en tortuosos quince minutos gracias al alcalde y a su poco conocimiento de las medidas de tiempo. Nadie reclama, tres caen desmayados por inanición y el mión se ve forzado a desplegar una muestra de arte, de su nuevo periodo azul, que valga decir, augura muchas obras maestras.

—Muy bien. Ahora sí, le pido a la chifladora que haga los honores. Ven, querida.

Ella va con un aire protocolario a su encuentro. Pasa a un costado del tipo sin notar su presencia. El detective se da cuenta de la incómoda situación y lamenta haberla ocasionado con su plan.

—Con el chiflido magistral de mi bella asistente doy por iniciada la Primera Carrera por la Paz de Caradura. Adelante, querida.

La chifladora llega hasta las profundidades de la aflicción del tipo con su característico sonido agudo. Un temblor le sacude un recuerdo.

Están ellos dos sentados en el cine. Un molesto platicador no para de importunar y

arruina el inicio de la película. El tipo, por su carácter pasivo, no hace más que intentar callarlo con discretos shh. La novia al notar esto sale a su rescate y chifla de tal manera que deja mudo al pesado.

—Es tu turno, amigo —le dice el detective—. Perdón por lo de hace rato.

—No te apures, no fue tu culpa.

Corre algunos metros con la estafeta en la mano y se la da a otra persona.

—Y bien, detective —dice el alcalde ya en su despacho—, ¿quién es el culpable?

—O la culpable —interviene el secretario.

—No tengo un culpable culpable. No obstante, logramos reducir la lista de sospechosos a cuatro sujetos.

—¡Qué! Usted lo prometió y ahora debe cumplir.

—¿No lo ve? Le daré un mejor espectáculo. Encerraré a cuatro personas y los caradurenses podrán ser testigos de la develación de la ladrona o del ladrón. Tendrá no uno, sino cuatro chivos expiatorios temporales

para su regocijo. Imagínese la tensión, el asombro, cada persona elegirá a su culpable favorito de entre los cuatro y el viernes diecisiete usted, el valeroso alcalde, exhibirá al ladrón o a la ladrona ante todo el país con el apoyo del Tevetón.

—Secretario, haga ya el comunicado.

—Claro, señor alcalde. Nada más díganme los nombres.

El detective revisa sus notas y le dicta:

—El mormón, el dominico, la sonámbula y... el secretario.

—¡Imposible! —grita el presunto culpable.

—Tiene toda la razón, detective, mi asistente corre como niña.

DIARIO

[14 de octubre]

Todos corrimos hoy, no sé todavía para qué. Según el alcalde fue por la paz. No le creo nada. Para mí correr es difícil, la ropa ajustada y oscura no facilita la transpiración. Antes de

vestirme de negro fingía correr como Goku, levantaba los brazos hacia atrás y me inclinaba. Mi mamá solía correr a mi lado a veces. Quedé de visitar al retardado hoy, ya mañana contaré cómo me fue. En la carrera vi al iluminado. No luce nada bien, se le ve triste y desmejorado. No entiendo cómo un cerillo fue elegido como el dueño de la última televisión. Ni siquiera es que haga un excelente trabajo al empacar, sus manos le tiemblan y eso desespera a los clientes. Pero quién soy yo para opinar sobre la vida de los demás.

CAPÍTULO 24.5: CA

—Empecé a leer este libro sobre robots y resulta que inspiró mi película favorita —le extiende el libro de Philip K. Dick al tipo.

—Me encanta la portada, ¿y a ti Kramer?
—se la muestra al hámster—. ¿De qué trata?

—Sobre un cazador de replicantes que quiere comprar una oveja, en eso cambia un poco de *Blade runner*.

—¿Qué son los replicantes?

—Androides que se hacen pasar por humanos —contesta el detective.

—Yo tengo un compañero cerillo que podría ser un replicante. Es muy raro. Tiene una obsesión por la limpieza. Cuando va a al baño no puede tocar directamente las manijas de las puertas, se espera a que alguien abra y aprovecha para entrar antes que se cierre la puerta. Una vez pasó la noche en la tienda porque nadie se apareció a abrir. Lo encontramos en estado de shock y le dieron cinco días de incapacidad.

—Ahora que me acuerdo, yo platiqué con el abducido en el hotel Bates. Cree que fue secuestrado por extraterrestres y dice que lo regresaron con un propósito secreto. Ambos pasarían por replicantes.

—Yo una vez fui a desayunar a ese hotel con mi papá —dice el tipo.

—No te había escuchado hablar de tu papá. ¿Aún vive?

—No, murió de cirrosis.

—Lo lamento, sé lo que es perder a un padre... ¿Cómo era?

—Se parecía al bajista de *Black Sabbath*, en general era muy serio.

Contemplan un rato la televisión callados. Está *La niñera*.

—Mis papás tenían una trabajadora doméstica que diario limpiaba los mismos cuatro azulejos del piso —dice el tipo—, no hacía otra cosa y nunca supe por qué la contrataron. Años más tarde la volví a encontrar. Ahora es dentista, no de formación, más bien trabaja como personal de limpieza en un consultorio y como nunca está la doctora ella tiene que curar a los pacientes. Te lo digo porque ya me ha atendido a mí. Pone la misma cara que cuando fregaba los cuatro azulejos. Su solución para los casos graves siempre es Corega, el producto que pega los dientes. Si alguien tiene caries, le quita las piezas

dentales y le pega una prótesis que tenga a la mano en el cajón.

—¿Y te sientes seguro siendo curado por una empleada doméstica? —pregunta el detective.

—Créeme que ella tiene más integridad que la dentista.

CAPÍTULO 25: HISTORIA MÍNIMA DE CARADURA

De los cavernícolas

La hembra y el macho fueron los primeros caradurenses. Vivieron en la caverna que habita el hobbit. Sus pasatiempos eran procrear y cazar conejos. Tal vez el conejo sea un afrodisíaco.

No tenían mayor dificultad. No había celos ni odio, las enfermedades estomacales eran su única preocupación. Gustaban de hacer pintas en las paredes de su cueva, rasgo que se perpetuó hasta nuestros días en la figura del mión.

Desconocían el concepto de amor y sin embargo se amaban. La idea preconcebida de que los hombres arrastraban a las mujeres de los

cabellos es una completa falacia. De hecho, nunca se violentaron verbalmente hasta que apareció el fuego.

Regresaban un día de un picnic cuando apareció ante ellos una luz naranja zigzagueante que daba lugar a una combinación de tintes amarillo.

—No tocar —le recomendó la hembra al macho.

—Yo saber qué hacer.

—Anda, pues.

La primera quemadura de segundo grado hizo su entrada en Caradura.

—Ver, no tocar —dijo ella complacida de haber tenido la razón.

Sin importarles cómo había llegado ahí el fuego, los ancestros disfrutaron de horas y horas de entretenimiento sensorial. Formaron un sillón con piedras y se dieron a la tarea de explorar la programación.

Empezó a bajar la intensidad de la flama y ella se aventuró a alimentarla con un pedazo de madera que usaban como rascador de espalda.

Sus pasatiempos se robustecieron: procrear, cazar conejos, recolectar madera y ver el fuego.

—Afortunados somos —dijo él una noche.

—Sin duda.

Esa misma noche mientras dormían algo se llevó al fuego.

—¡No! ¿Qué pasar? —gritó el macho con lágrimas en los ojos.

—Desgraciados somos —contestó ella.

El matrimonio entró en crisis y los pasatiempos ya no los llenaban. Comenzaron a mentirse entre ellos y a culpar al otro de lo sucedido, aunque ninguno había participado en ese primer robo.

En la mente del macho siempre rondó la sospecha de que un objeto venido del cielo les arrebató el fuego. Por temor a ser tachado de desquiciado no externó esa posibilidad.

—¿Qué pecado hacer nosotros? —preguntó ella.

—Tú ni saber qué significar pecado, ¿dónde escuchar?

—Conejo antes de morir, gritó.

—Qué he dicho de hacer caso a conejo —
dijo él.

DIARIO

[15 de octubre]

Liberaron a mi amigo el retardado. Bueno, a todos los illuminati, excepto a la sonámbula, ella se quedó. Aseguran que el culpable del robo está encerrado con otros tres inocentes. Como no había espacio para tanto acusado el alcalde absolvió a los de la secta, el detective aceptó a regañadientes, no tenía de otra. Fui por el retardado en cuanto me enteré. Había un moño negro en la entrada de la celda por el fallecido maestro illuminati. No noté a nadie afectado por la reciente pérdida. La libertad es así de apabullante. Mi amigo me contó que se siente feliz por lo cerca que está de acabarse la pesadilla. Cree

que hallado el culpable las teles volverán por arte de magia. Iluso, seguro ya están hechas cenizas. Lo que sí es que podremos comprar nuevos aparatos y no habrá nadie que nos los quite. Muchos piden el sacrificio del o de la culpable, están sedientos de sangre por los días que han sido privados de la luz. Viéndolo bien, yo no me siento tan mal tan mal. Este diario me ha ayudado a aguantar. Sigo pensando que lo mejor será irme con mi mamá a Estados Unidos, si resulta que fue la sonámbula no aguantaría verla morir, también es mi amiga. Mejor cruzaré la frontera para apoyar a mi mamá con su discapacidad. Igual allá tendré televisión. Ojalá no maten a la sonámbula, o a quien sea que haya robado las teles. Tal vez se suicide antes.

CAPÍTULO 25.5: LLES

—Sobre tu tío agente de viajes, me quedé pensando, ¿el zorro que causó el accidente no es el de la leyenda? —pregunta el detective.

—Podría ser, los tiempos concuerdan. Seguramente ya ha muerto de viejo. Yo nunca lo vi y no le guardo rencor.

—Haces bien, era un pobre animal en un continente extraño.

—¿Qué programa quieres ver? —cambia de tema el tipo.

—Que decida Kramer.

Suben al roedor al control remoto y con sus extremidades selecciona *Animal Planet*. El detective y el iluminado no cuestionan sus gustos.

—Antes del robo de teles, ¿cuál era tu caso más importante?

—Diría que... el misterio de las tapitas de aire de las llantas de los carros.

—Sí me acuerdo. Desaparecían y las llantas se bajaban seguido, era molesto —dice el tipo.

—Fueron semanas difíciles para el cuerpo de policía. Obvio la presión no se compara con la que sufrimos hoy.

—Y pensar que yo juraba que era una banda de niños roba tapitas.

—Todo Caradura se equivocó —dice el detective.

—Tan tiernos que se ven los conejos, quién hubiera pensado que les gustaba comerse las tapitas.

—Fue por la indigestión que sufrieron por lo que di con ellos.

—Sí, las caquitas no se veían nada bien —dice el tipo.

—¡Kafkacóatl! Así se llamaba el zorro, ¿verdad? —recuerda el detective.

—Creo que sí.

CAPÍTULO 26: LA MATEMÁTICA

—¡Ochenta!

—¿Eso qué tiene que ver con la batalla del cinco de mayo?

—Todo. Es el número de pañuelos que fueron llenados de lágrimas durante la pelea.

El detective no sabe qué decir.

Al no estar disponible la sonámbula, terapeuta de la matemática, esta pidió auxilio a la autoridad.

Un paréntesis. Conviene hacer uno.

Están encerrados los cuatro posibles culpables: el mormón, el dominico, la sonámbula y el secretario. Falta un día para el Tevetón. El tipo, Kramer y el detective nunca se han llevado mejor. Los illuminati quedaron desmembrados tras la muerte del vegetal. La historia parece no necesitar más personajes y el lector agradece que no se añadan otros. Pero donde comen (número de personajes en la novela) comen (número de personajes en la novela más nuevo personaje).

La matemática cree que ninguno de los presuntos ladrones es el indicado.

—¿Específicamente dónde trabaja usted?

—En cualquier parte, detective. Me dedico a interpretar la realidad a través de los números.

—Espérese... la he visto recibir boletos de estacionamiento en la plaza comercial.

Esa era su verdadera ocupación, la cual no llenaba sus aspiraciones intelectuales. No obstante, había que comer. Intentó, sin conseguirlo, ejercer la docencia. Un incómodo tic nervioso la ha mantenido alejada de las aulas.

—Nada más con ver su currículum sé que será una excelente profesora de primaria —dijo el director—. Pase a firmar con la secretaria... ¿qué le ocurre? ¡Santa Prepucia!

El tic consiste en abrir la boca lo más humanamente posible y arrastrar la lengua en círculo. Toca las comisuras, sin dejar rastro de sequedad. El trauma de los niños sería tremendo.

—Ya con las clases de sexualidad tienen suficiente— pensó el director.

El detective voltea a ver su reloj. Aún le queda una hora para llegar a ver *CSI* con el tipo.

—Está bien, ¿qué me tiene que contar?

—Provengo de un linaje ancestral de matemáticos que se remonta al primer

caradurenses que sumó, quien hizo el censo poblacional de Caradura. En esa época había cuarenta personas y ciento veinte conejos — presume la matemática.

—¿Cómo eran sus sesiones con la sonámbula? ¿Mostraba signos de aversión hacia las televisiones?

—Primero platicábamos de mis series favoritas de la infancia: *El mundo de Beakman* y *Ciencia loca*. Luego de mis series favoritas actuales: *Cazadores de mitos* y *The big band theory*. Nunca me dio la impresión de que odiara la televisión.

—¿Le recetaba algún medicamento para su tic?

—Unas pastillas para dormir, decía que todas las enfermedades surgen por no dormir suficiente.

—¿Y le llegó a controlar su problema?

—Mmm... pensándolo bien, creo que no.

—¿Entonces por qué seguía yendo con ella?

—Era la única persona que toleraba mi tic. Eso de alguna forma me ayudaba. Todos necesitamos a alguien con quien platicar, ¿no cree?

Enseguida el detective pensó en Kramer y el tipo.

—¿Cuándo fue la última vez que... —cierra los ojos y se voltea.

—No se preocupe, sé que es repugnante.

—Debo confesar que impacta, más bien me agarró desprevenido. Discúlpeme. Le preguntaba que cuándo fue la última vez que vio a la sonámbula.

—Fui a terapia el miércoles veinticuatro de septiembre, dos días antes del robo.

—¿Notó algo fuera de lo normal en sus actitudes? ¿Algún objeto raro en su oficina?

—Déjeme recordar... había cinco cuadros baratos de paisajes, un sillón, un diván, una mesa, tres focos, un interruptor, tres plumas negras, una azul, una libreta, una caja fuerte escondida, cuatro cojines...

—¿Una caja fuerte escondida? ¿Cómo sabe de ella si está escondida?

—El papel tapiz tiene una figura que rompe con la secuencia Fibonacci. La tarde que me percaté de ello aproveché para husmear en lo que la sonámbula iba por mi receta. Empujé un punto clave y apareció. Naturalmente pude descifrar la combinación, pero escuché que ella ya venía por el pasillo y apenas pude volver al diván.

—¿Qué había dentro?

—No pude ver. Así como la abrí la cerré.

—Va a tener que acompañarme al consultorio de la sonámbula. Puede que ahí esté la pista que la delate.

—¿De qué sirve que vayamos si ella no es la culpable?

—¿Cómo es que está tan segura?

—Ahora sí le contaré lo interesante. ¿Tiene prisa? —pregunta la matemática.

—Tengo un compromiso. Mejor métale velocidad.

—Velocidad, qué concepto tan relativo. En otra ocasión abordaré con usted la física y la astronomía, ciencias que no dejan de apasionarme, claro que no tanto como las matemáticas.

—Por favor, dígame lo que sabe.

—Nadie voltea a ver a la matemática hasta que desaparecen las teles, ¿verdad? Creen que pueden arreglar todo sin la ayuda de los números, ¿pero sabe qué? Están muy equivocados. Mi héroe personal, Georg Ferdinand Cantor, sufrió lo mismo que yo, también tenía sus manías, nadie es perfecto. Lo tildaron de loco y se burlaron de él. Cuando probó que toda la obra de Shakespeare había sido escrita por Francis Bacon casi lo queman en la hoguera, terminó recluido en un hospital psiquiátrico. Recluido en un loquero el genio inventor de la teoría de conjuntos y quien aclaró el concepto de infinito. Qué desagradecida es la raza humana —del coraje repite el tic—, especie fallida. Me queda claro que el destino es

generoso, justo hoy que resolví el problema más importante de Caradura.

—Por favor, vaya al grano —el detective se repone de la segunda aparición del tic.

—Él tenía su teoría de conjuntos y yo ahora mi teoría de teles —sonríe la matemática—. Antes de revelarle las conclusiones de mi investigación conviene recordar el postulado de Tylczak sobre la probabilidad: Los sucesos fortuitos tienden a suceder todos juntos. Hoy cuadró la cosa. La televisión tiene cuatro lados, hubo cuatro turnos que cuidaban la casa del tipo —vuelve el tic—, en el trabajo acabo de registrar cuarenta carros que entraron y salieron de la plaza, atraparon a cuatro sospechosos, la esvástica que dibuja el centro de Caradura tiene cuatro puntas, *Los Buitres* eran cuatro músicos... y así me podría seguir ad infinitum. ¡El cuatro! Un número nos está tocando la puerta para resolver este misterio y yo soy la única caradurensa que puede verlo. El cuatro era el número favorito de Georg Cantor.

—¿Eso qué? Seguro está muerto —dice el detective.

—Se piensa que murió en mil novecientos dieciocho, a los setenta y dos años en un asilo psiquiátrico de Halle, Alemania. Alemania tiene cuatro sílabas. La edad no se queda atrás. Siete más dos, igual a ocho, dividido entre dos da: ¡Cuatro! Con Caradura pasa lo mismo, palabra de cuatro sílabas y de ocho letras que igual al dividirse entre dos da cuatro. Su edad de fallecimiento y su supuesta muerte fueron una fachada. Seguramente ante la poca comprensión de sus coetáneos se vio orillado a desaparecer por casi cien años. Es un hecho que descubrió la inmortalidad gracias a sus estudios sobre el infinito. Y es aquí en Caradura donde ha decidido —el tic de nuevo— reaparecer. Robó las teles para llamar nuestra atención y ahora se nos mostrará en cualquier momento, cuando menos lo...

—Voy a tener que pedirle que se vaya —la interrumpió el detective—. He estado en contacto con personas demasiado anormales en

estos últimos días y temo que sea algo contagioso.

—Búrlese. Usted no se salva de las manías por lo que he podido ver, con su té verde y su paleta. Paul Erdős definió a un matemático como una máquina a la cual, si le traes cafés y cigarros, produce teoremas. En su caso, detective, podría suponer que usted es una máquina a la cual, si le das té verde y tutsipop, produce detenciones. Sin fiabilidad de que sean culpables los detenidos.

El detective se ha acostumbrado a descalificaciones de todo tipo a lo largo de su carrera. Una más es mera rutina.

—¿Eso es lo que quería decirme?

—También sé quién mató a Kubrick.

—¿Es el que inventó el cubo de colores?

—No, el cineasta norteamericano.

—Y a mí qué me importa. ¡Váyase ya! —el detective hace cara de asco por el último tic que surge en la conversación.

De haber sido el interrogador más tolerante, la matemática hubiese revelado que a Kubrick lo mataron los illuminati, los reales.

BITÁCORA DE VIAJE

[16 de octubre]

Contra todo pronóstico, no me suicidé en Caradura. Ando ahora en el norte, rumbo al sueño americano. A mí ya no me importa saber quién robó las teles, voy a buscar a mi mamá. Pasé a despedirme del retardado y no paré de llorar, casi me quedo. Aún tenía mis dudas, pero la zapoteca me las aclaró. Me leyó el futuro en su molcajete. Mezcló las siete variedades de mole de Oaxaca, tuve que pagar extra. Me dijo que un pollero marcaría mis pasos y supe luego luego a qué se refería. Nunca había salido de Caradura y para acabarla de amolar tengo poco dinero, por eso me vine de aventón hasta Ciudad Miguel Alemán, por el nombre no se me haría raro que también fuera ciudad hermana de Núremberg. Aquí todos tienen televisión satelital. Aproveché

para ver tele en una casa de empeño. Después de veintiún días sin ella ya me dolía la cabeza. Qué estupideces ve la gente. Estaba un programa en el que japoneses debían de tragarse una cucaracha para pasar una prueba. Aunque el cirujano japonés no hubiera dejado lisiada a mi mamá, tendría motivos para odiarlos. Intenté pasar a ver a la sonámbula antes de partir, pero el detective no permite visitas. ¿Qué hará ahora la sonámbula por las noches? Encerrada se le ha de dificultar caminar dormida. Yo no creo que haya sido ella. En una media hora tengo agendado mi pase de ilegal. El pollero es buena gente, me contó que le gusta ver *A prueba de todo*, donde un gringo es dejado en la naturaleza y poco a poco va denigrándose hasta vivir de orina y heces. Me hizo una serie de recomendaciones, las cuales sacó de

su programa favorito. “Allá verás tantos canales que no querrás dormir nunca”, me dijo. Cuando se enteró de dónde venía se compadeció de mí y me abrazó. “Pobrecito, ya entiendo por qué cruzas”. No quise sincerarme con él. Dejé que creyera esa versión. Algo debe de convenirme que se apiade de mí, más agua, más comodidades o que no me deje a mitad de la nada sin indicaciones. Mañana se realizará el Tevetón y el alcalde prometió entregar al ladrón o a la ladrona al cierre del evento. Si llego con vida a McAllen me gustaría saber a quién linchan, sólo para estar seguro de que no sea la sonámbula. De McAllen me voy a Miami.

CAPÍTULO 26.5: TE

—He tenido dos peleas épicas —dice el detective—. La primera con el hobbit, allá en su caverna; la segunda, este lunes trece con el

vegetal. Salí mejor parado de la segunda. Creo que la tercera será la vencida, la decisiva, donde se resolverá el destino Caradura y el de las teles. Será el último duelo, para bien o para mal.

—Hablas como Clint Eastwood —contesta el tipo—. Sabes que cuentas con Kramer y conmigo para lo que sea. Ya te salvó Kramer una vez, no creo que le moleste hacerlo de nuevo y de forma más espectacular. ¿Y qué se siente haber matado a alguien? ¿Es la primera vez que lo haces?

—Sí, es mi primer... preferiría llamarlo accidente laboral —da un trago al té verde—. En el momento de la acción no sentí remordimiento, el vegetal intentó matar a la bibliotecaria y tuve que imponerme para salvarla. Lo que sí debo confesar es que he tenido pesadillas. Sueño que tengo cinco años y mi mamá me obliga a comer chayote. Le doy manotazos en la cuchara y la verdura, en lugar de caerse al suelo, sale disparada a mi cara y me deja noqueado en la periquera.

—Kramer también ha tenido pesadillas. Me despierta en las madrugadas.

Las miradas se enfocan en el roedor, quien voltea a ver sus patitas delanteras como preguntándose, “¿por qué yo, señor?” El detective se acerca a él y le pone un dedo en la espalda.

—Todo se va a arreglar, Kramer, ya verás. Hoy fue un buen día para la investigación. Los interrogatorios caminaron bien y la matemática me dio una pista que no había considerado. Hablé con el alcalde y acordamos que le daría al ladrón o a la ladrona a las ocho de la noche, al cierre del Tevetón. Tengo un prospecto, pero me falta corroborar la pista adicional y aplicar un interrogatorio más a los cuatro detenidos. ¿Tú quién crees que sea? —ahora se dirige al tipo.

—El secretario. Y lo digo por el rencor que le guardo a su jefe. El secretario solapó el romance del alcalde y mi... y la chifladora. Si quito la cuestión personal, creo que el culpable es el mormón. Supe que cuando fue misionero vivió como rey en Nueva York a costa del diezmo

y por eso no se me haría raro que ahora esté intentando remediar el daño. Porque con esta crisis su iglesia se ha visto beneficiada, más que la de Santa Prepucia y la del dominico. Los mormones bautizan caradurenses con la promesa de pronto proporcionarles aparatos. Qué aparatos sino los que él robó.

—Tiene lógica tu argumento —dice el detective—. Disculpa, ¿podría cambiar de canal?

—Sí, toma el control.

—Es que recuerdo haber visto anunciada una película de Kubrick.

—¿No sabía que te gustara el cine de Stanley Kubrick?

—Ni lo conocía... es que la matemática mencionó algo de que fue asesinado y me dio curiosidad saber qué tipo de películas hacía. Mira, sí la están pasando, qué suerte.

—Esos encapuchados parecen los illuminati de Caradura. Así se vestían en sus juntas, ¿no? —dice el tipo.

—Justo así... ¡oh!

—¿Y también mataban bebés y hacían orgías?

—No, nada más eran un montón de personas obedeciendo ciega y estúpidamente al vegetal —responde el detective.

—Algo así como el sindicato de trabajadores de Caradura.

CAPÍTULO 27: EL BUITRE

—Del lado derecho tienen la sección de libros mencionados en programas de televisión o películas; del lado izquierdo están los libros que tienen el canto de algún color distinto al papel tradicional, como pueden ver los hay azules, morados, negros, rojos, etcétera; síganme, por favor; delante de ustedes está la oficina del vegetal, hicimos esfuerzos por disponer sus pertenencias tal cual las dejó; les pido se den prisa porque todavía falta la última parada del recorrido, veo que saben cuál es; pues sí, aquí está la bodega donde peleó valientemente el detective para salvarme del ruin ataque, acérquense sin miedo, agáchense y vean las

cenizas que bien podrían ser los restos del vegetal; antes de pasar a las preguntas les hago el aviso de que pueden obtener recuerdos y regalos a la salida; los cuchicheadores tienen una amplia gama de productos que van desde la típica pluma hasta la plantita carnívora alusiva —dice la bibliotecaria ante un nutrido grupo de caradurenses que visitaron temprano la escena del crimen para poder llegar a tiempo al Tevetón—. Casi se me olvida, quisiera cerrar mi participación con una trivia. ¿A qué se dedicaba Mao Ze Dong antes de ser el líder de la revolución china? ¿Nadie sabe? Era bibliotecario.

La trivia no causa ninguna reacción.

—Yo tengo una duda —dice el buitre con la mano levantada—. ¿Tienen libros sobre biografías de músicos?

—En el pasillo de artes. Permíteme, le voy a pedir a un cuchicheador que te auxilie.

No tarda mucho en llegar un personaje sumiso que lo conduce a la sección.

—(Cuchicheo inaudible) —dice el
cuchicheador.

—¿Qué? —pregunta el buitre.

—(Cuchicheo un poco menos inaudible).

—Sigo sin entenderte.

El empleado se ahorra la saliva y le señala
los libros que busca.

—¡Ah, ya te entendí! Muchas gracias.

—(Cuchicheo inaudible desvanecido) —se
va sigiloso el cuchicheador.

Ya solo, el buitre busca algún título que le
llame la atención.

—¡Un artista identifica a otro artista! —
dice el mión.

—¿Acaso me conoces?

—Claro, eres el guitarrista de *Los Buitres*.
Te ves un poco cambiado —voltea a ver la barriga
del músico.

—¿Tú qué haces aquí? ¿Sigues pintando
las calles con orina?

—Mi arte me ha llevado a otros lares y
necesito documentarme antes de partir —

muestra la portada de un libro sobre el Tate Modern.

—¿Te vas a...?

—¡Londres! —dice el mión—. ¿Cómo ves? Todos los gastos pagados. Montaré una exposición inédita en una sala completa.

—¿Cuál será el tema de tu exposición?

—Planeo hacer un tributo a Bob Ross, me enfocaré en su faceta como sargento del ejército, a ello le agregaré una mezcla de mis dos periodos actuales, el azul y el rosa. Por cierto, ayer revisé un libro sobre un grupo inglés muy famoso y me acordé de *Los Buitres*. Apunté varios datos curiosos. Mira:

Se lavaban los dientes en mingitorios en Hamburgo.

El productor tenía un incómodo hábito de salir corriendo por una terrible urgencia de ir al baño, pero sólo a los baños comunales de Liverpool, más tarde rentó un departamento secreto en Falkner Street para sus aventuras nocturnas de baño.

El vocalista orinaba de chico en las botellas de leche y más grande en Hamburgo miró a unas monjas desde una ventana.

El vocalista quería que apareciera Hitler en la emblemática portada de uno de sus discos.

El baterista propuso a Tin Tan aparecer en la misma portada. Sin embargo, el mexicano declinó y propuso al árbol de la vida diseñado por un alfarero de Metepec.

El veintitrés de agosto de mil novecientos setenta y cuatro el vocalista sale desnudo a su balcón y ve un objeto volador no identificado. Se suscribe inmediatamente a la revista *Flying saucer review*.

Varios fanáticos del vocalista se suicidaron tras su asesinato.

—¿Todos son reales? —pregunta el buitre después de leer.

—Deben de serlo, ¿quién mentiría en un libro tan bonito? Aquí lo traigo —saca el libro de su mochila.

Una página al azar es abierta y se ve a una japonesa desnuda en la cama con un sujeto parecido a Jesucristo.

—¡Qué grosero soy! Se me olvidaba que acabas de perder a tu novia la china. Y yo presumiéndote mi viaje. Lo que te recomiendo para superar esta mala racha es que se junten *Los Buitres* y vuelvan a sus orígenes. Hoy podría ser un buen día para su retorno, tendrían los reflectores del Tevetón. Piénsalo. Me encantaría poder verlos antes de irme a Londres.

—Ya ni siquiera nos hablamos, cada quien hizo su vida.

—El arte es una catarsis. Además, no tienes nada que perder.

—Eso no te lo discuto —dice el buitre.

—Me despido, me quedan muchos pendientes y quisiera dejar una sorpresa para el Tevetón. Un gusto encontrarte —le ofrece la mano.

—Igualmente... preferiría no tocar tu mano, ya sabes.

—No hay problema, me pasa muy seguido
—el mión se va.

Al salir de la biblioteca, el buitire ve una pinta del mión que le sacude el pecho. Debajo de la imagen de un guitarrista obeso, abrazado a una asiática, se lee: “China está a una canción de distancia”.

BITÁCORA DE VIAJE

[17 de octubre]

Lo logré. Mi ropa negra está hecha caldo. El pollero me dijo que soy el primer emo que él ayuda a cruzar, está orgulloso de mí. Nos pasamos por el río. Mi apariencia oscura resultó un acierto y los otros compañeros de viaje me emularon. Ni los drones habrían podido distinguarnos. Una familia de sombras. Ya del otro lado, el pollero nos llevó en un camión hasta aquí. McAllen es un pueblo parecido a Caradura, con la diferencia que aquí

todos son el triple de gordos. Cada quien se fue por su lado. Me he quedado solo. No quise irme con ninguno de los compañeros, iban para otras ciudades, no para Miami. Por eso preferí quedarme un día en McAllen. El pollero me explicó que por mi apariencia no tendré muchos problemas con migración. “No hay muchos migrantes emos”, dijo. Estoy en la zona de comida de un centro comercial, es la una de la tarde. El Tevetón ya mero comienza. En la televisión veo un programa de chismes que se llama *El gordo y la flaca*, hablan español y están en Miami. Es una señal. Hace un par de horas fui al downtown, como le llaman. Hay algo en las calles amplias y en la forma de vestir de las personas que me hace sentir desconfianza. ¿Por qué tanta gente quiere venir aquí? San Tamal tiene más atractivo.

Después de comer buscaré la manera de moverme a Florida. Mi mamá no sabe de este viaje. No le he dicho para que no se preocupe. Me queda un día de carretera para llegar con ella. Gracias a Santa Prepucia no he visto a ningún asiático por acá, puro mexicano gordo. Como que me está dando algo parecido a la nostalgia por Caradura. Pongo changuitos para que no le pase nada a la sonámbula. Escribo mañana. See you later.

CAPÍTULO 27.5: A

Los cuatro detenidos escuchan los gritos de una treintena de ociosos que no pueden esperarse a las ocho de la noche.

El mormón, el dominico, la sonámbula y el secretario temen por su integridad física. Saben que la justicia en Caradura es una broma y que es cuestión de suerte el estar en el patíbulo o estar en sus casas al finalizar el día.

Uno le reza a Joseph Smith, uno a Chabelo, una a Jesús y el otro a Santa Prepucia.

Sobre el escritorio del detective reposa *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* De separador usa un cuadrito de papel de baño. Limpio, por supuesto.

—La cosa está delicada, dama y caballeros —dice el detective recién llegado de la calle—. La gente quiere sangre pase lo que pase. Yo en lo personal estoy en contra de los linchamientos públicos. No saben el coraje que me dio cuando Santa Prepucia quedó inmune después de quemar al masturbador. Lo malo es que hay teles desaparecidas de por medio. Les propongo algo. Si la o el culpable se entrega antes de las ocho de la noche haré todo lo posible porque la o lo trasladen a la capital, ahí se realizaría un juicio imparcial y sin peligro. En cuanto a los tres inocentes, entrarían al programa de protección de testigos por seis meses, en lo que se calman los ánimos. No debemos descartar los ataques a cualquiera de ustedes, sean inocentes o no. Ya conocemos a los caradurenses, son bravos y

obtusos. Yo volteo afuera y veo a unos changos que están a punto de aprender a quitarle el seguro a una pistola. ¿Quieren estar ahí cuando el más listo de ellos les enseñe a los demás cómo usar un arma?

Cuatro rostros trémulos callan. El vigi, castigado por la fuga del vegetal, escucha desde el cuartucho. No tiene permitido salir hasta nuevo aviso.

—Alguien me dijo ayer que la televisión le causó su primera enfermedad, ¿quién fue? — pregunta el detective.

Los otros detenidos señalan a la sonámbula.

—¿Cómo estuvo eso?

—En las películas gringas los actores tomaban el agua de la llave y pensé que en Caradura aplicaba lo mismo. Tuve disentería por dos semanas. Me perdí el campamento de fin de curso y ahí mi mejor amiga se besó con el chavo que me gustaba.

—¿Y usted, padrecito, veía mucha televisión en el claustro? ¿Acaso no hacen voto de pobreza en su orden?

—Teníamos una tele que compartíamos con los desamparados. Yo no la veía tanto tanto. La utilizaba para sacar ideas de *María Visión*.

—La Iglesia católica siempre se ha aprovechado de las desgracias humanas para atraer fieles. No se me haría nada raro que esta no fuera la excepción —dice el detective.

—Si fuera así el claustro estaría rebosante. Muy al contrario, cada día está más vacío. La Iglesia mormona es la que sí ha recibido a un buen número de afiliados —dice el dominico.

—¿Qué tiene que decir al respecto, mormón?

—Las calumnias son eso, calumnias. Lo invito a visitar nuestra iglesia para que se acaben sus sospechas hacia mi persona. La afluencia que hemos tenido, porque sí se ha dado y lo acepto, está basada en la comprensión y el amor que transmitimos gracias a las enseñanzas de Joseph Smith. Simplemente somos hermanos en

sufrimiento. Pero eso no me hace un ladrón de televisiones, ¿o sí?

—¿Secretario, me puede decir a quién se le ocurrió la idea de regalar televisiones en la campaña electoral? Que por cierto dieron el triunfo a su jefe, el alcalde.

—A mí.

—¿No se le hace sospechoso que haya desaparecido la fórmula de su triunfo?

—¿Eso qué tiene que ver? El señor alcalde y yo no tenemos responsabilidad de ningún tipo en esta iniquidad. Es de todos sabido que los que más nos beneficiábamos con las televisiones éramos nosotros. Sería una estupidez quitarle al pueblo su anestesia.

—Ahí les va un caso hipotético a los cuatro. Pónganse atentos, de esta respuesta puede depender su libertad. Escuchan un teléfono sonar y a los dos tintineos el sonido cesa: A) Se sienten aliviados. B) La duda los corroe y no paran hasta dar con la persona que llamó y se arrepintió.

Un minuto de silencio para pensar la respuesta.

—¿Entonces? ¿A o B? —continúa el detective.

—A —dicen la sonámbula y el dominico.

—B —dicen el mormón y el secretario.

—¡B! —grita el vigi desde el cuartucho.

—¡En qué habíamos quedado! —dice el detective—. ¡Agrégale un día más a tu castigo!

—Chale —se oye bajito.

CAPÍTULO 28: HISTORIA MÍNIMA DE CARADURA

Del señor de las madrigueras

Al principio la tierra estaba poblada por ratas. El suelo era un averno con cola larga y carnosa. El equilibrio celestial bajó en forma de conejos, hurones, zorros y gatos. Las fronteras fueron marcadas con sangre.

El rey rata temió la caída de su imperio. Mandó robar bebés de cualquier especie para fortalecer su ejército de maldad. Llantos dieron lugar a ríos y arroyos.

La esperanza inicial se volvió difusa a los ojos de los honestos guerreros. Los conejos sabios pidieron la celebración de una asamblea. Informaron sobre las visiones divinas que les fueron dirigidas. La salvación estaba cerca y de antemano decidida.

Contaron la profecía. El final de la guerra lo sellará un roedor de pequeñas dimensiones y de nula fuerza física. Aquel que corre en jaula, iluminado por el haz de luz sagrado, explicaron. Su nombre empezará con K.

Dicho y hecho. Un hámster regordete apareció entre los matorrales. Aceptó su rol y pidió se le diera total libertad de formar una reducida tropa. Llamó a un hurón, conocido por abrir cráneos, a un tlacuache y a un zorro. Cuatro coludos caminaron por el sendero que conducía al exterminio.

Un letrero escrito con las patas decía “Caradura”. Los héroes habían llegado a la guarida del rey rata. Pirámides colocadas de acuerdo a los puntos cardinales eran bañadas con la sangre de los sacrificados. Moscas

enrarecían el aire y se metían en las cavidades de los esqueletos.

Cabe destacar que incluso ante esa postal perturbadora, ninguno de los miembros de la tropa dio un paso atrás. Su valor se notaba a leguas.

La noticia de la visita llegó a los oídos del tirano y un millar de ratas los rodeó. Pidieron hablar con él y fue aceptada su petición porque en esos tiempos aún había honor en la batalla.

—¿Quién osa interrumpir mi baño de sol?

—El elegido —contestó el hurón.

—Esas son estupideces. El elegido aquí soy yo, volteen a su alrededor. Que no les quepa duda —dijo el rey rata.

—Te equivocas, lo cual no es tu culpa. No estás a la altura de las circunstancias —dijo el tlacuache.

—Ni la risa merecen sus palabras. Denme una razón para no sacrificarlos en este preciso momento.

—Un mortal no puede acabar con la llama de un ser divino —intervino el zorro.

—Si es tan divino, que lo demuestre. A ver... a ver, que haga un milagro. Si me convence le cederé el trono —sonríe el rey rata—. En caso de que falle, me deberá traer las patas de los conejos sabios... y además me dará el gusto de enterrarle yo mismo una piedra de ónix en el pecho.

El elegido tragó saliva. Nunca había realizado un milagro. Meditó un par de minutos y después dio un paso al frente. Señaló a un extenso campo de maíz y pidió que el millar de ratas, incluido el rey, se colocaran en el maizal. Entre burlas le obedecieron. En el trayecto el tirano afiló la piedra de ónix con sus dientes.

La expectativa era evidente. Creyeran o no en él, las ratas ni pestañearon con tal de no perderse el anunciado milagro.

Cerró los ojos el hámster y levantó las manos. El cielo se tornó oscuro y nublado. Truenos ensordecieron al público. No cabía duda ahora, el milagro se realizaría y la época de las ratas llegaría a su fin.

—¡Haz algo ya! Los truenos no pasan por milagros —dijo el rey rata preocupado por su suerte.

Un estruendo cimbró a Caradura.

—Volteen a ver sus pies, por favor —dijo el elegido.

El maizal se convirtió en una monumental trampa pegajosa para ratas. La fuerza y la desesperación de los crueles roedores nada hicieron por salvarlos de la adversidad.

—¡Libéranos, demoniaco animal! ¡Te creemos! —dijo el rey rata.

—Con una condición. Tu linaje deberá vivir escondido en las tinieblas por el resto de sus días —dijo el hámster.

—¡Lo que sea! ¡Sólo libéranos de este suplicio!

El resto es historia máxima de Caradura.

BITÁCORA DE VIAJE

[17 de octubre/Segunda parte]

Quedé de escribir hasta mañana pero tanto tiempo de viaje me aburre y

prefiero adelantar un poco antes de que termine el día. En una hora se conocerá la identidad del robotelevisores. Pasaré la noche en un pueblo llamado Orange, al cual estamos por llegar. Una familia de irlandeses me salvó la vida. Tienen el cabello naranja y no paran de tomar alcohol. Mi cabello negro les gusta, ha de ser algo raro en su país. Nos paramos a estirar las piernas en Beaumont, justo enfrente de una iglesia católica que tiene una lona pintada con la frase: "Jesus Christ is born! Glorify Him!" Los irlandeses se persignaron y quisieron pasar a rezar. Yo recorrí la avenida hasta llegar a un hospital, seguramente en uno como ese operaron a mi mamá. Una diferencia que noto con México es que aquí los estacionamientos son enormes. Como que a la gente no le gusta caminar. Continuamos en la

carretera y se detuvieron en una licorería. Es sorprendente que hasta los hijos pequeños toman, al bebé le diluyen Guinness en su biberón. Lo curioso es que ellos no hablan, sólo balbucean y así hemos podido darnos a entender. Tuve un tío briago con el cual siempre terminaba platicando en las fiestas familiares. Comparados con él, los irlandeses son pan comido. Según llegaremos el domingo a Miami. Les platiqué del robo de teles y me dijeron que allá en Irlanda todo lo solucionan con revoluciones. Si supieran que en México lo que menos nos sale bien son las revoluciones. En las clases de historia nunca supimos de una exitosa, a lo que llegaban los héroes patrios era a tirarse ebrios de castillos envueltos en banderas. Les conté del Pípila y se murieron de la risa. “En Irlanda nos ponemos bombas en la espalda, no piedras”,

dijo el papá en balbuceos. Y tiene razón. En qué momento una piedra podría ganar un conflicto armado. Ojalá no nos pare una patrulla. Un ilegal y unos borrachos en el mismo carro. Pensándolo bien, debería bajarme.

CAPÍTULO 28.5: TROS

—¿Por qué tienes esa cara? —pregunta el detective al llegar a casa del tipo.

—Vi a la chifladora.

—Cuéntame rápido, ya mero nos tenemos que ir al Tevetón.

—Alguien le ha de haber dicho dónde trabajo. Estaba empacando y no la vi llegar. Escuché su hermoso chiflido tenue y las piernas me temblaron. Le pregunté si me buscaba únicamente para ver *Gilmore girls*. Se ofendió muchísimo y se fue. Corrí tras ella y en el estacionamiento la detuve. Me disculpé y le pregunté la razón de su visita, después de tanto

tiempo de olvidarse de mí. “Nunca me he olvidado de ti”, me dijo.

—¿Y luego? —sorbe té verde.

—Nos abrazamos. No pudo con la culpa y me contó los planes de su amante. El alcalde volvió a comprar televisores para Caradura. Sin la tele su popularidad ha bajado un setenta por ciento según las encuestas. Una semana más comprometería su gobierno. La muerte del vegetal lo hizo precipitarse y sellar la compra con el proveedor. El domingo llegará el cargamento con miles de aparatos.

—¿Entonces para qué organizó el mentado Tevetón? —pregunta el detective.

—Es una cortina de humo para justificar el gasto monstruoso de las teles. Endeudó todavía más a los caradurenses. Creará una nueva verificación vehicular. Ahora se checará el nivel de aire de las llantas.

Una mordida quiebra la tutsipop mientras el tapete se llena de té verde. Kramer, por su parte, azota el platito de agua contra las paredes de la jaula.

—Siento lo mismo que ustedes —continúa el tipo—. Lo rescatable es que nos besamos. Para ella, esta fue la gota que derramó el vaso y quiere hacer algo para arruinarle su plan al alcalde. ¿Qué opinan?

—Pensé que la justicia divina no existía, al menos no en México. Primero pongámosle más agua a Kramer, después acompáñenme al Tevetón, tengo una idea.

CAPÍTULO 29: EL CADALSO

Desde su caverna el hobbit observa el espectáculo. Sigue ciscado por sus días en la cárcel y por ello prefiere no acercarse a sus excompañeros de celda. En las faldas del cerro están las instalaciones de Televisión Nacional.

El Tevetón se realiza sin contratiempos.

—Abróchense los cinturones de seguridad, va a ser una noche ajetreada —dijo la chofer cinéfila cuando llegó al lugar hace unas horas. Ahora son las siete cincuenta y cinco. La fascinación del ser humano por el linchamiento público es tangible en Caradura.

Las medidas de seguridad son una broma. Pusieron un detector de metales inservible como un mero adorno que ha dado la bienvenida a un considerable número de armas blancas. El retardado trae en su bolsa del pantalón unas tijeras de punta chata.

En el escenario un pintarrón muestra las aportaciones de los supuestos patrocinadores. La cifra es desproporcionada. Está a nada de llegarse a la meta y el alcalde baila *Payaso de rodeo* con unas bailarinas.

Una trompeta anuncia el objetivo cumplido. Copiosas gargantas se sacuden e irritan. El más feliz es el alcalde, quien carga a una de las edecanes.

—¡Lo cumplimos! Se los dije. Lo prometí y lo cumplí ante notario. Con el apoyo de todos ustedes y del resto del país hemos recolectado el dinero suficiente para surtir de televisiones a cada rincón de Caradura. Vayan haciendo cancha en la sala para su nuevo aparato, que conviene decir, tiene mucho mejor tecnología que el que les obsequié en mi campaña. El

entretenimiento de mi pueblo siempre ha sido, y será, una de mis preocupaciones. No saben cómo me las he visto. Veintidós días sin poder dormir, dando vueltas y vueltas en mi cama, pensando en cómo ayudar a mis queridas abuelitas y queridos abuelitos, a mis lindas pequeñitas y lindos pequeñitos, a mis amadas comadres y amados compadres. Si les contara lo mucho que lloré. Luego erradiqué la plaga de los asiáticos. Los mandé muy muy lejos, para que no nos quiten nuestra fuente de trabajo... y aparte los malagradecidos se resistían a adoptar nuestras costumbres y nuestro idioma. Las investigaciones aún los siguen mostrando como autores intelectuales del robo. Supieron convencer a un tonto incauto o a una tonta incauta para que fuera el operador o la operadora de su plan maquiavélico. Y ese incauto o incauta está por llegar... de hecho veo que ya está llegando —la patrulla del detective se estaciona atrás del escenario—. Les pido mantengan la calma y guarden silencio para poder escuchar a nuestra valerosa autoridad.

Cedo el micrófono no sin antes recordarles que mi gobierno siempre velará por el bien de los caradurenses. ¡Un gobierno cerca de todos!

Aplausos y gritos apabullan. El alcalde posa para los fotógrafos oficiales y hace señas al detective para que suba.

El escándalo es impresionante. Luego el silencio absoluto aparece acompañado de la o del culpable. Un pasamontañas esconde su rostro, esto fue idea del alcalde, para potenciar la incertidumbre.

Se escuchan nítidos los pasos de la encapuchada o del encapuchado y del detective. Resuenan hasta la caverna del hobbit.

—¡Santa Prepucia! —se dice a sí mismo el retardado con las tijeras de punta chata en la mano.

—Bueno bueno... —el eco—. Buenas tardes a todos. Primero que nada, quisiera agradecer al señor alcalde por su apoyo incondicional —dice el detective—. Sin él nada de esto hubiera sido posible, ni el Tevetón ni el

atrapar al ladrón o a la ladrona. Muchas gracias, alcalde.

Voltea a ver al tipo entre la multitud y continúa.

—Los exhaustivos interrogatorios y una prueba irrefutable que surgió de último minuto me ayudaron a construir una acusación sólida, la cual encara a todo tipo de argumento. No estaría aquí con esta persona si no estuviera seguro de que robó los televisores el viernes veintiséis de septiembre. Le quitaré el pasamontañas y posteriormente expondré las pruebas que la o lo delataron.

Un movimiento de cabeza del alcalde le da el visto bueno para desenmascarar a la o al delincuente.

—Pueblo de Caradura. La persona que desapareció los aparatos en esa madrugada fue...

Lo que sucede a continuación es una muestra de bestialidad pura. El detective, al ver tal locura, opta por proteger la integridad de la sonámbula. La conduce a la patrulla y huye como puede de esa barbarie.

El vigi ya lo espera en la delegación. Meten a la culpable en la celda y sellan puertas y ventanas. La turba iracunda no tarda en llegar.

En lo que el detective resuelve qué hacer con la horda se contará cómo fue que descubrió quién era la verdadera ladrona.

En sí fueron dos elementos. El caso hipotético que planteó a los cuatro sospechosos sobre si contestarían el teléfono no aportó nada.

Primer elemento. La visita sorpresa del mión sirvió para que redujera a dos el número de presuntos culpables. Los vio correr en círculos en la celda, de cerca y con una iluminación que simulaba la noche. Quedaron el secretario y la sonámbula.

Segundo elemento. El dato de la matemática sobre la caja fuerte fue el factor decisivo. En el consultorio sí se hallaba un compartimiento secreto que quitado el papel tapiz mostraba una etiqueta que decía “Inconsciente”. La abrió con la ayuda de la matemática. Había un cuaderno de apuntes. Se leía la siguiente nota: “La manera en que

soñamos ha sido modificada por la televisión a color, antes de la película a color, sólo el quince por ciento de las personas soñaban con colores, el día de hoy el setenta y cinco por ciento tiene sueños coloridos.” Un apartado del cuaderno fue la clave, en él se leía con horrible letra la confesión. Entre la pésima ortografía y baba seca fue difícil descifrar el texto. En resumidas cuentas, decía que indujo al pueblo a obedecer sus órdenes a través de pastillas que diluyó en el agua de horchata que se ofreció en la comida por el aniversario de Caradura. Ellos mismos se levantaron dormidos en la noche a sacar sus teles a la calle para que pasara la ladrona en el camión de la basura. Conforme recogía los aparatos, los trituraba. A favor de la inocencia de la sonámbula puede argüirse que no actuó con dolo ni conscientemente. Por la letra y la baba se deduce que estaba dormida mientras maquinaba su plan. Al final del apartado se explicaban sus motivos: “Odio la televisión. Mis papás se volvieron terapeutas por ella, con sus telecursos me utilizaron como conejilla de indias, me

hicieron padecer todos los trastornos mentales habidos y por haber. Mi vida es un martirio. Nunca he podido dormir bien por la televisión, por lo anterior y por la luz vulgar que irradia.”

Una foto dentro del cuaderno evidenció la razón por la que no robó la tele del tipo. En ella, los padres de la sonámbula enmarcaban a una niña ojerosa, detrás estaba su casa. El detective reconoció la casa que hoy habitan Kramer y el tipo. La sonámbula no quiso meterse con el hogar de su infancia por el miedo que les tenía a sus padres, a ese grado llegaba su trauma.

El tipo sacó su tele esa madrugada y volvió a meterla al sentir el empujón de la ladrona.

Con esos dos elementos se pudo llegar al veredicto. Los golpes en la entrada no dejan al detective pensar con claridad.

Mientras tanto, en el suelo del estacionamiento de Televisión Nacional se puede disfrutar la vista de una hermosa pintura del mión, tal como le anticipó al buitre: Una cuadrilla de ratas sacrifica a un hámster en lo que parece ser un templo ceremonial. Es un

lienzo rojo, con excepción de la sangre del hámster, esa es dorada.

BITÁCORA DE VIAJE

[18 de octubre]

No me bajé del auto de los irlandeses, aquí sigo. Estamos en Tallahassee, ya en Florida. Nos quedaremos esta noche y mañana temprano iremos a Miami, son siete horas de camino. Sigo sin saber nada del Tevetón, he buscado noticias en Univisión pero no encuentro la mínima señal de que se haya llevado a cabo. Según el alcalde iba a ser un evento con cobertura nacional, al menos eso nos dijo. Recuerdo que una vez nos prometió que traería a Flash para que inaugurara una avenida. Por más que nos mienta siempre hay gente en sus eventos. Lo dicharachero nadie se lo quita, tiene don de gente. Los irlandeses son agradables cuando les

agarras el modo. Se vinieron a vivir a Estados Unidos por una oportunidad que le surgió al papá. Trabaja en un parque temático irlandés, su día consiste en caminar por una vereda con una Guinness en la mano y dejarse fotografiar. Le pagan extra por vomitar en una cubeta. La mamá es vendedora de carros antiguos. Me dicen que debería teñirme el cabello de naranja. Si las cosas no salen como planeo, podría pedirles asilo en Dakota del Sur.

CAPÍTULO 29.5: ET

Previamente, en esta novela: La sonámbula ha quedado al descubierto como la autora material e intelectual del gran robo. El detective la resguarda en la delegación, donde pasaron una noche tensa llena de impropiedades venidos del exterior. El plan para exponer la corrupción del alcalde falló y en cualquier momento la puerta de

la entrada puede venirse abajo para que la sangre corra.

—¿Cómo pudiste hacer eso mientras dormías? —pregunta el detective.

—Soy sonámbula.

—Fue un milagro que sobrevivieras hasta hoy, yo te daba un par de horas. El vigi no es tan torpe después de todo. A él le debes que las protecciones hayan aguantado, tapizó los accesos con madera. ¡Felicidades! —se dirige al vigi—. Creo que has cumplido con tu castigo. No volverás a dormir en el cuartucho.

—Gracias, oficial, no sabe lo pavorosa que es la humedad.

—¿Estás consciente —el detective vuelva a hablar con la sonámbula— de que es probable que te desuellen viva?

—No me queda de otra. Incluso si llego a sobrevivir, mi existencia será aterradora. Las teles eran lo máspreciado que tenían. ¡Malditas teles! No dejan de arruinar mi vida.

—¿En serio nunca sospechaste que tú eras la culpable?

—No, para nada. Hasta me hice illuminati.

—Yo solía levantarme en las noches de niño. Mi papá me encontró una vez en la sala disparándole a un replicante con mi arma imaginaria.

—El típico sueño persecutorio, he tenido varios. Me ha perseguido Barney, Popeye y uno de los gatos samuráis. El peor que tuve me llevó a las vías. Un zorro me mordió estando a un paso de cruzar. Desperté con ardor en la pierna y vi a un tren pasar a diez centímetros de mi nariz.

—¿Kafkacóatl?

—No supe su nombre y no lo he vuelto a ver.

—Te recomiendo hacer tu testamento y mentalizarte, porque no te queda mucho tiempo. El alcalde no es una persona razonable. Tu chistecito le está costando su continuidad en el cargo y ya tiene un contrato firmado para restituir los aparatos. Lo que menos necesita es una culpable arrepentida.

—Me queda claro que no tengo escapatoria, los vi ayer en el Tevetón correr hacia mí. Eran bestias con rabia, sacaban espuma.

—Espero que el tipo y Kramer estén bien. Son mis mejores amigos y tengo miedo de que el alcalde pretenda utilizarlos para chantajearme.

—¿Entonces la matemática dio la pista definitiva? —pregunta la sonámbula.

—Sí, vino a verme porque quería que la dejara pasar contigo a terapia.

—Traidora. Ha sido mi paciente desde hace años y así me paga. Ahora sé lo que sintió José Ramón Fernández cuando lo echaron de su programa de un día a otro, sin avisarle. Aparte transmitieron una despedida melodramática, sacaron provecho de la desgracia del conductor. El Judas de André Marín le ponía la mano en sus hombros haciéndose el triste.

—Sí vi ese programa, fue patético.

—Yo también lo vi —interviene el vigi.

—Independientemente de que sobrevivas o no —dice el detective a la sonámbula—, y discúlpame que sea tan frío, debo exponer las

mentiras del alcalde para que no consiga la reelección.

—¿Qué plan se le ocurre?

—La chifladora tiene acceso al contrato de las teles y por suerte está de nuestro lado.

—Pensé que era la amante del alcalde.

—Lo era... y él piensa que lo sigue siendo, así que llevamos ventaja.

La tarde pasa sin interrumpir la retahíla de insultos de la multitud enfurecida. El detective y el vigi invitan a la sonámbula a jugar *Pictionary*. La culpable es comodín, le toca adivinar los dibujos de los otros. El vigi se impone gracias a un televisor que la sonámbula descifra de mala gana.

Ninguno de los tres puede conciliar el sueño. Deciden jugar *Clue*, lo cual los relaja, por paradójico que esto sea. El terapeuta mató al actor en el despacho con un bote de basura.

Para festejar tan buena racha de juegos, el vigi saca del cuartucho una botella de aguardiente.

—¡Salud por Caradura! —gritan.

—¡Salud por mi última noche! —aúlla la sonámbula.

—¡Salud! —rematan.

—Haremos todo lo que podamos para salvarte —dice el detective.

—Gracias, ya me han regalado un día extra, con eso me conformo.

Afuera antorchas zigzaguean y cuchillos son afilados. El tipo y Kramer mantienen un perfil bajo para llegar a la chifladora. No piensan quedarse con los brazos cruzados.

—Ya salvamos en una oportunidad a nuestro amigo, Kramer, no me queda duda de que vamos a ayudarlo de nuevo —dice el tipo.

Toca el timbre dos veces y sale su exnovia.

—Pensé que no vendrían. Pasen.

La chifladora previó que algo como esto podría suceder y en la mañana se escabulló a la oficina del alcalde para tomar el contrato de los televisores que están por llegar.

—¿Él no sospecha nada?

—Es un idiota narcisista, está más preocupado por la ropa que se pondrá para la

ejecución que por esconder las pruebas de su corrupción. Tu hámster se ve hambriento — intenta agarrarlo, pero el roedor la muerde—. No es muy amigable, ¿verdad?

—Se llama Kramer. Me disculpo por él, lo que pasa es que no tiene una imagen muy positiva de ti.

—¿O sea que le has contado de mí? —se chupa el dedo lastimado.

—Algo...

—Ojalá pueda mejorar mi reputación. Deja le traigo comida —dice la chifladora.

—Gracias. El estrés lo ha hecho bajar de peso.

Entre que se ponen al día y entre que deciden la mejor forma de sacar a la luz el contrato, se quedan dormidos en el sillón.

El cojín en el que está apoyado el tipo conserva las manchas de vino que tiró la primera vez que pasó la noche con la chifladora.

Kramer se mantiene en vilo toda la madrugada. Cuida de su dueño.

Al amanecer un estallido despierta a los tórtolos.

—¡Ya los tienen! —dice el tipo.

—Toma ese fólder y vámonos —dice la chifladora.

CAPÍTULO 30: LA CRUCIFIXIÓN

La pinta que dejó el mión en el estacionamiento de Televisión Nacional está oculta bajo cientos de furiosos energúmenos. Por suerte, al detective no lo tocaron más que para someterlo en lo que se llevaban a la sonámbula.

Como ovejas, los caradurenses se dejaron conducir por Santa Prepucia. Su amada hoguera arde a un lado de las dos letras enormes que identifican al canal: TN. El dominico cae en trance y se desmaya en una jardinera. El alcalde está privado con tanta euforia, ha preferido pasarle la estafeta a Santa Prepucia. Nadie se ha cuestionado por el paradero de los aparatos y menos por la causa del robo, lo único que les interesa es esa pira.

El fuego y el ruido transforman a la gente en animales salvajes. No hay espacio para explicaciones, el pueblo quiere espectáculo y las miradas se han prendado de las llamas, como aquellos aborígenes que miraban una fogata hace miles de años en estas tierras.

—¡El fuego purifica y nos regresa polvo inocente! —dice Santa Prepucia—. No temáis de su calor, la bondad de esta hoguera es tal que nos permite alimentarla. Aquí tenéis el alimento del fuego —señala a la sonámbula—. Esta ruin criatura nos suplica el perdón, ¿y qué haremos?

—¡Dárselo! —habla la muchedumbre.

—Exacto, le daremos el perdón. ¡Preparen el sacrificio!

El alcalde se asegura de que obedezcan la orden.

—¿Qué tal si antes la crucificamos? —pregunta un católico anodino.

—¡Alto! —dice Santa Prepucia—. Crucificarla... excelente idea. La crucificamos y luego la quemamos. ¡Perfecto!

La letra T del canal se ofrece como voluntaria para ser instrumento de tortura, ni mandada a hacer, las dimensiones concuerdan con la altura y el grosor de la víctima. Al no atreverse nadie a martillar para clavarla en la letra, prefieren amarrarla.

Si regresamos un poco la cinta podremos ver al detective con el tipo, la chifladora y Kramer.

—¡El fuego purifica y nos regresa polvo inocente! —grita Santa Prepucia a lo lejos, rodeada de un montón de fanáticos religiosos.

—Están a punto de matarla —dice el detective— y es imposible acercarnos, ni a ustedes ni a mí nos dejarán pasar. Kramer no tiene la suficiente fuerza para llevar el contrato hasta allá.

—¿Por qué no disparas al aire? Tenemos que hacer algo para interrumpirlos —dice la chifladora.

—Ya no le quedan balas —dice el tipo.

—¡Dárselo! —habla la muchedumbre.

—¡Preparen el sacrificio!

—Santa Prepucia ya la mandó quemar — dice la chifladora—. Puedes aventarles la patrulla, seguro se quitan.

—Están enloquecidos, resultaría peor. Serían decenas de atropellados en lugar de una quemada —dice el detective.

—¡Alto! —grita Santa Prepucia—. ¡Perfecto!

—¡La están crucificando! —dice el tipo.

El hámster huye sin razón aparente.

—¡Kramer! —gritan los tres.

—¿A dónde va? —pregunta la chifladora.

—Se dirige hacia la entrada de Caradura —dice el tipo.

—No te preocupes, él sabe el camino a casa —intenta tranquilizarlo el detective—. Tenemos que enfocarnos en esto.

La sonámbula ya se ha dado cuenta de que resistirse no sirve de nada. Cierra los ojos y espera el fin. Para su sorpresa, le llueven recuerdos bellos sobre sus padres. La vez que le mandaron hacer un pequeño diván como regalo de doce años o cuando en navidad su papá se

disfrazó de Freud y se subió a la azotea con un costal. Después de todo no fueron los peores padres.

—¡Sí! ¡Sí! —extasiada Santa Prepucia observa cómo las llamas suben a los pies de la crucificada. No puede evitar pensar en el masturbador—. ¡Todos arden igual!

—¡Mis pies! — grita la sonámbula—. ¡Freud, ayúdame!

—¡Me encanta el olor del napalm por la mañana! —dice el retardado.

La chofer cinéfila lo escucha y se le acerca con la mano extendida, la lumbré a sus espaldas.

—Creo que este es el inicio de una hermosa amistad.

Hagamos a un lado esta tragedia griega y sigamos a Kramer. El humo quedó atrás y sus patitas se acercan al gran orinal que recibe a los foráneos. Miles de conejos están congregados a la entrada de Caradura. En el centro, Kafkacóatl llama a iniciar la sesión. Hace pase de lista y presenta al hámster, quien justifica la demora:

—Disculpen la tardanza, el asunto se complicó y casi no vengo.

—No necesitas dar explicaciones —dice el zorro—. Dinos, ¿cómo te trató el mal burgués? Te vemos demacrado.

—En general bien. Creé un fuerte lazo de fraternidad con el mal burgués y salvé la vida del detective.

—Extraordinario trabajo. No cabe duda de que eres el elegido.

—No es para tanto —dice Kramer.

—Los sabios conejos lo vaticinaron —dice Kafkacóatl—. Al quemarse el segundo caradurenses en un lapso de quince años, los roedores iniciarán el éxodo. No hay opción. Agarren sus semillas y vámonos. Ni volteen, ese pueblo es cosa del pasado. Verán que en menos de lo que piensan la violencia consumirá a esos neandertales.

BITÁCORA DE VIAJE

[19 de octubre]

Me encontré al mión en el aeropuerto. Los irlandeses tenían que pasar a recoger a un pariente y en lo que esperábamos lo vi cruzar delante de mí. Su avión hizo escala en Miami y en estos momentos debe de estar en Londres. Me llamó la atención algo que me dijo. “El mingitorio, tal como lo conocemos, se inventó en la guerra civil norteamericana. El creador era un confederado que para su mala fortuna murió recargado en su invento. Lo balacearon haciendo sus necesidades”. Me acabo de despedir de los irlandeses. Prometí ir a visitarlos. Estoy parado afuera de la casa que según esto es de mi mamá, me guie por una carta que me mandó hace dos meses, pero no estoy completamente seguro de que viva

todavía aquí. Es una linda casa. Voy a tocar el timbre. Dejo de escribir.

CAPÍTULO 30.5: C

—¿Qué les dije sobre no voltear atrás?

—Él era mi amigo, Kafkacóatl.

—¿Quieres amigos? Aquí tienes de donde escoger —señala a los conejos que caminan a su lado—. Bien sabías cómo era esto. Era parte de tu iniciación. A partir de ahora sólo convivirás con nosotros. Nos salvarás de la rapacidad humana.

—Lo siento, voy a tratar de pensar en otra cosa —dice Kramer.

Un mar de colas esponjadas camina hacia lo desconocido. Grandes bendiciones les auguran las profecías.

El elegido no puede evitar recordar las tardes en la sala del mal burgués. El detective con su paleta y su té verde, su exdueño con control en mano le pregunta al roedor cuál canal quiere ver.

—Los roedores no vemos tele.

—Ahorita mismo le pongo ahí.

El no hablar el mismo idioma no era problema.

—Adiós, Caradura —se despide Kramer de esta novela.

EPÍLOGO

Lo que sigue lo relató el dominico al autor del libro, quien corrigió detalles para que tuviera uniformidad con el resto del libro, por eso no está contado en primera persona. Es la versión de los hechos del dominico, lo que vio tras regresar del trance, al despertar en la jardinera, después de desmayarse:

El hámster se lanza hacia la sonámbula.

—¡Kramer! —gritan la chifladora, el detective y el tipo.

Pasa rápidamente entre la multitud y trepa la letra gigante.

—Va a intentar liberarla —dice el tipo.

Una mano queda suelta y Kramer va por la otra.

—¡Bajen a ese roedor ya! —dice Santa Prepucia.

El alcalde toma una de las tablas que se tenían de reserva para la hoguera. Alcanza a golpear a Kramer y el pequeño cae.

—¡No hay piedad para los impíos! —el zapato de Santa Prepucia provoca un breve chillido.

—¡Mató a Kramer! —el tipo corre y logra hacerse paso.

Los guardaespaldas del alcalde lo detienen a nada de la asesina.

—Con que el mismísimo “iluminado” quiere detener esta sagrada ceremonia —dice Santa Prepucia—. Habéis hecho mal, querido, porque no hay fuerza mayor que yo en Caradura. Te concederé un lugar en primera fila para la quema de la ladrona. Manténganlo ahí —ordena a los elementos de seguridad— y tengan mucho cuidado con el detective, debe de estar cerca. Sin más preámbulos, ¡alimentemos a la hoguera!

Muerto Kramer, le vuelven a amarrar el brazo a la sonámbula. Cierra los ojos y espera el fin.

El tipo voltea a ver a su mejor amigo tirado en el suelo. Lloro. A la distancia el detective es sujetado por otro grupo de guardaespaldas. Junto a él, la chifladora lanza un fuerte silbido en clave Morse dirigido al tipo, quien entiende el mensaje y por eso llora aún más.

—¡Mis pies! —grita la sonámbula—. ¡Freud, ayúdame!

A las doce en punto una luz baja del cielo, seguida de una llovizna que cae en la hoguera. Se apaga el fuego y cesa la llovizna.

—¡Qué pasa! No es temporada de lluvias. ¡Vuelvan a prender la hoguera! —dice Santa Prepucia.

De nuevo el agua aparece salvadora y refresca los pies de la sonámbula.

—¡Maldita lluvia! ¡Qué demonios es esto!

Santa Prepucia queda pasmada al hallar la respuesta a su pregunta.

—¿Qué pasó mis cuates? —dice una voz chillona que baja de una nube.

—¡Es Joseph Smith! —grita esperanzado el mormón.

—¡Es Jesucristo nuestro señor! —grita el católico anodino que sugirió la crucifixión.

—¡No, es Chabelo! ¡El amigo de todos los niños! —aclara el dominico—. Ahora entiendo todas las señales que se me aparecían en el claustro: la plaga de caras de niño, la figura de Chabelo en los cuadros y luego en el aguacate. El a. C. cobra sentido: ¡Antes de Chabelo!

Baja con calma de las alturas custodiado por el arcángel Miguel. La horda se convierte en un rebaño dócil que se inclina ante la revelación.

Si uno se fija bien, puede distinguirse un agujero en el ala derecha del arcángel Miguel, el cual fue causado por una de las balas que el detective disparó hacia el cielo al inicio de la novela.

Santa Prepucia y el alcalde se mantienen en silencio, como todos los demás, temerosos del mal que cometieron.

—Hombres, perdonadle —dice Chabelo a la altura de la sonámbula—, porque ella no sabe lo que hizo. Para ser más exactos, estaba dormida, me consta. Yo como hijo de Dios clamo por el perdón de esta inocente alma atormentada por el psicoanálisis —el arcángel Miguel la libera y la baja—. Muchas gracias, Mike.

Chabelo se arrodilla en donde yace Kramer y lo carga con gracia.

—Los animales siempre han sufrido por la estulticia humana —continúa Chabelo—. Construyen sus casas y sus calles en tierras fértiles y llenas de madrigueras. ¿Por qué no buscan terrenos áridos para construir ciudades? No entiendo la complicación.

Acaricia el pecho del hámster. Así como en la película *Milagros inesperados* el personaje fornido revive a la rata del otro preso calvo, Chabelo sopla en el hocico de Kramer y le regresa la respiración.

—Un milagro —dice para sí el tipo.

Se reúnen los amigos en un fuerte abrazo.

—¡Gracias, Chabelo!

—No hay nada que agradecer, tipo. Antes de retirarme sólo quería aclarar un asunto — Santa Prepucia y el alcalde se voltean a ver—. En este domingo diecinueve de octubre se planeaba coronar a dos delincuentes, uno religioso y otro político. No diré nombres... bueno, mejor sí, porque no quiero que haya malinterpretaciones, ya saben que luego cada quien maneja la versión que mejor les acomoda de acuerdo a sus intereses. Santa Prepucia, el pedazo de piel que encontraste en el bote de basura de la terminal no tiene nada de sacro, al contrario, perteneció a un judío libidinoso. Alcalde, contigo nunca acabaría de enumerar tus pecados, por ello me centraré en los recientes. Inculpaste a los asiáticos, utilizaste los impuestos para comprar las televisiones por segunda vez, endeudaste a Caradura y estabas a punto de permitir un asesinato, qué digo permitir, tú lo provocaste en un principio, después te siguió la corriente la exvagabunda. Hasta ahí le paro, para no derramar bilis. Sólo diré una cosa más. No

planeo provocar más lluvias en lo que resta del día. Vámonos, Mike.

Se despiden Chabelo y el arcángel Miguel. La hoguera se prepara para el sacrificio doble. El pueblo utiliza la letra N de Televisión Nacional para acompañar a la T.

El tipo, Kramer, la chifladora y el detective se retiran del estacionamiento.

—¡Me encanta el olor del napalm por la mañana! —dice el retardado.

La chofer cinéfila lo escucha y se le acerca con la mano extendida, la lumbre a sus espaldas.

—Creo que este es el inicio de una hermosa amistad.

En la azotea de la televisora una banda conecta sus instrumentos.

—Uno, dos... ¡Un, dos, tres, cuatro! —*Los Buitres* cierran el epílogo con una canción inédita dedicada a la china.

EL MAL BURGUÉS de
Rubén Cantor se publicó en
versión impresa en
Editorial Montea, donde
aún se puede conseguir.
Ahora se comparte
gratuitamente en formato
digital. Gracias por leer
literatura local.

Bienvenido a Caradura, cuna de la Dependencia de México, más famosa hoy en día por haber sufrido el robo masivo de televisores que tiene a los caradurenses en shock. ¿Qué hacer sin tele? El Detective, aficionado a Blade Runner y Clint Eastwood, comienza una investigación que lo lleva hacia el Tipo, la única persona que conserva su pantalla y quien vive con su hámster. El pueblo se organiza para vigilar ese aparato haciendo guardia afuera de la casa del Tipo. Un drama de tintes bíblicos que cimbra las costumbres de un pueblo cuyo principal monumento es un mingitorio gigante. Y la Historia Mínima de Caradura está contada en esta novela.

